

ATENEA

1914

4

008 (83)(05)









008(83)(05)

Año XI Tomo XXVII Núm. 112

# Atenea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)

127



1934

4

### SUMARIO

Rodolfo Oroz  
Manuel Rojas  
Rafael Coronel  
Hernán Díaz Arrieta (Alone)  
Jorge Herrera Silva  
Enrique Azcoaga  
Guillermo Feliú Cruz

*Puntos de vista*  
*El problema de las lenguas universales*  
*Reflexiones sobre literatura chilena*  
*Sancho Panza*  
*Don Andrés*  
*Bar Floreal*  
*William Faulkner*  
*Barrabás, precursor de la Independencia del Reino de Chile*

NOTAS Y DOCUMENTOS: El V Congreso Nacional de Medicina Argentino.—SEÑALES — LOS LIBROS — ASTERISCOS — LIBROS RECIBIDOS

Precio \$ 2.50

Octubre de 1934

# Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

## Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA. — LUIS D. CRUZ OCAMPO  
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago  
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

**LIBRERIA NASCIMENTO**

SANTIAGO  
Ahumada 125  
Casilla 2298

CONCEPCION  
Barros Arana 800  
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLISHED  
BY THE AMERICAN  
ASSOCIATION OF TEA-  
CHERS OF SPANISH.

**STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA**

# AMERICA

Revista de Cultura  
Indoamericana

Publicación Trimestral del  
**GRUPO AMERICA**



**Encargados de la Dirección:**

Alfredo Martínez  
Augusto Arias  
Antonio Montalvo.



**Dirección Postal**  
**GRUPO AMERICA**

Casilla 75 :: Quito, Ecuador. S. A.

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual de Ciencias  
Sociales y Letras,  
fundada en 1918



Director Fundador

**Víctor Andrés Belaunde**

APARTADO NUM. 176

LIMA PERU

# LEONARDO

**Rassegna Bibliografica**  
diretta da

**FEDERICO GENTILE**

Direzione ed Amministrazione:

**Via Palermo, 10-12**

**MILANO (111)**

# NOSOTROS

Revista Mensual de Letras,  
Artes, Historia, Filosofía y  
Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI  
ROBERTO F. GIUSTI

Secretario:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

LAVALLE, 1430 - BUENOS AIRES

República Argentina

# REPERTORIO

## AMERICANO

Semanario de Cultura  
Hispánica

DIRECTOR

JOAQUIN GARCIA MONGE

APARTADO 533

San José de Costa Rica

CENTRO AMERICA

# La Vida Literaria

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

Rivera Indarte 1030

BUENOS AIRES

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre  
la aplicación del Cine a la educación en  
cada una de sus ramas (universitaria,  
primaria, secundaria, agrícola), así a la  
científica como a la popular, y a la hi-  
giene social. Se publica en cinco edicio-  
nes: inglesa, francesa, italiana, española  
y alemana.

Director:

Doctor LUCIANO DE FEO

Dirección:

Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española:  
dólares 4; pesos chilenos, 32.

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XI

Octubre de 1934

Núm. 112

---

---

## Puntos de vista

### Un problema difícil

*El problema sexual es uno de los problemas más oscuros y difíciles de Chile. ¿De Chile solamente? En general, de todos los países en los que sobre la corteza moderna, domina la herencia espiritual del coloniaje. Con lo cual nos referimos a todos los países de extracción indohispana. La palabra sexo es palabra proscrita. Por lo menos lo fué durante muchos años. Lo fué por razones de moralidad, según se decía, aunque el sexo continuara ejerciendo, en la obscuridad, su dominio indisputable. Se convino en mantenerlo relegado, en destierro perpetuo. Se vengaba desencadenando terribles tragedias.*

*Para dar a este problema su verdadero sentido, se requiere, ante todo, limpieza y decoro. Son muchas las sombras acumuladas a lo largo de los años para que se pueda, intentar una solución rápida. Las razas de este lado del mundo, vivieron en obscuridad permanente. Pesaba sobre ellas la herencia que ya hemos señalado y que impedía todo vuelo a la personalidad, y todo lo que tuviera alguna relación con los problemas oscuros del sexo, era de intento sofocado. Con la civilización, con el progreso aquella sombra no pudo ser enteramente disipada. La corteza se cubrió de formas alegres, pero el espíritu persistía en su vieja quietud. De este modo ha podido producirse en las sociedades de América, la contradicción más singular: se vive de acuerdo con todas las regalías y moderni-*

dades de la vida material, pero el fondo permanece inmutable. Las sociedades se han entregado enloquecidas al placer, se desenvuelven en pesadas jornadas materialistas; todos corren tras el goce, todos han aprendido sin maestros, las lecciones complejas que ofrece el dinamismo externo. Pero lo interno permanece en la sombra; agarrotado por los prejuicios. Se puede tolerar el aprendizaje espontáneo, el que se hace en la calle o el que el niño practica por el ojo de la cerradura; se le prohíbe, por el contrario, todo aprendizaje científico.

Conviene recordar las campañas tenaces que se libraron para dar a las enfermedades llamadas de trascendencia, un cartel de ciudadanía científica. No se podía pronunciar ciertos términos. Estaba vedado en el uso de la conversación y en la prensa, el empleo de palabras que la moral colonial, consideraba nocivas para la salud espiritual. Se encontraron eufemismos risibles para referirse a los males que gangrenaban la raza.

En realidad esto era policía. Simple policía sanitaria, no empleada con el rigor suficiente en homenaje a la moral hipócrita que llenó de carne joven y rápidamente descompuesta, los cementerios de todas las ciudades. El problema en sí, era otra cosa. El problema como complemento de la educación del hombre, como lección de dominio sobre sí mismo, sobre sus debilidades, sobre su naturaleza entera, sobre su destino en una palabra. La educación dejaba zonas oscuras. Grandes zonas a las que nadie podía penetrar, porque se había convenido en que eran zonas de peligro.

Las razas indoamericanas no han tenido el concepto alegre de la vida. Lo buscaban todo a espaldas de la educación, que era incompleta, fragmentaria, plagada de prejuicios. Este problema de la educación sexual ha sido adscrito siempre al problema religioso, y por lo tanto, desligado de su aspecto esencialmente científico. Cuando se ha intentado ponerlo de relieve ha tropezado con una repulsa cerrada. Como hemos dicho, sólo a condición de un gran decoro y de una elemental limpieza espiritual, se puede abordarlo para que rinda frutos robustos. La condición de la vida en los países

americanos o mejor, la condición del niño en los ambientes americanos es, substancialmente diversa a la en que viven los niños de países cuyas razas, han sido más francas y más abiertas en el estudio de las cuestiones vitales de la biología humana. Generalmente el problema ha descendido en su categoría, porque a él se le ha añadido la sospecha política que en estos países tiende a empequeñecer todo problema. La vida sexual está entre nosotros fundamentada sobre una negación hereditaria. Esta negación ha hecho que la vida misma se encargue de encubrir, con equívocos o con gazmoñerías, lo que no era sino defensa del ser humano en la lucha por la vida y luminosidad moral en las relaciones sociales.

Si se examina con atención el sentido mismo de la historia y de la literatura en América, se advierte de inmediato en ellas, la falta de aire. Este pesimismo demoledor que incuba casi todas las obras, la sequedad y el desencanto que las sostiene, derivan en mucha parte, de la contribución del ambiente en la formación mental de historiadores y escritores. Porque ha habido siempre una sensación de vergüenza, de bochorno, de angustia en las relaciones sexuales, condenadas en virtud de arcaicos prejuicios. Hay siglos de pesadumbre en tal sentido. Por lo mismo, la enseñanza de este problema, obscurecido de intento, tiene que sortear infinitos escollos, tiene que obrar con tino, con buena fe, con ejemplar decoro en la mentalidad de los niños. La ciencia tiene en estos países, más enemigos de los que supone el vulgo. La ciencia,—por lo menos en esta traída y llevada, tan esterilmente entre nosotros, cuestión sexual—carece de ambiente para el desarrollo de su misión, justamente porque es más denso el prejuicio, más poderosa la tradición, que ha condenado como subalternos los problemas que están íntima y profundamente ligados a la salud y al destino de hombre.

## El problema de las lenguas universales <sup>(1)</sup>



El problema de la lengua universal es relativamente moderno, presentándose con mayor imperiosidad desde que las relaciones intelectuales, y de cultura y de comercio entre los pueblos se intensifican de tal modo que la diversidad de idiomas se convierte en serio obstáculo para el acercamiento mutuo.

Según cálculos aproximados, las lenguas que se hablan en el mundo son más de mil doscientas. Algunas veces, sin embargo, como nos enseña la historia, el desarrollo natural de un pueblo que se eleva a la categoría de las grandes potencias impone su idioma a otros pueblos y logra darle el carácter de lengua mundial.

Así alcanzó en un tiempo el babilonio la importancia de una lengua internacional, lo mismo que el persa, en todo el territorio del Asia Antigua, o el griego común, el llamado koiné, en tiempos

---

(1) Conferencia dada en la Universidad de Chile.

de Alejandro Magno, o el latín, durante el Imperio.

Para la Edad Media no existía este problema, lo había resuelto por medio del latín que se ajustaba al ritmo del tiempo, venciendo todas las dificultades que se le presentaban en cuestiones de vocabulario y morfología con la formación de neologismos, realizada a veces, con pocos escrúpulos. Por eso los humanistas del siglo XVI, que velaban por la pureza de la lengua latina, se opusieron a que la evolución de la lengua de Cicerón siguiera por estos rumbos, logrando en efecto, reducir la voluntad de expresión del latín, lo cual contribuyó, por otra parte, a un mayor desarrollo de las lenguas nacionales. Así vemos como en la era gloriosa del «roi soleil» la lengua francesa se convierte en lengua de cultura de toda Europa. Sin embargo, en el campo de la ciencia el latín pudo existir durante mucho tiempo, y en gran parte sigue existiendo todavía como idioma internacional, especialmente en la filología, teología, derecho e historia.

No pueden desconocerse los beneficios que traería a la civilización del mundo entero una lengua que fuese hablada por todos los pueblos; por eso no ha faltado quien haya consagrado su inteligencia a una empresa de tan difícil realización. Aun corporaciones, como la Sociedad lingüística de París, se ocuparon del problema, nombrando una Comisión de la lengua Universal, y el propósito de resolver esta cuestión por un convenio internacional, llevó a la fundación de la «Déléga-

tion pour l'adoption d'une langue auxiliaire universelle» en 1900.

Era natural que se pensase, en primer lugar, en adaptar a estos fines una de las lenguas existentes, como el francés, el inglés, el alemán, etc., pero todas han sido desechadas por unanimidad, pues ninguna lengua antigua ni moderna reúne las condiciones que se le deben exigir, es decir, que tenga carácter científico, que sea «clara, sencilla, fácil, racional, lógica, filosófica, rica, armoniosa, y además elástica para prestarse a todos los progresos futuros».

En vista de estas circunstancias, la mayoría de las personas que se han ocupado de este problema, se decidió a favor de una lengua a priori, es decir, de una lengua artificial formada especialmente para este fin.

Los primeros ensayos para construir una lengua universal a priori aparecen en el siglo XVII, cuando la importancia del latín va declinando. Son sistemas muy complicados, sin valor práctico alguno y, en su mayor parte «pasigrafías» esto es, escrituras para todos y no lenguas. Así, por ejemplo: la escritura de convención que ideó Dalgarno en 1661; también el proyecto de Leibniz, que soñaba con una lengua universal para los filósofos («*Characteristica Universalis*»), quedó sin resultado y no adelantó en nada la solución del problema. Y aunque el siglo XVIII aporta ya algunos trabajos dignos de mayor consideración, como el de Maimieux, todos adolecen de defectos más o menos graves.

Estos resultados justifican plenamente las dudas acerca de la posibilidad de crear una lengua artificial *a priori*.

¿Hasta qué punto es posible crear artificialmente un idioma? Esta pregunta nos lleva al problema del origen del lenguaje en general, tema que ha sido tratado en estudios profundos e ingeniosos desde la antigüedad hasta nuestros días, desde Platón hasta Herder, Renan, Wundt y otros.

No cabe duda de que la expresión inarticulada de sentimientos no se diferencia esencialmente en el hombre y ciertos animales; lo maravilloso del lenguaje humano comienza con el acto de denominar los objetos, pues no en el habla en general, sino en la facultad de dominar las cosas consiste la fuerza mágica del lenguaje humano. Y el espíritu primitivo, en verdad, no puede prescindir de la idea de que existe un lazo misterioso entre el objeto y su nombre, no puede imaginarse que, por ejemplo, el objeto que llamamos «libro» pudiera tener otra denominación. Ernest Renan, en su célebre estudio sobre el origen del lenguaje dice: «*La liaison du sens et du mot n'est jamais nécessaire, jamais arbitraire, toujours elle est motivée* (página 149).

Y si la creencia primitiva, por un lado, considera necesaria la relación entre la palabra y el concepto, por otro lado, algunos, entre ellos el famoso lingüista Whitney, llegaron a afirmar que todas las palabras del lenguaje humano son signos convencionales y arbitrarios. De modo que después de dos mil años el mismo

problema del origen del lenguaje siguió existiendo invariablemente hasta el siglo XIX con las dos soluciones que dividían a los filósofos de la antigüedad en dos escuelas opuestas: para unos existía la palabra *thései*, esto es por acuerdo o por creación artificial: para los otros *physei*, o sea por naturaleza o como diríamos mejor por evolución orgánica. En el siglo pasado estos dos puntos de vista estaban representados por célebres lingüistas como Humboldt, Max Müller, Steinthal, por una parte y Madvig, Whitney, Marty y otros, por otra parte. Hoy se estima resuelta esta cuestión combinándose las dos teorías, es decir, considerando que el lenguaje es de origen natural y artificial (*physei*, *kaithései*) y que todas las lenguas son más o menos mixtas.

Para poder averiguar qué porción de *thései* y qué porción de *physei* se halla en las lenguas inventadas, tendríamos que examinar todas las lenguas artificiales conocidas, lo cual no nos es posible en el marco de esta conferencia; estudiaremos, sin embargo, algunas que han alcanzado cierta importación, para formarnos una idea de su carácter.

La mayoría de las lenguas que merecen ser mencionadas son lenguas que nacieron de la fusión de dos o más idiomas naturales: son pues, lenguas mixtas o como se dice también *a posteriori*, pues son derivaciones (posteriores) de las naturales. Y en verdad, las lenguas artificiales son hasta cierto punto naturales como son más o menos artificiales también las naturales.

La formación de tales lenguas mixtas se ve, por ejem-

plo, en el caso del *sabir* de los puertos del Mediterráneo, que es una mezcla de francés, español, griego, italiano y árabe; las particularidades gramaticales de cada una de estas lenguas se han borrado. Otro ejemplo de esta clase sería el *Pidgin-English* que es la lengua común en los puertos del Extremo Oriente; y que tiene la estructura del chino, pero vocabulario inglés. Un caso de hibridación lingüística presentan también los dialectos criollos, como el *papiamentu* de Curaçao que estudió detenidamente el doctor Lenz.

A estas lenguas mixtas pertenecen, como decíamos, en gran parte, aquellas que se ha querido dar el carácter de universales.

Especial interés despertó el problema de la lengua universal en la última mitad del siglo pasado, pues, según una estadística de Couturat y Leau, autores de una «*Histoire de la langue universelle*» (1903 y 1907) sólo entre los años 1860 y 1907, es decir, en el espacio de 47 años, hay nada menos que cuarenta y cinco inventores de lenguas artificiales, y es interesante ver que veintisiete de estos son de nacionalidad alemana, siete franceses, tres ingleses, dos norteamericanos, dos italianos, uno polaco, uno belga, uno holandés y uno chileno. (1) Tres quintos son, pues, alemanes; se ve por esta proporción enorme que la idea de crear una lengua artificial ha sido especialmente activada por los

---

(1) Me refiero al proyecto publicado en 1890 por el Dr. Alberto Liptay.

alemanes y esto, sin duda alguna, por la dificultad de su idioma que se presta poco para ser propagado por el mundo.

En los últimos veinticinco años, el movimiento cosmóglota ha encontrado nuevos partidarios en todo el mundo y ha aumentado también el número de inventores de idiomas internacionales. Merece mención que la América latina no ha quedado indiferente ante el esfuerzo de tantos sabios y aficionados, por resolver este grave problema. Así el salvadoreño Francisco Gavidia publicó en 1909 un ensayo de Gramática del idioma «Salvador» con el subtítulo «o sea un posible lenguaje internacional, formado por las palabras de raíces griegas y latinas que han pasado a la vez a todos los idiomas, y las de procedencias diversas que son también universales».

Entre los proyectos que hasta ahora han tenido más éxito figura en primer lugar el volapük, ideado por el sacerdote alemán Juan Schleyer, y que a su aparición fué acogido por muchos con grande entusiasmo, constituyéndose en diversos países y localidades academias para su estudio y publicándose con el mismo fin varias gramáticas y diccionarios. El léxico del volapük tiene como base, en primer lugar, la lengua inglesa, luego la alemana y francesa y finalmente el español e italiano; por ejemplo: nol (knowledge) plim (compliment) dol (dolor) nim (animal) vun (Wunde).

Volapük, en este idioma significa lengua universal; vol = world (mundo) a = sufijo de genitivo y pük = speak

(idioma o lengua). El volapük apareció el 31 de marzo de 1879, y se propagó primero por la Alemania del Sur, luego por Francia y de allí a los demás países civilizados de los dos continentes. El año 1888 marcó el apogeo del movimiento, contándose con 283 sociedades o clubes volapükistas, 25 periódicos y calculándose en un millón la cifra de los que lo hablaban. Su decadencia fué debida a discusiones internas, porque mientras unos querían hacer de él un idioma sencillo y comercial, otros se complacían en darle carácter literario y complejo.

Hoy está casi completamente olvidado. Ya en el año 1890 el crítico alemán Beermann dijo a propósito del volapük: «el volapük, en su forma actual, se presta a lo sumo, para la correspondencia comercial...; en la literatura así como en todo aquello en que desempeña algún papel la estética, no sirve; y tampoco para la conversación. No puede aprenderse con más facilidad que cualquiera otra lengua de cultura; pues lo que se gana por la regularidad de la fonética y flexión se pierde por la irregularidad en la formación de las palabras. Es una lengua para la traducción».

Menos afortunado que Schleyer fué Steiner quien en 1885 quiso dar al volapük un fundamento más objetivo en su proyecto de una pasilingua (lengua para todos), concibiendo, al efecto, una gramática neutral en la cual prescindía de la formación de palabras internacionales. Sin embargo, la dependencia de las lenguas naturales es más evidente aun en pasilingua que

en volapük. Su autor influído por el latín comete, además, el error de formar un «pluscuamperfecto» y un «futuro exacto» como en latín, cuando la evolución lingüística pide en estos casos, categóricamente, formas perifrásticas.

En 1887 el médico polaco Luis Lázaró Zamenhof dió a conocer el Esperanto cuyo éxito puede decirse, en mucho ha superado al del volapük. El avance del esperanto fué, sin embargo, sumamente dificultoso debido a los prejuicios desfavorables que el fracaso del volapük había ocasionado.

El esperanto es una síntesis de los principales idiomas europeos, romances, germánicos y eslavos, con base latina, para cuya formación se ha tenido en cuenta la mayor internacionalidad de los elementos componentes. Su gramática es facilísima, se limita a dieciséis reglas sin excepción; el procedimiento es sencilló: si se toma, por ejemplo, la raíz *a m* que expresa la acción de amar y se le añade una *o*, se obtiene el substantivo *a m o* o sea amor; si una *a*, el adjetivo *ama* = amoroso; si una *e*, el adverbio *a m e* = amorosamente. El sufijo *i n* determina el sexo femenino, de modo que, *patro* = padre, *patrino* = madre, etc.

El esperanto, o más bien «Lingvo Internacia» cuya propaganda está en vigencia, se llama así porque su autor adoptó el seudónimo de «doctoro Esperanto» (el que espera, que tiene fe). Para la difusión del esperanto existen actualmente sociedades de propaganda en todos los países de Europa y América. El primer con-

greso de esperantistas se celebró en Boulogne-sur-Mer en 1905 con representantes de veintidós naciones, y el décimo congreso debía celebrarse en París en 1914, para el cual se habían inscrito cinco mil congresales. Pero la guerra mundial impidió que el congreso se realizara. Según datos recientes la literatura en esperanto comprende unos cinco mil volúmenes, entre obras originales y traducciones. El número de revistas y periódicos alcanza ahora a ciento veinticinco aproximadamente; la unión mundial de esperantistas tiene representación en más o menos dos mil lugares repartidos en los cinco continentes; en 1931 todas las radioestaciones del mundo hicieron cerca de dos mil transmisiones en esperanto. Además la Compañía «Paramount» hizo una película con texto en esperanto.

Luego aparecieron otros sistemas que tuvieron una vida más o menos corta, tales como *Idiom Neutral*, *Reform Neutral*, *Langue Bleu*, *Romanal*, *Medial*, *Universal* e *Ido*. Este último, que representa una palabra de esperanto = «descendiente» fué propuesto por L. de Beaufront en 1907, y pretendía introducir una serie de simplificaciones en el esperanto; pareció adquirir, en un principio, alguna importancia, pero fué derrotado en la lucha con el sistema de Zamenhof.

Son de fecha más reciente las lenguas «*Occidental*», «*Novial*», «*Anglic*», y «*Basic English*».

Todos estos idiomas se distinguen sobre todo por la

selección del material lingüístico que toman de las diferentes lenguas vivas; algunos se limitan, como indica su nombre, a las lenguas romances, otros al inglés, como el «Basic English» y el «Anglic». Este último, invento del conocido profesor de inglés de la Universidad de Oppsala, R. E. Zachrisson, se conoce apenas tres años y, en el fondo, es solamente uno de los tantos ensayos de reforma de la ortografía inglesa y no un nuevo tipo de lengua, aunque su autor diga en el título «Anglic, An International Language».

De la misma fecha data el «Basic English» elaborado por C. K. Ogden, director del Instituto Ortológico de Londres.

«Basic» es un inglés simplificado que, en general, hace la impresión de un inglés enteramente correcto. La lista completa de palabras comprende únicamente 850 vocablos que, según la opinión de su autor, reemplazan a veinte mil, habiéndose eliminado todo lo que no es indispensable para el sentido y, en lo posible, todo lo irregular en los verbos que, en parte, se transforman en substantivos. La palabra desembarcar «disembark», por ejemplo, se resuelve por «get off a ship», «to kick», por «to give a kick». «I am able» toma el lugar de «I can», «difficult» se sustituye por «hard», etc. Uniendo términos de simples acciones como «put», «give», «come», «get», «go», «take», con adverbios de dirección como «in», «through», etc. se pueden expresar fácilmente dos o tres mil ideas tales como: «insert» que se convierte en «put in». El artículo, la formación del

plural, los tiempos y modos no ofrecen ninguna dificultad; el orden de las palabras está fijado por algunas reglas.

Otros sistemas se basan en radicales exclusivamente latinos, como el *Universal*, *Interlingua* o *Latino sine flexione* y el *Novo-latín*. A propósito de estas simplificaciones bárbaras del latín es interesante observar que hoy día el movimiento en favor del latín clásico como lengua internacional ha alcanzado una importancia inesperada en muchos países europeos, donde se han fundado numerosas sociedades para su propagación.

*Interlingua* o *Latino sine flexione* es creación del matemático italiano Giuseppe Peano, catedrático de la Universidad de Turín († 1932), que tiene, desde 1903, partidarios muy entusiastas.

*Occidental*, dado a conocer en 1922, es la obra del balto alemán Edgar von Wahl y se basa, como dice su nombre, en las lenguas de la Europa occidental, especialmente en las romances; aprovecha las voces que por su significación cultural se convirtieron en internacionales, deriva las leyes de la formación de las palabras de las lenguas naturales para unir, de esta manera la regularidad con la naturalidad; sigue la ortografía histórica, y mientras que la mayoría de estos sistemas emplean ortografía fonética para evitar fonemas difíciles (x, q, etc.), éste usa el alfabeto latino. *Occidental* publica para su propaganda la revista «*Cosmóglotta*» en Finlandia y Suecia.

El *Novial*, cuyo autor es el conocido lingüista danés Otto Jespersen, apareció en 1928 y toma como fundamento también las lenguas romances; los elementos germánicos son más escasos.

Daré ahora una pequeña muestra del *Esperanto*, *Novial*, *Occidental*, y *Latino sine flexione*, presentando en las cuatro versiones la siguiente frase:

«Existen dos principios de traducción: el uno exige que el autor de una nación extranjera sea trasladado a nosotros; el otro, en cambio, exige que nosotros nos traslademos al autor extranjero».

Primero: *Esperanto*:

Ekzistas du maksimumoj de tradukado la unu postulas, ke la aŭtoro de fremda nacio estu al ni transmetata; la alia kontraue faras al ni la postulon, ke ni transigu nin al la fremda aŭtoro.

Segundo: *Novial*:

Exista du prinsipes pri traduktione un postulake li aŭtore de stranjia natio-  
ne mey bli transporta a nus; li altri  
kontrafa li demando a nus ke nus pene-  
tra en li stranje.

Tercero: *Occidental*:

It existe du maximes de traduktion un  
postula que li aŭtor de un foren nation  
es transportat ad-che nos; li altri, in

contra, postula de noi, que noi transea ad-che li foreno.

Cuarto: Interlingua o latino sine flexione:

Existe duo maxima pro versiones uno require ut auctore de alieno natione es tranlato ad nos; altero, contra, fac ad nos praescriptione de tranfer nos in auctore extraneo.

\* \* \*

Resumiendo, podemos decir que se ha tratado de resolver el problema de tres maneras diferentes:

- 1.—por medio de una lengua muerta.
- 2.—por medio de una lengua viva.
- 3.—por medio de una lengua artificial.

1. Las lenguas muertas, por su dificultad morfológica y sintáctica sobre todo, no llevarán a ninguna solución del problema, aunque en varias partes se trata de dar nueva vida al latín clásico para hacerlo idioma internacional. Huelga un comentario sobre el *Novo-latín* y el *Latino sine flexione*.

2. La segunda solución: la de dar carácter universal a una lengua viva ha encontrado fuerte resistencia y ha sido rechazada en varias ocasiones y seguramente, no en último lugar por el peligro de la desnacionalización con que amenazaría la lengua elegida a los pueblos que no la tuvieran como idioma patrio. Sin embargo, algunos ven en el ruso o en el alemán condiciones

favorables para una lengua universal, otros, guiados por el propósito de proclamar a aquella lengua que no sólo tenga una gran difusión en el mundo, sino que muestre a la vez una clara tendencia a la simplificación de su estructura, creen que el inglés o el francés son las únicas lenguas que pueden pretender un rango tan elevado. Y aun hay quienes estiman que estas dos, lengua del comercio la una y lengua de la alta sociedad y diplomacia la otra, deben formar una especie de «entente cordiale» lingüística para repartirse el mundo y transformarse en los dos instrumentos superiores del intercambio entre las naciones civilizadas.

Creo que no es necesario recalcar el enorme valor cultural que encierra precisamente la diversidad del desarrollo lingüístico, pues en él se funda, esencialmente, el surgimiento de la alta civilización y cultura. Por eso no creo que la existencia de una lengua universal contribuya a aumentar la capacidad civilizatoria y cultural de los hombres.

No se puede negar que la extensión de una comunidad lingüística significa casi siempre aumento de su valor intrínseco. Pero en esto hay también un límite, un máximo de crecimiento posible. Pues las comunidades lingüísticas muy henchidas y extendidas, a veces no desean ni pueden entrar en un intercambio cultural con otros pueblos. Lo cual trae como consecuencia un aislamiento o distanciamiento de los demás, o sea, limitación del horizonte espiritual.

Y es este el fenómeno que está adquiriendo cierta

importancia en el caso del inglés. Pues no está lejos del pensamiento de muchos, de que la lengua inglesa pueda llegar a ser la lengua mundial, por medio del «Basic English», ya que el número de los que hablan inglés como idioma patrio se ha decuplicado en un siglo. Ante estas perspectivas dijo un agudo crítico inglés, haciendo una ingeniosa comparación: «El ornitófilo tiene que conceder al gorrión muchas cualidades, y, sin embargo, queda espantado ante su enorme multiplicación y verá siempre como peligro inminente un mundo lleno de gorriones, en el cual irán desapareciendo poco a poco las especies superiores, las más valiosas. Lo mismo sucedería con el inglés, si llegara a ser lengua universal; lo mejor del idioma, los matices más finos, todas las sutilezas de la lengua se perderían, si se convirtiera en un idioma común de expansión ilimitada».

3. Y pasando a la tercera solución propuesta, tampoco se puede decir que la cuestión se haya decidido definitivamente en favor de una lengua artificial, aunque el Esperanto haya triunfado sobre muchas otras similares. En vista de estas circunstancias se fundó en 1924 la sociedad norteamericana «International Auxiliary Language Association in the Unites States» (llamada simplemente I. A. L. A.) que estudia nuevamente el problema y que celebró una conferencia importante en Ginebra en 1930.

Es relativamente fácil inventar una lengua artificial, pero introducirla, imponerla a todo el mundo, es sumamente difícil pues los obstáculos son muchos. Desde

luego, es prácticamente imposible obtener la uniformidad de pronunciación, pues no existe un centro regulador y normalizador como lo es una capital con respecto a las lenguas naturales.

En esperanto, por ejemplo, el sonido señalado con *h* que equivale a la *ch* alemana, es muy difícil para los españoles, franceses, italianos e ingleses y casi imposible cuando va detrás de *r* (*monarho*).

Además se nota muy pronto la pobreza del vocabulario y así nace un gran dilema: o se mantiene una lengua insuficiente, o se falta a la promesa de ofrecer un idioma fácil, aumentando el vocabulario en proporciones no sospechadas al principio. El esperanto primitivo no poseía sino novecientas veinticinco palabras ¡lista definitiva!, según se decía; sin embargo llegó rápidamente a seis mil y a pesar de esto no tiene todavía una terminología jurídica. Tampoco puede asimilar voces extranjeras sin mutilarlas y transformarlas en verdaderas caricaturas.

La formación de palabras ofrece dificultades de toda especie. Siguiendo rigurosamente el principio de la mayor internacionalidad,—es decir, tomando para cada palabra el tema más difundido en el mundo—se llega directamente al vocabulario de las lenguas romances. Y en efecto, es esta la tendencia que confirma la mayoría de los idiomas artificiales nombrados anteriormente. La proporción de los temas latinos es mucho más grande en el *Esperanto* que en el *Volapük* y más todavía en el *Ido* en que alza el noventa por ciento, y

semejante es el porcentaje en el *Novial* y *Occidental*.

Puede observarse también que el elemento puramente artificial y a veces arbitrario de los primeros sistemas, como el *Volapük* va disminuyendo a favor de la naturalidad y de este modo no es de extrañar que los proyectos posteriores al *Volapük* se asemejen más uno al otro.

Si es así, si estas lenguas artificiales, en su mayor parte, se diferencian poco y si su vocabulario se funda esencialmente en los romances. ¿Por qué entonces buscar un nuevo idioma en vez de elegir la lengua neolatina más difundida?

Si se procediera en conformidad con este criterio, saldría favorecida la lengua castellana que supera notablemente a sus hermanas. Algunos, sin embargo, opinan que en caso de elegirse una lengua románica, tiene que darse la preferencia al francés, como lengua de la alta sociedad, de los salones y de la diplomacia. Tanto es así que el mismo profesor alemán Molenaar, autor del *Universal* declaró al fin: «Ya no creo en el éxito definitivo de mi lengua, la sacrificaré al francés».

En verdad, las lenguas artificiales parten de una idea fundamentalmente anticientífica. El estudio de la vida del lenguaje muestra que toda lengua se halla en una transformación constante, que es como un ser vivo, muy complejo, cuyos órganos resultan de una multitud de causas históricas, y los cuales se han adaptado lentamente a las necesidades espirituales de los

pueblos. Las irregularidades aparentes tienen sus razones profundas.

Supongamos que todo el mundo supiera una de esas lenguas artificiales. La consecuencia sería que esta lengua tendría que transformarse y diferenciarse muy luego, puesto que las distintas razas, pueblos que viven en un perfecto contraste cultural, tendrían que usar este medio de inteligencia mutua de la manera más diversa y conforme a la madurez intelectual de cada uno de ellos. Sabemos que en tiempos muy remotos los indios, los griegos, romanos, germanos, eslavos, etc., hablaron una misma lengua, el indoeuropeo. Hemos visto cómo la lengua latina se disolvió en las lenguas romances, transformándose en el francés, español, italiano, rumano, etc. Y del mismo modo una lengua universal llegaría pronto a crear diferencias dialectales que la alejarían de su finalidad práctica.

Y si todo el mundo aprendiera y hablara una lengua universal, además de su lengua propia, natural, las dificultades que se presentarían serían inmensas: pues, en este caso, se verificaría siempre, una traducción de la lengua natural a la artificial. Basta pensar en la traducción de giros o términos metafóricos de las distintas formas sintácticas, etc., para tener una idea aproximada de las complicaciones. En el *Pidgin-English*, que mencioné hace pocos instantes, se puede ver cómo el chino trata de hablar inglés. ¿Cómo se puede formar y manifestar el sentimiento lingüístico por medio de un producto artificial de esta clase, cuando precisamen-

te en la diversidad del lenguaje humano se revela la diferencia del nivel intelectual de los pueblos?

Se ha repetido en varias ocasiones que las lenguas artificiales son instrumentos tan rudimentarios que no tienen ni pueden tener literatura; que no tienen ningún valor educativo, no enriquecen el cerebro, no procuran ningún goce literario. Paul Deschanel dijo una vez: «No son solamente palabras, sonidos, lo que los hombres quieren aprender, cuando estudian una lengua, sino todo el mundo moral que expresan; una lengua que no ha sido vivida no puede crear vida; una lengua en la cual un pueblo no ha puesto su alma no puede tocar nunca el corazón».

Aun prescindiendo de estas razones, el problema es grave: si todos los hombres de este mundo fuesen hermanos, y tuviesen una misma cultura, la implantación de una lengua universal tal vez podría tener éxito. Pero en tal caso, la lengua no debería ser inventada, sino que ella misma surgiría sola como consecuencia de ese desarrollo al cosmopolitismo, a la civilización única, internacional. Pues detrás de una lengua universal debe estar el espíritu de una cultura internacional. Esto lo han comprendido perfectamente los que en la actualidad ofrecen cursos gratuitos de alguna lengua universal pues sólo cuando se haya alcanzado y realizado los ideales de aquel orden social que tiende a una igualdad sin sentido, a una política utilitaria basada en la razón, que tiende a dar a la humanidad un aspecto esquemático, a someterla a una pauta única y general, a combatir a

todos los valores intelectuales sobresalientes, a negar el genio y el talento, a abandonar lo típicamente nacional, entonces habrá llegado el momento de propagar también una lengua universal igualmente esquemática, sin alma, sin vida real.

Manuel Rojas

## Reflexiones sobre literatura chilena



ERIA interesante un ensayo sobre la forma de preparar el porvenir de la literatura continental. Estudiando su pasado, su presente, la trayectoria que lleva, sus posibilidades en potencia y los cambios que pueden suceder, se podría indicar, con más o menos exactitud, qué es lo que falta y qué es lo que debemos hacer. Se echa de menos entre nosotros alguien que se dedique, de modo preferente, a estudiar los problemas de la literatura americana, a examinar sus cualidades y defectos y a sugerir, conforme a un criterio más filosófico que literario, cuáles son aquellas virtudes en que hay que insistir, cuáles los defectos que hay que rechazar y qué es lo que hay que crear. Hasta este momento estamos como ciegos en la materia y los escritores nos guiamos, o no nos guiamos, por nuestros gustos e inclinaciones, a veces de la peor especie. A los que hacemos literatura de creación nos falta, casi del todo, una imagen justa del panorama científico de la literatura mundial, de la gran literatura; una noción es-

piritual que nos permita decidir qué debemos intentar para llegar a formar parte de esa gran literatura; un guía intelectual que nos señale, mejor dicho, que nos empuje por el camino. ¿Qué podemos incorporar nosotros a la gran literatura y cómo debemos hacerlo?

Trabajo sería este, más para un escritor, para un crítico, que abandonando, alguna vez, su menuda policía literaria, sus búsquedas bibliográficas o sus noticias y comentarios de tres al cuarto, se resolviera a realizar una obra que sería útil para todos y que justificaría, al propio tiempo, su existencia literaria, su razón de existir como crítico. Estimo que una de las grandes labores del crítico es orientar a los escritores, sobre todo cuando se trata de escritores de un continente que, como el nuestro, vive lejos de la gran cultura literaria. Si a un escritor que no puede preocuparse (cuando tiene tiempo) de otra cosa que de crear, no puede exigírsele que posea esa cultura, ya que en la mayoría de los casos no ha tenido cómo ni donde absorberla, a un crítico, por el papel que intenta desempeñar—de juzgar a cada uno y a todos, diciendo que esto es bueno y esto es malo—debe exigírsele. De otra manera su labor carece de autoridad, de fundamento; es superficial. La cultura literaria, el buen gusto y el conocimiento que de ella se derivan, debe servir no sólo para lucirla en las citas, si es que alguna vez se luce, sino también y principalmente, para guiar la marcha de una literatura. Y al decir cultura literaria no me refiero al eruditismo, al saberse de memoria el título de las obras publicadas y el nom-

bre de los hombres que las escribieron, sino a otra cosa más interesante para nosotros: al estudio y conocimiento de la ciencia y de la filosofía de la literatura.

Pero quizás hago mal en hablar de críticos. Un crítico que hiciera lo que propongo y realizara lo que deseo, ya no sería tal. Sería algo muy superior: un filósofo.

\* \* \*

He oído decir a algunos: para la literatura que tenemos no necesitamos mejores críticos... Pero esto es un error. (No me atrevo a pensar que la frase venga de algún crítico). El escritor y el crítico viven en climas diversos y desarrollan una labor también diversa. El escritor es la fuerza, la creación artística, la sensibilidad; el crítico es la inteligencia, la medida, el método, algo que actúa en una literatura como la excéntrica en una máquina, graduando y regularizando su andar. El crítico debe ser superior al escritor en su especialidad y realizar, dentro de su órbita, un trabajo que se equipare, en pensamiento, en intensidad filosófica, al del escritor. Debe ser también un creador en su género. Pero esto no es lo que ha sucedido en América: mientras la literatura ha producido algunas obras buenas, la crítica, en cambio, salvo algunos ensayos poco felices, no ha hecho otra cosa que comentarios, pequeñas glosas y tal cual panorama o semblanzas de los valores literarios. De manera que, hablando con franqueza, la producción

puramente literaria es muy superior, no ya en cantidad, sino que en calidad a la obra crítica. Y de ahí que sea un grave error, como ya dije, decir o pensar que para la literatura que tenemos no necesitamos mejores críticos. Aunque, en realidad, insisto, más que críticos, lo que necesitamos son pensadores. Un buen crítico puede hacer progresar una literatura; uno malo, la empeorará.

Para comentar un libro en un artículo de diario o para comentar a un autor en un libro, basta cualquier crítico. Claro es que unos lo harán bien y otros lo harán mal; pero para estudiar y dirigir una literatura, por lo menos para intentarlo, ya no basta cualquiera. No existen sólo escritores americanos; existe también una literatura americana, una literatura que tiene sus problemas, sus dificultades expresivas y formales, una literatura que pugna por abrirse paso y a la que hay que ayudar y orientar. Decirle a un escritor que su obra es buena o mala, es decirle algo, pero ese algo se reduce a lo personal, no a lo general, y para ello no se necesita más que un poco de buen gusto; pero no es suficiente el buen gusto cuando se trata de estudiar, no ya un libro sino una literatura. Entonces el buen gusto es como la facilidad para escribir: no sirve para nada. Son necesarias otras cualidades.

Existen dos clases de críticos: los que estudian los libros y los que estudian la literatura. Nosotros no nos podemos quejar de que nos falten los primeros (casi hay sobreproducción), pero, suspiramos por los segundos.

\* \* \*

Quiero citar aquí algunas palabras de dos críticos italianos: Benedetto Croce y Luigi Russo. El párrafo que transcribo, de Croce, podría titularse: *Cómo se hace un crítico* y el de Russo, *Lo que debe ser un crítico*.

Dice Croce:

«Si me fuera permitido hablar de mí mismo, yo referiría a mis colegas aquí presentes, amantes de la historia literaria, lo que yo he podido comprobar en el curso de mi vida científica. Porque yo, como vosotros, todos, o casi todos, comencé casi exclusivamente con la cultura literaria y filológica, y fui como vosotros, asiduo visitante de las bibliotecas y de los archivos, husmeador de documentos y de libros raros, de noticias ocultas y de textos inéditos: pasión que todavía no me abandona y me proporciona ratos deliciosos. Pero al llegar a cierto punto de mi trabajo me asaltó la duda respecto al modo cómo lo realizaba y a los resultados que obtenía, y traté de aclarar y justificar, ante mí mismo mi método de trabajo. Y en esta forma, repasando algunos conatos y estudios juveniles, me puse a leer libros de estética y de metodología histórica con el objeto de resolver aquellas dudas y engolfarme en seguida en mis investigaciones particulares. Pero resultó

que poco a poco fui ahondando en todos los problemas del arte y recorriendo la historia entera de la poética, de la retórica, de la gramática, de la filosofía del lenguaje, de la estética, y fui construyendo todo un sistema estético; y en esta labor invertí tres años. Y cuando ya creía estar al fin de la jornada, caí en la cuenta de que apenas si estaba principiando, y me vi forzado a seguir adelante en mi camino y a llevar a cabo el mismo trabajo con la lógica, y con la historia de la lógica, con la ética, y con la historia de la ética, con la economía y la historia de la economía y, en una palabra, con toda la filosofía; y aquel paréntesis filosófico que yo pensé abrir y cerrar en el transcurso de unos pocos meses, abarcó una larga década de mi vida mental, durante la cual no descuidé propiamente en absoluto los estudios de crítica y de historia literaria, pero quedaron estos en segundo plano. De esta suerte conquisté fama de «filósofo». Pero yo no quería ser *purus philosophus*, personaje al cual aplicaba yo gustosamente el dicho platónico que se suele repetir para el *purus mathematicus*; y por esta razón, de la filosofía volví de nuevo, con plena conciencia, al cultivo de la historia literaria y política, que es el trabajo a que actualmente me dedico, siendo ahora para mí la filosofía, en su acepción más estricta, materia de segundo orden, aunque no la he abandonado del todo, porque ese abandono total no sería posible, surgiendo como surgen a cada paso nuevas dudas y problemas especiales, que es necesario resolver filosofando».

## Y Russo:

No consideremos, pues, en adelante, al crítico, como *artifex additus artifice* (artista agregado al artista), sino como *philosophus additus artificii*, o mejor aún, como *philosophus exortus ab artificii*, y como filósofo, creador también él de un nuevo cosmos, no ya poético sino lógico, pero un creador que no trata de competir con orgullo y fatuidad en un certamen de imágenes y de fantasías con su poeta, un creador libre y absoluto en su mundo de ideas, distante sin embargo de aquella forma espasmódica con que querría traducir a veces las ficciones del arte de otros, enturbiándolas con ficciones propias y ofuscando las imágenes con otras imágenes. (1)

\* \* \*

Y no es que yo, como escritor—y esto también hay que decirlo—tenga inquina o animadversión contra algún crítico. Al contrario. Me han llenado de elogios y me han comparado, claro que prudentemente, con muchos escritores de fama, con tantos que ya en realidad no sé a quien me parezco, ni si me parezco a al-

---

(1) Estado actual de los métodos de la historia literaria (Prensas de la Universidad de Chile, 1933), colección de estudios traducidos por Raúl Silva Castro, Ingeborg von Unger y Ramón Mondría.

guien. Unos han descubierto influencias; otros, semejanzas. Pero, con todo eso, ¿quién ha salido ganando? Con seguridad, mis amigos y parientes más próximos, que gozan mucho cuando se me alaba. Pero yo, como escritor, ¿qué he ganado? Al principio alguna pequeña satisfacción, cierto estímulo, pues tampoco soy una lápida, pero después, nada. Cuando publicaba mi segundo y tercer libros, pensaba: ahora me dirán que domino muy bien el tema y los personajes, que tengo gran poder de narrador y, para salir del paso, que me parezco a alguien. Como este alguien es ya muy conocido y sus valores han sido estudiados por los extranjeros y proclamados por los nacionales, no hay necesidad de más... Y así sucedía y así llegué a cansarme, pues sucedía lo que anticipaba. Mi obra de principiante llenaba sus gustos y esto me pareció sospechoso. ¿Era bondad, pereza o incapacidad? De encontrar un crítico que dejando a un lado los elogios, como yo los dejo ahora, hubiese hablado como ahora hablo, diciéndome qué era lo que, desde un alto punto de vista literario, necesitaba y qué lo que tenía de más, otro gallo me cantara. Y si no me lo hubiera dicho personalmente, es decir, refiriéndose a mi obra, sino a la literatura en general, cuánto mejor no habría sido el beneficio. Con un buen escritor se enriquece la literatura; con un buen crítico, un Thieneman, un Van Thiegon, un Croce o un Mencken, se enriquecen, sobre todo, los escritores.

\* \* \*

Personalmente siempre me ha preocupado esto: ¿a dónde llegaremos? ¿Llegaremos a alguna parte? ¿Saliremos, al fin, del continente, no ya como invitados vergonzantes o como parientes pobres, pagando las traducciones, sino como escritores de valor? No creo que sean muchos los indiferentes a este asunto. Todo verdadero escritor es ambicioso, no ambicioso de dinero, que es, entre todos los resultados, el más pobre que se puede alcanzar, sino ambicioso literariamente, y no de modo personal... Porque si nuestros afanes, nuestras fatigas, no van a tener más fruto que el de recibir de nuestros críticos o amigos tres o cuatro frases amables, además de alguna invitación a almorzar y varias cartas de admiradores de provincias, sería mejor, mucho mejor, dejar a un lado la pluma y seguir la escondida senda. ¿Para qué continuar si ya hemos obtenido en casa todo lo que en ella puede conseguirse? Como escritor no me resigno y los que de entre nosotros, escritores, se resignen, harían muy bien en enterrarse desde ya, por lo menos literariamente. Y esto no es una vana aspiración de gloria, es un sano y excitante deseo de trabajar y de luchar, una incitación a la tenacidad y al heroísmo.

Pero ¿qué haremos para conseguir lo que todos, franca o escondidamente deseamos o hemos deseado, lo que todos, como escritores, debemos desear? Esta es la

cuestión. Alguien dirá y tendrá en parte mucha razón: escribid buenas obras . . . Sí, es lo mejor y ya se me había ocurrido a mí también; pero no es todo. No basta escribir una buena obra. En América se han escrito algunas y todavía estamos donde estamos. Es necesario, creo yo, que una obra sea algo más que buena: que sea interesante, no sólo como buena, sino también como obra. ¿Pero cómo podremos ser interesantes, perdón, que es necesario hacer para producir una obra interesante? Ahí está el nudo: ¿Cómo podremos hacer obras interesantes?

¿Habrá que insistir en la pintura del campo y del campesino? ¿Qué proyecciones exteriores tiene una literatura, basada en esos motivos? ¿O será mejor abandonar eso y buscar en otras partes nuevos temas? ¿Elegiremos, entonces, al hombre de la ciudad? ¿Al de las minas? ¿Al de las salitreras? ¿Será preciso abandonar nuestro estilo sudamericano (casero) y buscar en su renovación o en su aproximación a estilos novísimos el interés que, junto con nuestro color local, nos dé lo que necesitamos? ¿No será demasiado anticuada nuestra técnica? ¿No nos pareceremos excesivamente, en una escala inferior, a Mau-pasant, a Ponson du Terrail, a Balzac, a algún ruso (hay tantos), a Reymont o a Perico de los Palotes? ¿Nos dedicaremos a la novela psicológica, a la de aventuras, a la histórica, a la social? ¿O será necesario falsear nuestra realidad, evadirse de lo inmediato e inventar lo que no existe? En literatura, ¿es preciso ser siempre verídico? ¿Fué verídico Dostoyewsky o sus per-

sonajes vivían, más que en la realidad, en él mismo, que siendo profundamente ruso no podía sino crear seres de su raza, seres que, aunque fantásticos, se reconocían como vernáculos? Y, por fin, ¿tiene alguna importancia literaria nuestro paisaje, nuestro color, los hombres y los hábitos de nuestra tierra? ¿O ellos no nos deben servir más que como elementos simples de una obra independiente de ellos mismos, de una obra que valga, no por ellos, sino por lo que nosotros pongamos de nuestra parte, aunque lo por nosotros puesto no tenga que ver con ellos sino en lo general, no en lo particular, en lo individual? ¿Qué es lo que debemos hacer? ¿Y seremos capaces de hacerlo?

\* \* \*

Todas estas inocentes preguntas me asaltan cada vez que el prurito de escribir me lleva hasta mi escritorio. Hasta este momento no he podido contestármelas de manera clara y definitiva. Muchas veces he pensado que los escritores de por acá (me refiero a toda Hispanoamérica) hemos pasado de la simple narración oral a la narración escrita, sin transición, sin sufrir el proceso de la individualización, es decir, sin dar a la obra literaria el sello de una íntima personalidad, sin poner en ella lo que en nosotros puede haber de verdaderamente creador en el sentido literario. Miles de cuentos, cientos de novelas, se fabrican entre nosotros, así, como para los amigos, y aparecen escritas en tal forma que

quitándoles las tres o cuatro descripciones del paisaje que tienen, descripciones que se ponen para dar a la narración un carácter literario (?), quitándole eso, digo, se podría contar de viva voz y sin echar de menos al autor. Falta el autor, podría decirse, falta el artista, ya que lo que se puede contar oralmente no tiene autor ni creador. No hay ahí, en esas obras, en nuestras obras, un esfuerzo del pensamiento por crear algo que represente, de manera objetiva, el espíritu del creador; no hay el deseo o el ímpetu de volcar en la obra literaria lo que en nosotros no es solamente y exteriormente literario, es decir, lo que no sólo se refiere a la simple forma escrita: el deseo de permanencia a través del tiempo, la voluntad de dar a la obra literaria nuestra plasticidad interna, si es que alguna tenemos.

En fin, nos falta personalidad en la literatura, personalidad de pensamiento, personalidad de espíritu y casi personalidad de expresión. Creemos que basta describir lo que vemos, transcribir lo que nos cuentan o reproducir lo que hemos vivido, así como ciertos pintores creen hacer obra de arte reproduciendo fielmente una botella o una flor, y lo hacemos de modo superficial, sin mezclarnos en ello, suponiendo que bastará eso y que nuestro paisaje, nuestros campesinos, nuestros montañeses, por ser nuestros, llamarán la atención hacia nuestra literatura. Pero ¿será eso literatura? Mucho me temo que no. Creo que será más bien una literatura para turistas. No es el paisaje ni los habitantes de un

paisaje lo que hace una literatura. Hay algo más, algo más . . .

\* \* \*

Alguien dirá: es inútil buscar y estudiar, tener buenos críticos o excelentes ensayistas. El genio busca sólo su camino.

Sí, es cierto, pero es cierto también que si fuéramos genios no necesitaríamos ni escribir. Nos bastaría con serlo.

## Sancho Panza (1)

**S**ancho Panza, hombre de carne y hueso,  
vilipendiado por el vulgo,  
yo diré con amor  
tu concreción,  
obra magna de Miguel de Cervantes.

### I

*Estéticamente, no hay antecesor  
para tu vida escuderil.  
Distinto de Gandalín  
que apenas lleva las armas de Amadís  
y ¿qué decir de la doncella Carmela,  
enamorada de Esplandían?,  
tú llenas por mitades, con Don Quijote,  
la acción de la novela caballeresca,  
múltiple como la vida del universo.  
¡Y como actúas! Gandalín casi no habla.  
Tú eres un chorro de malicia  
y en tus labios es oro  
el cobre de la lengua popular.*

---

(1) De el libro próximo a publicarse en España.—«Octaedro»

Cumbre anticipada de la estética romántica,  
tu vocabulario—red que aprehendió  
la totalidad de las humildes palabras—  
llena el baúl de los refranes,  
de aquellos que como lujo Fernando de Rojas  
usa cual orquídeas en «La Celestina»  
y nuevamente Lope,  
como pulsando en las cuerdas de un mester  
de nueva maestría,  
en la nieta de la Trotaconventos,  
la borracha y ladina Gerarda de «La Dorotea».

## II

Tu trascendencia filosófica, Sancho Panza  
—hermano actuante y sin teorías de Francisco Bacon—  
inicia viva, por los caminos de Castilla,  
por las ventas y en los prados  
en los que se hace una olla podrida  
o se huele a gallina asada,  
una filosofía  
de comprensión de la vida material:  
no importa que en la lejanía  
movilice la acción  
la atracción  
de la *Insula Barataria*.

Las cosas, los comestibles,  
a través de tu comprensiva pupila,  
cobran líneas, superficies,  
volumen, peso, color:  
la vida presente, el mundo se recorta  
como un continente recién nacido,  
limitado por una atmósfera transparente.

El medioevo místico,  
 el de los labios juntos y los ojos bajos  
 de Gonzalo de Berceo,  
 contigo, Sancho Panza—amoroso del rucio;  
 víctima cruelmente martirizada  
 en el estómago  
 por el doctor Irteafuera—queda afuera en una época  
 totalmente distinta:  
 Sancho Panza, eres más límite  
 de épocas humanas y filosóficas  
 que el mismo Quijote.

Calixto tras el neblí  
 —calofrío, deslumbramiento ante las formas de Melibea—  
 apenas es un anuncio  
 de la fruición—granada abierta—  
 con que tú—hiperestesia de los cinco sentidos—  
 goloseas la gallina de las bodas de Camacho,  
 de un hachazo cortas, Sancho,  
 la vida humana, chupándola  
 con las ventosas de tus labios campesinos.

## III

Sancho Panza—perfección del realismo  
 de la novela picaresca;  
 villano, metido por Cervantes  
 como un búfalo rescoplante de vida  
 dentro de la novela caballeresca:  
 virilmente, con una fuerte personalidad,  
 en la conducta humana, en lo económico,  
 tu sanchopancismo—cosa burda  
 para los que no han ahondado  
 en el pragmatismo de tus acciones—

traza una línea recta,  
sin hipocresías:  
aferrada a la vida,  
lejos de fariseas nebulosidades idealistas.

Ante ti cae en astillas  
el caballo de Ulises  
del desprecio a lo terreno,  
del desprecio al goce  
de las comodidades materiales.

Campesino, al parecer intrascendente,  
qué bastión de una nueva economía  
levantas y en él como trituran  
tus mandíbulas, duras como morteros.

A la voz que ruega,  
tú, antecesor de Nietzsche,  
opones la aprehensión inmediata;  
a la aventura lejana, tal vez irrealizable,  
como la voluntad creadora—que diría Bergson—  
consciente del porvenir,  
no descuidas por el amor del amo,  
ni las camisas ni las doblas.  
Tú, Sancho, Sancho irónico con el loco;  
pero al que en cierto modo  
lo proteges como un padre,  
eres el cuidador de la vivienda:  
el abrigo, la adquisición del alimento.

Sancho Panza,  
formidable continuador,  
aunque en plano distinto  
de Jesús:

a las palabras de amor,  
de espera ultraterrena,  
sustentas el derecho preferente al pan,  
a la satisfacción de lo material:  
cabalgas en el hoy.

Sancho, callampa crecida  
en un rincón del mundo,  
allí donde las lágrimas  
se decantaron en el cieno  
hasta volverse sal  
y claridad;

Sancho, topo que sabes  
de las fuerzas de la costra de la tierra,  
subsuelo en que pareces haber dormido  
para despertar con la pulsación efectiva del planeta:  
nada añejas—mientras la mente sueña—  
del presente fugaz  
que trota en los cascos del rucio,  
humilde, anónimo;  
pero la osamente única  
que alivia tu andar.

Y Sancho, heroico y franco,  
que a la luz artificial  
de un pálido ideal,  
opones el claror ardiente  
del horno en que crepitan  
las necesidades  
—¡ah, si no lo sabrás  
tú que tienes familia!—;  
Sancho, hijo terroso,  
fruto del campo,

—tal un árbol con tierra húmeda entre sus raíces y raíces—  
[cillas—:

¡chorro saltante como un símbolo  
para toda edad!

IV

Creación suprema de Cervantes  
Sancho escudero estéticamente original;  
filosóficamente, uno de los cimientos  
del renacentismo,  
¿cómo y con qué alevosa acción  
conjunta de la cultura  
se te ha obscurecido,  
oh tú, señalador de rutas  
y más iluminador que un incendio?

¡Cómo los fariseos,  
ocultos tras la cola de Rocinante,  
flameando la sombra angulosa de tu amo,  
te han sometido  
a un robo de personalidad total,  
robo más cruel que el del asno de tus caricias.

En el manteo ya de cuatro siglos,  
los malvados venteros  
lanzándote por el tapial del fariseísmo,  
te han enzarzado —«los muy ladinos»—;  
te han vuelto rana en aguas verdosas  
del muladar del desprecio  
hacia tu materialismo.

*¡Oh eclosión vigorosa de la tierra;  
árbol de vida propia  
que rompe las capas de acero  
en que se trate de pulverizarte, de aplanarte;  
Sancho, saco de comestibles;  
casa con lecho amable;  
huerta con gallinas y con perros:  
Sancho, canto ancho e inmortal,  
tú eres la tapa redonda, plúmbea:  
tras ti las calaveras que ríen en la tierra  
brotan felices las espadas de sus lirios.*

*¡Nada te debieron, Sancho,  
Nietzsche, el de los cantos ilimitados,  
y Karl Marx?*

Hernán Díaz Arrieta (Alone)

## “Don Andrés” (1)



L tiempo y el espacio dividen, nítidamente, la existencia de don Andrés Bello en tres partes.

Treinta años en Caracas, la ciudad natal: años en que su inteligencia se abre al mundo, a la naturaleza, a los libros, a la vida social y administrativa, años de formación moral y espiritual.

Dieciocho años en Londres: la madurez confirma y moldea su cerebro; el estudio satisface su apetito de saber, insaciable; los sufrimientos lo templan. Son los años de la pobreza y de los matrimonios, de los desengaños fecundos y de la tenaz resistencia contra el destino.

Treinta y seis años en Santiago de Chile. La plenitud productora, la grande influencia, el Derecho de Gentes, la Gramática, el Código Civil, la Universidad, el patriarcado intelectual de un pueblo nuevo que lo acoge y lo eleva, inmortalizándolo.

---

(1) Dos capítulos de una «vida novelada» de don Andrés Bello.

Creemos que conviene respetar esta división vigorosamente marcada.

I. Infancia y Juventud.—II. Madurez.—III. Plenitud y Ancianidad.

## PRIMERA PARTE

### INFANCIA Y JUVENTUD

(Caracas, 1781-1810)

«Las impresiones de la niñez ejercen sobre nosotros un poder irresistible y deciden por lo común de nuestra felicidad.

Bello.

#### I

El organista apoyó con fuerza la última nota, que vibró largamente en el templo solitario, y quedó silencioso, contraída la frente por una raya de preocupación. No estaba satisfecho. Repitió entera la frase, hizo algunas correcciones en el cuaderno sobre el atril y, cerrando el instrumento, cuya tapa esparció un hueco son por las naves, púsose de pies y se acercó a la barandilla del coro.

Al fondo, el sacristán encendía las velas del altar mayor y el traje de la Virgen, oro y seda blanca, bañábase en una claridad líquida. Luego empezaría la ceremonia y llegarían los fieles a la novena de la Merced.

El organista descendió la escalerilla caracoleada, bajo el campanario y, cruzando lentamente la iglesia, llegóse a la sacristía. Profesional y solícito, acudió el sacristán a saludarlo y a responderle, antes que le preguntara: —Fray Ambrosio y el niño están en la Biblioteca.

Una sombra de contrariedad pasó por la fisonomía grave del caballero. Ni su reverendo cuñado ni su hijo mayor demostraban aficiones musicales y mientras él ensayaba esa Misa solemne que habría de darles gloria, ellos, invitados a escucharle, íbanse calladamente del templo y estarían ahora entre los libros.

Menos mal si fueran obras de piedad: la seriedad precoz del mozo, que ya andaba en sus doce años cumplidos, había inspirado a sus padres la idea de que tenía vocación religiosa y procuraban estimularla; pero el tío mercedario, con quien parece que debían contar para la empresa, solía desviarle la atención inconsideradamente hacia lecturas harto profanas. No ha mucho los había sorprendido Andrés recitándoles toda una tirada de «No hay burlas con el amor», y otra, apasionadísima, de «La Vida es Sueño» por Calderón de la Barca. Interrogólo ese día don Bartolomé y supo que, a más de Calderón, conocía el chico, y hasta había comprado por dos reales, unas piececillas de Lope de Vega y sospechó que empezaba a leer El Quijote.

¡Cómo había cambiado en poco tiempo!

Hasta ayer no más se entretenía con los rapaces de su edad en los juegos propios de la infancia, si bien te-

ñidos siempre de ese carácter que se le iba desarrollando ahora en la vecindad del Convento y la compañía de los frailes. Todavía recordaba el padre con una sonrisa cuando, llamado por su mujer, la buena doña Ana Antonia López, asistió en la arboleda de su casa a un pequeño acto litúrgico organizado por Andrés. Ella y fray Ambrosio, dignos cómplices, le habían proporcionado ornamentos eclesiásticos a su talla; el carpintero le fabricó un cáliz de madera y con cuatro tablas y unos paños blancos habíase construído un altar bajo el bosquecillo de granados. Asistían en calidad de fieles, entre intimidados y risueños, hasta una docena de chicos, compañeros de correrías en el callejón de La Merced, y Andresito, poseído de su importancia, tras muchas genuflexiones y reverencias como las que viera en las festividades religiosas, disponíase a dirigirles la palabra:

—Hermanos míos...

De pronto, quédanseles los ojos fijos en el caballero, que reía medio oculto a la distancia y, perdida toda la infantil compostura, arremangóse la sotanita y echó a correr como un gamo, dando la voz de alarma.

Todo eso había pasado.

En el niño comenzaba a despuntar el adolescente. La iniciación de los libros lo transformó por completo. Cesaron de interesarle las aventuras en comparsa y se hizo reconcentrado, meditabundo. Gustábale abandonar la ciudad e irse por el campo, a lo largo del Guaire que, con sus ligeros afluentes de suave nombre, el Anauco, el Catuche, entretejen corrientes sonoras a través de Ca-

racas y parecen invitar hacia la campiña, pasando una y otra vez bajo un centenar de puentes. Junto con el mundo interior de las letras, descubría el muchacho el universo de las bellezas naturales con que el trópico deslumbra, temprano, la fantasía. Y eran largos paseos por los saucedales de la ribera o hacia los plantíos de café que florecen albos como jazmines a la sombra roja de las eritrinas inmensas. Desde los faldeos del Avila, tras algún reposo, al levantar los ojos del libro, divisaba la ciudad a sus pies, con sus lindas casas claras, rodeadas de jardines siempre en flor, como una primavera perpetua, sus calles estrechas, sus plazas ruidosas y las torres de los templos que se distribuían en las pendientes.

Don Bartolomé reconocía en su primogénito algunos rasgos de su propio temperamento; pero acentuados con una profundidad inquietante. Ni rastros en el niño de esa indecisión blanda que a él lo había mantenido vacilante, compartido entre distintas aficiones: por un lado las artes, la música que lo atraía en especial, para la que tenía facilidad, y por otro lado el estudio de las leyes, menos seductoras, pero que se le imponían como la carrera necesaria, y que acabó finalmente por seguir, aunque sin abandonar la armonía y el contrapunto. Andrés no requería estímulos exteriores para resolverse; un impulso interno incontrarrestable, lo empujaba por el sendero único y el padre temía, a veces, por la frágil salud de ese mocito pálido a quien poseía un violento apetito de saber, de leer, de enterarse de todas las cosas.

Ya un médico amigo, que nunca había podido cu-

rar la cefalalgia crónica de la madre, le había hecho notar los peligros que para el hijo podían envolver los estudios prematuros y demasiado intensos.

Ahora estaría en la Biblioteca del Convento, con fray Ambrosio.

Saliendo de la sacristía por un patiecillo lateral, empedrado y musgoso, don Bartolomé dirigióse en busca del tío y el sobrino.

Los divisó por una ventana del segundo claustro y ambos sostenían animada charla con un tercer personaje, fraile de fisonomía enérgica y penetrante mirada que los oía, fijando alternativamente la vista en uno y otro. El caballero se detuvo un instante.

—¿Qué, se resuelve Ud.?—decía fray Ambrosio, insistente y campechano, como queriendo arrancar a su colega una respuesta que el otro esquivaba.

La entrada de don Bartolomé interrumpió la conferencia. Fray Ambrosio se levantó.

—¿Sabes?—díjole vivamente a su cuñado. Ya tenemos el maestro que buscábamos para Andresico. Y de lujo—añadió, señalando al religioso, que sonreía resignado.

—Ah! si fray Cristóbal quisiera... —murmuró el organista. Y se detuvo titubeando.

Bajo las espesas cejas del fraile... brillaron los ojos, negros y sumidos. Era un hombre macizo, de anchas espaldas y cabeza altanera. El caballero desvió la mirada. Parecióle advertir que su señor cuñado se había avanzado más de lo prudente y habló de su Misa, de

las dificultades que encontraba, de las dudas que tenía, de algunas consultas que habría querido formular.

—Habría deseado que Uds. me oyeran el Ofertorio—añadió, en tono de reproche—pero veo que les faltó la paciencia.

—Ea!—replicó fray Ambrosio, un poco rudamente. Si tú sabes de eso más que todos nosotros. ¿Qué podría decirte yo? Y cuanto a mi señor sobrino, más aficiones demuestra a la letra que a la música. ¿Verdad Andrés?

Blanco y delgado, con el cabello casi rubio, el muchachito paseaba las azules pupilas por los estantes de la librería, con todo el aspecto de quien desea eliminar su presencia y disolverse en el aire; pero una resolución firme dibujábase en su boca, de límpido diseño, y se tenía muy quieto entre los dos sacerdotes.

Las campanadas de la oración pasaron por el patio del convento y los cuatro se santiguaron en silencio, mientras los dos frailes decían unas preces inaudibles, moviendo rápidamente los labios.

Fray Cristóbal fué el primero en tomar la palabra:

—Lo consultaremos con la almohada, que es buena consejera—dijo. Y mañana tendrán mi definitiva. No es asunto que pueda resolverse así de pronto. Además, ante todo, necesitamos la palabra del Superior.

Fray Ambrosio alzó una mano, como para apartar ese último obstáculo y don Bartolomé aprovechó el momento para decir:

—Y no estaría mal que también le pidiéramos sus

luces a Nuestra Señora de las Mercedes: si no me equivoco, deben de estar ya rezando su novena en la iglesia.

Salió con su hijo.

La verdad es que no le placía del todo la iniciativa que su señor cuñado había tenido la idea de tomar sin consultarlo.

Fray Cristóbal de Quesada tenía fama de sabio y de ser el mejor latinista de Caracas, alguno decía de todas las Américas; pero don Bartolomé conocía, justamente por fray Ambrosio, toda la accidentada historia del ahora pacífico bibliotecario.

Y no era para tranquilizarlo.

Criado desde muy niño entre las paredes del convento, vino en hora tardía, cuando había pronunciado ya los tres votos solemnes, el pensamiento de que su vocación lo llamaba a otros destinos. La sangre de la juventud le ardió en las venas y fray Cristóbal de Quesada colgó sencillamente los hábitos. Pero sus compañeros y superiores lo amaban y el hecho pasó casi inadvertido. Tantos frailes se van a otro convento. Fray Cristóbal cambió de nombre: llamóse en adelante Carlos Sucre, apellido que no hurtaba del todo, pues era su madre próxima pariente del que tanta gloria conquistaría después como guerrero de la Independencia. Sucesivas aventuras lo llevaron hasta el Nuevo Reino de Granada y tales méritos debía de tener que pronto llegó al cargo de confianza de Secretario Privado del Virrey. Hizo por su mano muchos favores. Un

hombre agradecido pídele un día audiencia personal. Sin más preámbulos, le dice:

—Sé quién es Ud.

La turbación impidió al antiguo fraile formular una negativa. Por lo demás, el otro no quería dañarlo, sino evitarle posibles tropiezos. El secreto era conocido de varios y, para conjurar el peligro, a impulsos tal vez de un arrepentimiento sincero, Carlos Sucre reveló al Virey toda la verdad de su situación. El magnate lo apreciaba de veras y le prometió su apoyo, bajo ciertas condiciones.

Así pudo fray Cristóbal volver al Convento de La Merced de Caracas donde le confiaron la Biblioteca.

Don Bartolomé sabía que, desde entonces, había observado una conducta ejemplar, sumergido en la lectura de los clásicos latinos; pero, sin embargo, le costaba resolverse a poner en sus manos, para que la modelara, el alma apasionada y compleja de su hijo mayor, este muchacho tan distinto de los demás que lo desconcertaba hasta inquietarlo.

La rojiza crestería de las bejarias, que almenaban el horizonte sobre los picachos redondeados de la Silla de Caracas, retenían los últimos rayos del sol, cuando don Bartolomé y su hijo abandonaron la iglesia, camino de su casa.

Hallábase ésta a poca distancia del Convento, en el mismo callejón de la Merced, y era una modesta construcción semirrural, como situada en los arrabales, entre

un huerto de granados, membrillares y naranjos, cuyas copas lucientes sobresalían por las paredes.

El caballero había resuelto someter el caso a su señora.

Aportábale ella con frecuencia un elemento de compensación que su carácter necesitaba: veía rápidamente las situaciones y no vacilaba en decidirse, tenía sentido práctico y un criterio en equilibrio estable, sin que amenguaran su energía para afrontar las dificultades los persistentes dolores de cabeza que le aquejaron toda la vida.

La encontró en el corredor del patio interno, dando a un mayordomo de su finca «El Helechal», adquirida y cultivada por iniciativa suya, instrucciones sobre una plantación de café que se ensayaba ese año. Los siete hermanos, tres hombres y cuatro mujeres, rodearon al mayor, que fué enviado por su padre a jugar con ellos, lejos de allí. Doña Ana Antonia, finiquitados sus menesteres agrícolas, volvióse hacia don Bartolomé y con una sonrisa se dispuso a escucharlo.

Largo rato conversaron los dos esposos en el corredor de pilastras, oliente a rosas cálidas. Don Bartolomé refirió punto por punto sus perplejidades, sus dudas, analizó el carácter de Andrés, hizo notar la dificultad del trance porque atravesaba, en esa edad crítica en que debía resolverse su vocación y los temores que la carrera eclesiástica, como cualquiera otra, hacían surgir en su ánimo. El ejemplo mismo de Fray Cristóbal era para meditar. ¿Qué efecto haría en la ima

ginación del mozo? Lo veía huraño, reconcentrado, siempre sumergido en libros que los niños no leen...

Anocheceía.

Una negra de andar pesado colgó frente al zaguán una vela encendida en un farol de lata y se alejó, sombra adentro.

Doña Ana Antonia, que había escuchado sin replicar palabra, dijo de pronto, terminantemente:

—Conozco al Padre Quesada. Es un santo varón y nada hay que temer por ese lado. Falta saber si acepta hacerle clases al niño... por la gracia de Dios.

Advirtió entonces don Bartolomé que, realmente, Fray Cristóbal no había contestado afirmativamente ni, mucho menos, que acaso rehusara la propuesta de Fray Ambrosio; o que se opusiera el Padre Guardián, dado que el fraile no ejercía el magisterio o que...

Una voz interrumpió el hilo de sus reflexiones. En la habitación vecina, a través de los barrotes de hierro, la delgada silueta de Andrés agitábase contra la luz que venía de adentro y su acento claro, nítidamente modulado, decía, ante el coro absorto de los siete hermanos:

Hipógrifo violento

que corriste parejas con el viento

¿dónde rayo sin llama,

pájaro sin matiz, pez sin escama...?

Doña Ana Antonia López alzó un brazo. Inclínandose hacia ella, don Bartolomé murmuró quedo:

—Tengo temor a veces de que se vuelva loco.

Una risa clara y alegre fué su contestación. La señora decía:

—Ah! no, eso no!

Y había en su tono tan firme certidumbre, que el caballero se sintió tranquilizado.

## II

Los hechos no confirmaron las dudas de don Bartolomé ni el temor que había expresado su señora. El Padre Quesada aceptó el cargo, dió su venia con mucha voluntad el reverendo Superior y fray Ambrosio López se pudo lisonjear con la esperanza de que, esta vez, su familia daría una lumbrera a la Orden Mercedaria.

Para el joven constituyó fortuna providencial el hallazgo de tal maestro.

Hasta allí, su instrucción se había limitado a las nociones elementales que podía recibir en casa y a lecturas dispersas, no siempre bien elegidas, que el azar y sus pequeños recursos le proporcionaban en el reducido comercio de Caracas.

Iba a entrar por primera vez en un sistema pedagógico ordenado. Sin la amistad de los frailes y la influencia de su tío, esperábase, según todas probabilidades, alguno de esos viejos profesores que preparaban entonces a los niños para ingresar a los colegios, dómines de pocas lu-

ces, apegados servilmente a la rutina, que repetían con mecánica insistencia su Gramática de Nebrija y querían incrustar la letra en las memorias reacias mediante procedimientos como los que la Inquisición aplicaba a los herejes, de donde solía resultar un perdurable horror a los estudios.

Fray Cristóbal difería de ese tipo tanto como el mozo se apartaba de los alumnos corrientes.

Solos en la amplia sala de la biblioteca conventual, sus lecciones parecían una charla íntima, en que aportaba el uno sus conocimientos, su experiencia, la madurez de un juicio formado en la vida y el estudio, y el otro, su ávida curiosidad ante el mundo que iba descubriéndosele. La lengua latina daba el hilo conductor. Andrés aprendió con fácil celeridad las nociones iniciales y pronto entraron a analizar la frase, desmontando las piezas de ese admirable mecanismo creado por la lógica y que satisface tanto el cerebro. Una especie de instinto espontáneo ayudaba a Andrés a seguir los razonamientos didácticos, a distinguir sin trabajo el oficio de las palabras o los accidentes de la declinación; y más de una vez los ojos agudos del hombre, adiestrados en aquellas disciplinas, miraron sorprendidos la súbita claridad que los del muchacho despedían.

Antes de mucho hallóse el joven apto para abordar la traducción de obras maestras y entonces las horas pasaron rápidas en la compañía de los autores que ilustraron la elocuencia, el teatro, la poesía o la historia. El Padre Quezada los conocía de cerca y con amor. Bre-

ves síntesis biográficas situaban al personaje en su país y su época, y luego venía el saborear minucioso de la prosa o el verso, la indicación de las hermosuras particulares y también de las flaquezas características de cada uno. Entre líneas, alzábanse las reglas de la composición con su inmutable arquitectura y el armonioso secreto de la medida y la consecuencia, reveladas a Roma por el genio de Grecia.

Una tarde, el calor de la atmósfera tropical, aunque temperado en Caracas por el viento de las montañas, los incitó a dejar la biblioteca, y maestro y discípulo salieron a proseguir la lección bajo las palmeras y los bucares que sombreaban el huerto de la Merced.

El reposo del aire, el transparente silencio de las hojas, los ligeros movimientos de los pájaros al acomodarse entre las ramas o el grito invisible de otros, a la distancia, trajeron vivamente a la imaginación del fraile la dulzura de las églogas de Virgilio, el poeta de los campos y los pastores, enemigo del bullicio callejero y que no podía soportar sobre sus hombros la mirada de la muchedumbre. Andrés recibió encargo de buscarle uno de sus volúmenes y, juntos, paseando lentamente, comenzaron la lectura de las bucólicas.

Desde aquel día, la sombra encantada del vate habitó entre ellos, acudió a sus citas y no los dejaría más mientras duraran sus lecciones.

El fraile encontraba en sus estrofas sensuales, de tan puro diseño y cuya música fresca se ha comparado a la de Mozart, el encanto que hallan los corazones violen-

tos, en la declinación de los ardores y cuando se ha visto pasar el hervor de la existencia, contemplando el espectáculo de la pasión encadenada y pudiendo, ya sin peligro, bajo ese puro cristal, «reconocer la antigua llama».

Desde su rústica heredad del Mincio, Virgilio llegaba a hablarles del río verde profundo que nace en el lago Benaco, o Garda, corre entre colinas irregulares, poco elevadas, cubiertas de viñedos, y descendiendo a través de un valle hasta la ciudad de Mantua, ampliase allí «y se pierde en lentos rodeos sinuosos, velando sus márgenes con un tenue cinturón de juncos».

El alma del religioso podía complacerse sin temor en compañía del poeta que guió al Dante y que, por su elevación ideal, se creyó que había presentado a Cristo.

Las clases de Latín se prolongaban. En realidad, con ese nombre, eran una preparación completa para los estudios siguientes, que correspondían a nuestra segunda enseñanza, la cual se daba entonces bajo la denominación genérica de Filosofía.

Impaciente y curioso, quería el aprendiz incorporarse luego a ese curso, juzgándose con suficientes aptitudes; pero fray Cristóbal lo retenía uno y otro año, para imprimirle hasta el fondo del espíritu la gran disciplina que impone el conocimiento acabado de un idioma, especialmente el de esa lengua madre que es como la razón humana escrita.

No lo dejó llenar su propósito la muerte.

Tradujeron el libro cuarto de la Eneida. Pasaron de la lengua muda y consagrada a los términos vivos

del idioma familiar las luchas y el amor de Dido, su vencimiento, los goces rápidos y la expiación cercana, los gritos de venganza en el abandono, los desesperados clamores al cielo y, por fin, la puñalada sobre la pira fúnebre, frente a las velas que empuja el viento del mar.

La vieja biblioteca conventual presenciaba un espectáculo extraño esos últimos días; pero el niño no pudo saber que asistía al final de un drama y que los libros de edades remotas, cuando el genio los ha animado, encierran más verdad de la que sueña la fantasía.

La desaparición del Padre Quesada dejó a su alumno libre para entrar al Seminario de Santa Rosa, colegio eclesiástico fundado cien años atrás y que, desde principios del siglo, tenía privilegios de Universidad Real y Pontificia e igual categoría que la de Salamanca; pero aunque las conversaciones de los frailes y el entusiasmo de fray Ambrosio habían difundido el nombre de portento que ya, ante de los quince años, seguía al del joven Andrés, no pudo éste matricularse en seguida por faltarle aún los exámenes de competencia.

Hubo de seguir otro año clase de latín.

Ahora salía de los claustros conventuales y dejaba el recogido aislamiento de la biblioteca para afrontar, ante un nuevo maestro y en presencia de auditorio, las pruebas decisivas que calificarían sus estudios.

Inquietos cozados y cuchicheos maliciosos corrían por los bancos de la sala cuando el profesor, un sacerdote tan bueno como sabio, el doctor don José Antonio

Montenegro, pronunció desde la cátedra el nombre de Andrés Bello y López. El muchacho experimentaba por vez primera en el ambiente la instintiva malquerencia de toda multitud, aun en mínima escala, contra el forastero que llega intimidado y sin títulos. La familia Bello carecía de riquezas y pergaminos; el trato con los mercedarios no había desenvuelto los modales de quien se consideraba como futuro novicio y todo le parecía difícil, inseguro, sembrado de peligros.

A solicitud del «primero de la clase», interesado en mantener sus derechos, el joven recibió la invitación de abrir la «Selecta de Autores Profanos» y leer cierta página señalada por la rareza de sus términos y la complicación de sus construcciones que la mayoría juzgaba indescifrables.

La tarea resultó elemental para el nuevo educando, hecho a vencer obstáculos mayores, y el texto latino recibió una versión flúida y fácil que hizo cambiar paulatinamente la expresión de sus compañeros. A la secreta hostilidad sucedió un silencio expectante y la aprobación calurosa del maestro, que era Vicerrector del Seminario, acabó por inclinar en su favor todas las voluntades.

Bello quedó consagrado desde ese momento como el mejor alumno.

La consideración que pronto iría ganándose entre sus condiscípulos llegó a la cúspide, no mucho tiempo después, cuando el propio señor Montenegro, en un arranque de espontánea ingenuidad, muy de su carácter, ha-

biéndole oído observaciones personales y atinadas sobre una lección, le declaró públicamente:

—Ud. sabe más latín que yo.

La buena estrella que guiaba al joven seguía iluminándolo.

Don José Antonio Montenegro concibió por él un afecto paternal. Era un alma cándida que atormentaban los escrúpulos. En sus mocedades lo había seducido la corriente de ideas francesas que atravesaba la Península y solía tocar hasta los espíritus avanzados de la Colonia. Quiso leer a esos autores famosos en el original y, por Bossuet y Fénelon, fué deslizándose hacia los menos recomendables de los enciclopedistas. Llevábalo la santa intención de componer una obra apologética en que las verdades eternas resplandecerían y, así, recorrió casi todo el Índice de libros prohibidos, previa, se subentiende, la necesaria licencia eclesiástica. Las fuerzas le faltaron en el último instante; los argumentos no acudían a su llamado y el temor a la duda lo angustiaba. Reconoció que había pecado contra la modestia y, tras muchos actos de fervorosa contrición, abandonó en otras manos su proyecto.

Ese descalabro íntimo, que no era ignorado, le dejó persistentes remordimientos a los que aludía con dulzura, mediante circunloquios.

Viendo al joven Bello apasionarse en la lectura de los clásicos latinos o escuchándole estrofas del poeta que su primer maestro le había enseñado a amar, solía decirle sentenciosamente:

—Los caminos del dominio son inextricables.

Las amistades contraídas en el Seminario y su fama de sabio precoz relacionaron a Andrés con otros jóvenes amigos de las letras, y en especial con uno de ellos, perteneciente a las mejores familias venezolanas: José Ignacio Ustáriz, sobrino del marqués del mismo nombre. Este considerable personaje, residente en Madrid, frecuentaba la casa del conde de Aranda y correspondía con sus sobrinos, enviándoles a veces paquetes de libros que no eran siempre de ciencia o devoción. Los Ustáriz de Caracas mantenían una especie de tertulia literaria, donde se comentaban los sucesos de actualidad y en la que Bello pudo oír hablar, no ya como de algo remoto y legendario, sino accesible y próximo, sobre los revolucionarios que traían conmovido al mundo, sobre los filósofos enemigos de la Iglesia y también de aquellos oradores y dramaturgos que la admiración había consagrado y cuyo renombre cedía, no obstante, al esplendor de glorias más recientes y menos tranquilizadoras.

Tales noticias avivaron su curiosidad. José Ignacio Ustáriz le obsequió una Gramática Francesa, y Bello se puso a aprender empeñadísimo este idioma, consultando las dudas que le ocurrían con su generoso amigo, o con un visitante de su propia casa, M. Blandin, francés aficionado a la música y que había revelado a su padre, don Bartolomé, las obras de Mozart, de Haydn y de Pleyel.

Todo un horizonte nuevo se le abría.

El peligro no pasó inadvertido a los ojos de don José Antonio Montenegro. Paseaba por los corredores del colegio, dirigiendo aquí una pregunta, haciendo allá una advertencia, cuando divisó al pie de una pilastra a su joven alumno predilecto, absorto en las páginas de un libro. Se lo pidió. Eran las tragedias de Racine en el original. Don José Antonio Montenegro se las devolvió suspirando:

¿Ya ha aprendido el idioma? ¡Cuidado! Así empezaron otros . . .

Y Andrés hubo de escucharle pacientemente una pequeña disertación llena de reticencias que se reducía a mostrarle los grandes peligros que asaltan, aún a los espíritus mejor intencionados, cuando se dejan coger por los encantos de la lengua francesa.

El buen Vicerrector debió convencerse de que, en todo caso, esos peligros serían lejanos.

A fines de año, Andrés Bello obtuvo triunfos escolares resonantes que hicieron correr a Fray Ambrosio a casa de su cuñado y que arrancaron una sonrisa orgullosa a la habitual melancolía de don Bartolomé. El administrador de las rentas universitarias, don Luis López Méndez, había ofrecido un premio al que escribiera la mejor pieza oratoria sobre un tema dado. Bello lo conquistó. El Rector del Seminario estableció otro para la traducción más propia y elegante de sendos trozos, alternativamente, del Latín al Castellano y viceversa. El alumno Bello se llevó esta segunda palma, en competencia con doce condiscípulos.

Vinieron, por último, los solemnes exámenes en la capilla universitaria, con asistencia de todos los catedráticos y el aparato solemne de que estas ceremonias se rodeaban. Presidía la mesa un viejecito diminuto, cabeza alba y cuerpo encorvado que, tal vez, en la infancia, había merecido su nombre y que, sin duda, volvía a merecerlo en la ancianidad: llamábase el señor Lindo. Tan cumplidamente lució Bello en su presencia los conocimientos adquiridos, que el señor Lindo, enternecido, le regaló un medio real de los llamados «de carita».

Al año siguiente, pudo Andrés incorporarse al curso de Filosofía y «Nos, el doctor don Pedro Martínez, «maestrescuela dignidad de la Santa Iglesia Catedral, «Juez Eclesiástico y Ejecutor de las constituciones de «esta Real y Pontífica Universidad, etc. Por cuanto, por haber don Andrés Bello, natural de esta ciudad, héchonos constar con la partida de bautismo ser «hijo de padres blancos, a efecto de impetrar licencia «para vestir hábitos talares de estudiante, hemos venido en concedérsela con tal que haya de asistir a «los estudios con la modestia y honestidad que le tenemos encargada observe en su traje y arreglo de «costumbres, en que principalmente deben aventajarse «los jóvenes que se aplican al estudio de las ciencias». «Dada en Caracas, a 15 de Septiembre de 1797. «Firmada de nuestra mano, sellada y refrendada . . . ».

## Bar Floreal

### ESQUEMA DE UNA SINFONIA

#### 1



**F**ARECIA que hubiera caído de lo alto. De aquel firmamento que a veces descendía hasta rozar su actitud de prisionero entre extrañas costumbres. Estaba allí, al borde del Tiempo, tirado como por descuido en aquel barrio de criminales y de obscuras prostitutas. Pero bien claro se advertía la fugacidad de su ritmo, la transitoriedad de sus gestos. Su presencia irrumpía en el paisaje como ciertas algas de maravilla que florecen vagamente durante el sueño. Suavemente meciéndose, como para zafarse al fin. Nada costaba saber que sólo se mantenía firme, apretado entre las casas, por un milagro cualquiera, como, por ejemplo, la infinita tristeza que, con el transcurso de cada noche, podía irse depositando en su interior.

Caído de lo alto, como una estrella o una palabra de esperanza: «bar floreal».

Ahora bien, junto con ahuyentar la tarde sus últimas

luzes, «bar floreal» saeteaba la obscuridad con el solo brillo de su nombre. Surgía de entre las sombras sin contaminarse, exhibiendo su faz blanca de soledad y asombro, mientras la calle—sinuosa y alimentando gruesos charcos—se recogía en torno a su zona de luz, se apretaba contra los edificios como avergonzada de su saludo claro.

...Pero la noche giraba en frente a «bar floreal» como un insecto. Luego, en sigilo, con el paso blando de un ladrón, se escurría por la puerta de hojas batientes. Teñía la atmósfera con su presencia invisible, se adueñaba de su clima interior como el humo de cien cigarrillos o la noticia de una gran desgracia. Chocaba, casi sin chocar, entre las mesas, y se tendía, por fin, en un rincón, como una sombra olvidada.

Cualquiera que llegara, por primera vez, podía preguntar: —¿Quién entró? Con seguridad, los otros, sin siquiera mirarlo, le responderían: —Nadie.

Era inútil decirlo. ¿A quién le importaba? Si no lo sabían de inmediato, serían incapaces de comprender... Porque para eso, era preciso llevar el frío de la angustia arañando la piel, o bien, el corazón adormecido en su latitud de silencio. Sí, pero de ese silencio un poco desesperado de los relojes detenidos hace ya muchos años...

Los hombres sentían el contacto húmedo de la noche, su delgado paso de fantasma familiar, y la albergaban guardándola bajo los párpados. Ella era la vieja amiga de todas las encrucijadas. Traía inapreciables tesoros

en su valija: la historia negra de algún crimen o la furia del viento estrellándose en los cerros de la costa.

Venía de muy lejos. De tan lejos, que su cansancio era apenas semejante al del que camina largamente y se dobla fatigado. No, su cansancio era el hastío de caminar empujando los límites de todo, y sentir siempre su propia presencia gravitando sobre las cosas. Por eso, ella venía hacia los hombres y se les entraba en el corazón, como ansiosa de su mineral brillante de emoción. Y ellos se llenaban de noche, y eran enormes como ella, y, como ella, profundos y densos de tristeza. Y se avivaban sus pasiones y se hacían más roncós sus sollozos...

«Bar floreal», que era como una estrella o una palabra de esperanza caídas de lo alto, apoyado en su trampolín de alegría serena o de sueño blanco, advertía cómo la vida de los hombres y sus mareas potentes, subían por entre sus cuatro paredes de frágil material.

## 2

«Bar floreal» iba dando tumbos a través de vagas zonas de luz difusa. La voz del hombre se alzaba como un canto único y atormentado. Librementé, sin ascendencia, como un silbido que permanece sin caer, bajo la gran carpa de la noche.

Las palabras tenían agrios contornos al comienzo. Pero se iban debilitando luego, envueltas en un ropaje de resignación, de abandono, a medida que aumentaba la conciencia de su inutilidad...

Sin embargo, todo bailaba a un compás, siguiendo su trayectoria desesperada: las mesas, la noche en su rincón, las copas, y más de un rostro de mujer perdiéndose en la niebla...

## 3

Habló primero el más joven. Sus compañeros lo llamaban «El Hombre de los Lirios», porque a quien quisiera oírle, decía que tenía el alma tan blanca como un lirio visitado por el alba.

(Pero ellos sólo relataban su historia como simples autómatas. Ahí estaba la noche, bien escondida tras la piel del corazón, que hablaba por ellos, dándole al relato toda su belleza dramática. Ellos habían sido sólo autores inconscientes de sus propios dramas. La noche, en cambio, por sobre sus cabezas había ido tejiendo su leve malla de fatalidad. Y ahora los hacía decir lo que en el torbellino de sus vidas nunca advirtieron).

## 4

Inmóvil, acodado sobre la mesa, empezó a hablar:

«Iba a mi lado, y yo sentía la música amable de sus pasos, prendida al ritmo de mi corazón. Ella cruzaba el arco de los días apoyada en mi hombro y sostenida por mi pasión constante. Yo le era indispensable, según decía, para tener en qué afirmar su destino. Y ella lo era para mí, por la necesidad violenta de amar sus grandes ojos teñidos de desamparo.

«Una noche cualquiera, llegó hasta mi soledad. De algún modo, ella traía entre sus brazos un ramo de lirios mucho más blancos que su color. Y había cogido su perfume que estaba en toda su carne de prostituta perdida entre los vientos nocturnos. . .

Hizo como si fuera a reír, pero no lo consiguió.

«. . . Desde aquella noche, ella nació a la vida de una nueva pasión, y se llamó Liria. Nuestra habitación era tan pequeña que, apenas, cabían sus palabras más tiernas. Ahí donde nuestra pobreza tenía su justo contorno. ¡Cuánto amaba, Liria, tu cuerpo tan mío como mis tristezas o mis odios más profundos!

—Mis besos caen como frutas cuando madura tu deseo, me decía a veces con calor.

«Pero ella no olvidaba que la noche la había traído hasta mis brazos perfumada por el aroma de unos lirios blancos. Así, todos los días había sobre la mesa del cuarto, un manojo de lirios haciendo brillar mis sensaciones. Insensiblemente, las flores y ella iban acercándose, juntándose ante mi vista. Pero no era bastante. Fué preciso que ella creara, poco a poco, un lenguaje especial que irritaba mis nervios. Decía, a veces, por ejemplo:

—Siento que mi cuerpo es como una flor blanca, y mi alma, solo un aroma de blancura. . .

Yo la miraba con extrañeza, como a ciertos pájaros que se pierden definitivamente en la noche.

Liria insistía entonces:

—Y tú, ¿no adviertes cómo tus ojos ya no ven sino lo blanco que hay en mí... y también dentro de ti?

Comprendí que su pobre imaginación la hacía desvariar. Las flores malditas estaban ya en su mirada, en sus besos, exhalando su misticismo... Y ahora comprendo, también, que ella veía en eso una posibilidad de salvación o fuga...

Pero no. No era ella, tan vecina a mi soledad, tan próxima a mis besos... Hablaba un idioma tan desconocido para mí...

Y yo, amigos, que era el habitante de la noche, el amigo de las tinieblas profundas, tuve la certeza, entonces, de ser negro. Sí, nunca había reparado en ello. Pero ahora me conmovía su realidad como algo largamente buscado y hallado de pronto. Sí, mis manos eran negras, mis ojos, mi voz... Todo mi cuerpo era negro, y por eso no había en mi vida, más amigos que la noche y sus torrentes sombríos...

Oh, con cuánta furia desatada veía que Liria y su cuerpo brillante se escapaban de mis manos. La sentía palpitar, con su calor conocido, muy junto a mí. Pero mis labios, oh, eran demasiado negros, y un temblor supersticioso los hacía caer vencidos...

Una noche desperté sin motivo. Entre sueños, noté su mano dormida sobre mi pecho. La luna se entraba por la ventana suavemente. En el centro de la habitación estaban los lirios de siempre. Era una realidad súbita, manifiestamente hostil, que me hacía llegar su lento roce crujiente, como el de un metal que se des-

menuza por dentro. Sentí que la mano sobre mi pecho se agrandaba hasta el infinito y me oprimía con fuerza. Me faltaba la respiración. La luna, los lirios, ella... Salté del lecho y cogiendo el ramillete lo arrojé furiosamente al suelo. Ella despertó sobresaltada, y me vió pisoteando con rabia el manojo blanco. Tenía los ojos inmensamente abiertos. No dijo nada. Le arrojé algunas flores a la cara, gritándole con desesperación:

—Liria, lirios, lirios... Son tus lirios... Y son negros, muy negros... Míralos, más cerca... Míralos...

Yo apretaba algo blando que ya ni siquiera se movía. Cayó, por fin, pesadamente sobre el entarimado de la pieza. Su cuerpo desnudo, iluminado por la luna, estaba allí tendido, y era mucho más blanco que sus lirios».

## 5

La atmósfera dentro de «bar floreal» se hacía cada vez más tensa. Parecía que una tempestad se hubiese desencadenado entre sus cuatro paredes. O que algo violento fuera a cortarse de pronto.

Un rostro, entre las sombras, dijo con calma:

—Esto va a estallar...

## 6

Una raya de amargura surcaba los labios del poeta, cuando empezó a decir sus palabras de música:

—Allí donde el sueño levanta sus alamedas y crecen

como llamas pálidas las cifras de la leyenda o del mito, allí, amigos, floreció ante mis ojos una ciudadela de casas leves, construídas de madera blanca o de azúcar. Había olvidado a los hombres y sentía renacer en su pureza antigua la alegría de mis cantos. Yo cantaba la locura alucinada de las mariposas en los jardines de color y las aventuras de ciertas ninfas amigas que pintaban estrellas en la pizarra azul del cielo. Siempre me decían, por esto, que mi lengua era de seda y que miel rubia inundaba mi corazón. Con este bagaje de claridad entraba una noche a la ciudadela de casas leves.

Y allí no había sino niños. Corrían en todas direcciones, casi sin rozar el suelo, y sus movimientos eran como de espigas al atardecer. Llevaban vestidos absurdos, de terciopelo blanco o de lluvia en verano. No advertían mi presencia y yo sólo distinguía sus cuerpos, como una suerte de peces luminosos, siguiendo el ritmo ligero de sus danzas.

De pronto, un rostro se encendió como una lámpara. Una niña delgada, pequeña, de aspecto enfermizo, estaba frente a mí. Su semblante era iluminado por un soplo de alegría que se descolgaba de sus grandes ojos hasta anclarse en su sonrisa. Todo su cuerpo pueril era como una pregunta o un asombro. Y abrazaba junto a sí, un cántaro de greda que la hacía aún más pequeña.

—Soy poeta, le dije simplemente.

—¿Sabrás, entonces, por qué hay algunas flores que siendo tan bellas no tienen perfume?, dijo con voz que nacía más allá de sus labios.

Noté cómo la actitud de sus ojos azules esperaba mi respuesta.

—Esas flores, mi niña, toman su perfume del corazón de quien sabe llegar hasta ellas con la mirada tan pura como el color de sus pétalos.

Su conformidad expresó:

—Los niños y los poetas han juntado siempre sus caminos. Podemos hablar si gustas. . .

Al mismo tiempo se desprendía de su cántaro.

—Dime, niña, ¿qué guardas ahí dentro?

Sentí el roce de sus manos sobre las mías.

—Mírame los ojos, y avanza por sus senderos. Dime qué ves. . .

Delirando, como borracho, empecé a decir:

—Veo la luz, mucha luz. Es una fiesta de luz sobre los campos verdes. . .

—Sigue, sigue. . .

—Veo, también, pequeños insectos brillantes volando y zumbando entre los cañaverales. . .

— . . . Ahora la luz se esfuma en espirales infinitos. Y veo los sueños blancos de los niños, la palabra alegría escrita con letras de polen dorado, veo mariposas de alas llameantes y también la farsa jubilosa de los cuentos de hadas. . .

Las manecitas frágiles me oprimían con fuerza creciente.

—Sigue, sigue. . .

—Ahora veo a los hombres en tus ojos, mi niña. Veo sus ciudades y siento la palpitación de sus vidas. Van

presurosos por las calles. Al cruzarse, cambian un saludo alegre. En sus fábricas se oye el concierto de sus máquinas y sus cantos. Un sol enorme se duerme entre sábanas verdes. Veo serpentinas de esperanza alcanzar el porvenir. Y a sus mujeres, anticipando la primavera en cada beso sin malicia. Y también sus hogares, donde la felicidad tiene su sitio, ahí donde el pan es como una fruta generosa y el vino pone su acuarela roja en los cristales... Y en las noches, mi niña, veo el amor detener el Tiempo...

—Y bien, poeta, dime ahora qué has visto.

Desde muy adentro, respondí, todavía deslumbrado.

—He visto, mi niña, la historia de tu sonrisa.

¿Comprendes, entonces, que la guarde como mi más valioso tesoro dentro de este cántaro? Ni el aire, poeta, ni las nubes, ni la flor más rara de las montañas, ni el pájaro más escondido, ni el insecto más brillante, ni la estrella más alta, nada, es más hermoso que esta sonrisa mía que resume la alegre belleza de la vida.

—... Ni el verso más luminoso, dije como coreando una oración estremecida.

—Ni el verso más luminoso. Ay, poeta, pero sé de lo efímero, de lo que se apaga como una lámpara o se quiebra como un anillo... Por eso, quiero conservar mi sonrisa dentro de este cofre de barro, para tenerla siempre conmigo y bañar en ella mi rostro...

—¿Y no temes, niña ilusa, que el viento destroce tu cántaro de alegría?

—El viento es amigo de los niños. Hace remolinos

sobre sus cabellos y juega a pintar de rojo sus naricillas disparatadas... No, poeta. Nuestro único y grande enemigo es el hombre. El hombre que lleva el dolor en su carne, como una mala enfermedad y que lo alberga en su corazón. Ese hombre que camina hacia su definitiva catástrofe de amargura, como el único destino posible de sus pasos. No, poeta. Solo una mano doliente puede romper mi cántaro de alegría...

Y añadió, mirándome a los ojos con confianza.

—Pero tú sabes de la alegría santa de la belleza. Tú eres de los nuestros. ¿Quieres asomarte hacia el interior de mi cántaro?

—Yo os aseguro amigos, que mis manos fueron firmes y seguras a recibir la ofrenda.

Pero el llanto desesperado, largo y amargo de la niña que aprendía ya a llorar como una mujer, acribilló mis oídos antes que mis ojos vieran esparcidos por el suelo, como flores muertas, los despojos de su cántaro de alegría.

## 7

El gramófono de «bar floreal» era un aparato que había caído en desuso. A nadie le interesaba y permanecía olvidado, como una gran araña entre sus telas de polvo y tiempo.

Pero esa noche, una voz que era como un conjunto de voces, se desprendía ásperamente de su obscura boca parlante, sin que pudiera saberse de donde nacía su ritmo atormentado.

—... Somos los pescadores de la profunda tristeza que obscurece las tardes del mundo. A bordo de frágiles sentimientos, vamos internándonos en un mar que gobierna nuestra locura. Con los brazos extendidos, clamamos por un horizonte—una idea o una forma—que se aleja más y más, como ciertas imágenes de delirio o sueño. La playa golpea nuestras espaldas como una advertencia. Tiramos entonces nuestras redes. Pero es inútil: pesan demasiado. Y ahí está la extensa cosecha del dolor infinito como su único resultado maravilloso. El dolor empuja al hombre y alimenta su territorio desamparado...

El aparato seguía crujiendo, pero la voz se había ido.

«Bar floreal» se estremeció con fuerza.

La noche en su rincón encendía sus llamaradas de júbilo.

## 8

Se hablaba de «resistencia de materiales», de «cimientos poderosos», pero nadie comprendía nada. Era sencillamente inexplicable: «bar floreal», había desaparecido y el amanecer había recogido sólo la evidencia de su huída, ahí donde antes levantaba sus cuatro muros blancos.

Nadie pensaba siquiera en interrogar al poeta. Y como no se reparaba en él, permanecía inmóvil, con la vista clavada en el infinito azul...

Santiago, junio del 34.

## William Faulkner



Quizá son tres. Tres las formas de novelar, en función de las angustias. De la angustia novelística del novelista. Dependientes de su estado inicial. De como el novelista se angustie... ¿en la realidad?; ¿frente a la realidad?

Unos novelistas frente a la realidad. Otros novelistas... en su realidad.

En la realidad, en la butaca verde, amarilla o roja de la realidad, ningún novelista podrá sentarse. Ni en anfiteatro, ni en butaca de orquesta. Allí y aquí, este muelle..., aquel muelle... Y el tapizado. Por consideración al tapizado. Y porque el novelista va a ser estrictamente un tapizador, que por su oficio, de pie frente a la realidad marca su puesto. O sobre la realidad.

La realidad no produce por lo dicho nada al novelista. Ni placer, ni elementos. No le produce placer, por que solo un acento artístico real sobre la realidad, placer produce. Y él es el acento. O la diéresis. De elementos no se puede nutrir porque para el novelista

la realidad es un mundo: algo nada elemental. Y es imposible que al no producir, produzca un novelista, que es siempre un elemento ajeno.

Hay un momento en que la realidad sin ser consecuencia del novelista, en que el novelista, sin ser consecuencia de la realidad, se abren. El novelista a la disociación de la realidad. La realidad—disociándose—al apercibimiento del novelista. En ese momento la realidad tiene un olor: mil olores. Y el novelita intenta llenar su frasco de perfumes.

¿Es mundo frente a un mundo? ¿Es una realidad frente a otra realidad?

Unos novelistas, dijeron al hacer sus novelas, que el novelista era humilde. Que el novelista se sacrificaba en provecho de sus olores, en provecho de sus personajes por ejemplo, y que para lo único que servía era para que los personajes fueran siempre no en busca de su autor, sino a un punto—el autor—a vertebrarse. Otros novelistas—quizás más poetas—, no conformes con esa anulación, con esa supeditación del novelista, quisieron marchar con su olor sobre los olores. Desearon volar con sus alas sobre mil alas dispersas. Los primeros eran partidarios de que el novelista se sentara frente a la realidad. Los siguientes, de que el narrador hiciese en su realidad suya, la realidad de enfrente.

La realidad puede estar ahí frente a nosotros como real, nuestra circunstancia, teñida de nosotros mismos (Dostoyewsky). La realidad está ahí, frente a nosotros, y de un modo o de otro sus olores, en nuestra angustia dis-

puesta a buscar, van a lograrse en presunta sinfonía: en especial perfume (Edgar Wallace). La realidad está muy distante, casi en sueño, y el novelista de tanto esfuerzo, con tanta fuerza abre sus ojos que aquella realidad está en sus manos, y él en las nubes (Marcel Proust). La realidad está al borde de las manos y el novelista decide perderse en ella y mover de un modo más sinfónico esa realidad, aun con el riesgo a veces de perderse en el alma de un notario para sólo moverla (Balzac). Y ya están rotas las dos únicas posiciones del novelista, según tantos... Aun olvidándonos de otros.

Si Dostoyewsky, Wallace, Poe, Proust, Balzac, Dickens, Joyce... no hubieran hecho de más de cuarenta cartas la baraja novelística, Faulkner no tendría sentido. Entre Dostoyewsky y Wallace—según Harichalar en su prólogo a «Santuario» en Edición de Espasa-Calpe, ciertos críticos en la aparición de «The Sound and the Fury», lo situaron. ¿Más cerca de Dostoyewsky? ¿Muy lejos de Wallace? O cambiando las preguntas, ¿más cerca de Wallace que del autor de «Los Karamazoff»?

William Faulkner es peor folletinista que Dostoyewsky. A Dostoyewsky el folletín le entretiene, le consuela, le exalta, y es genial folletinista porque sin embargo no le «produce» placer. A Wallace el folletín no le preocupa. Lo necesita su pulso incierto. Porque Wallace no tiene plácida paciencia plena. Ya que quizás es sólo Dostoyewsky en la literatura universal un pacienzudo gustador folletinista. Y Willian Faulkner, sin

interesarse como Dostoyewsky (a éste el folletín le salva, y es el nervio angustioso de Faulkner el que salva el folletín), en el folletín se recrea.

Dostoyewsky ve el folletín, esa su característica y compleja realidad, con sus cinco sentidos. Wallace se interesa por él, porque su tacto se alegra y su espíritu llega a creerse que su pulso alegrado marca su intimidad profunda. Mientras que Faulkner no se preocupa en su realidad más que de la vista del sonido.

El «Santuario» de Faulkner; las escenas de esta nada encasillable novela, lo acusan perfectamente. El sonido de los sucesos, la sinfonía de los acaeceres, no aparecen siempre perfectamente orquestados. Llegamos en la primera lectura a creer que era puro ruido. Demasiado ruido y pocas nueces. Y, sin embargo, en Faulkner hay nueces. En Faulkner hay angustia y calidad de novelista. Y sin que su calidad sea por nosotros aprobada o rechazada, de nuestro agrado o incurso en desdén más o menos total, no resulta calidad novelística, porque Faulkner no es Wallace. Porque Faulkner «no llega a creerse» con esa o aquella angustia, al sentir agitado o no su pulso. Sino que lo que intenta es precisamente «creerse». Y en su angustioso buscarse alrededor de los sucesos, rompe como tantos las dos posiciones, y aun admitiéndolas, marca esta tercera: la de situarse frente a la realidad, para entrar y salir con velocidad cinematográfica de ella y producir el chasquido. Pues si el chasquido para Dostoyewsky está en su estremecimiento dramático originado en un personaje

por una acción, en Faulkner el chasquido vive, cuando Faulkner se cree: al cambiar de aire.

«En verdad,—apunta el autor de «Mentira desnuda»—, Faulkner es, como Joyce, un poeta, en prosa, con su correspondiente Infierno. Es inútil extractar este libro. Levinson comentando «Santuario»—o mejor el Faulkner que lo ha escrito—advierte que el horror que este libro nos causa no proviene de las escenas en él contenidas—violaciones, asesinatos o linchamientos—, sino de la calidad de la angustia que de cada página se desprende». Y en tanto que una calidad angustiosa se desprende de «Santuario», para en su vuelo cambiar de atmósfera, del prigen al cielo del autor: se hace para nosotros un tanto inexacta la afirmación de Marichalar, tan agudo en su prólogo.

No es el gesto vital de Faulkner para nosotros, lo que movilizándolo, integrando facetas realistas en su ritmo, produce esa calidad de la angustia. Para el lector en «Santuario» existen dos ritmos astante diferenciables, aquel en el que resultan buídas las mil peripecias de sus personajes, y el movilizador de este sin par movimiento. El primer ritmo más que interesarnos nos aturde, nos desvía produciendo en nosotros el caos que el autor apetece, y muestra sin embargo una angustiosa calidad indiscutible. Esta calidad nos interesa—no nos interesa—al lector. Pero es precisamente esa calidad la que señala el movimiento segundo, que es como de manos, guiñolesco, y con el cual Faulkner en su vida íntima no origina el vuelo de una esencia con calidad

angustiosa, sino que con ese ajetreo angustioso, desesperado, horrisono, Faulkner satisface su anhelar patente.

William Faulkner no es poético en su modo extraño de novelar, porque la novela para él, la vida de un Popeye, de un Goodwin, de un Gowan, no es nunca el guante de su vida. Sus personajes—los mil personajes de su novela, cuidados igualmente, que la hacen en parte como la de un neto novelador, moderno, sin personajes—no tienen nunca que ver con el novelista.

No en tanto no resultan reflejos autobiográficos del autor, sino en cuanto lo único que al autor interesan son sus acciones. Sus acciones—el olor, si creyéramos poeta a Faulkner, del poema—por ser sonidos de unos gestos que el novelista nunca crea, sino que apunta.

A William Faulkner poco de lo que le ocurre en su novela le angustia. Para William Faulkner las vidas que se chocan en la narración no son nada en su atmósfera, en la atmósfera auténtica de la novela. Sino que le interesan más que en sí, como interesan las líneas de un poema en tanto señalan entre líneas una calidad angustiosa, vital, en el poeta, como consecuencia de unas vidas que la acción asegura existen, y que William Faulkner no sabe totalmente en su existir.

El poeta vuela sin límite, o hacia un límite que a su llegada constantemente se amplía. William Faulkner, ni siquiera vuela en su anhelar jadeante a sus personajes. Los personajes en Faulkner son sombras perfectamente trazadas si se quiere, pero sombras. Como las sombras, pertenecen todos a un friso del que no pueden despren-

derse. Del que independientemente no pueden ser, resultando abultamientos. Contradiciendo lo que Marichalar dice de lo real y que puede aplicarse aquí a la no realidad de los personajes; «lo real no es lo más verdadero, sino lo más auténtico, y cuando la realidad es objetiva no le basta expresarse directamente, sino que precisa ser desprendida y lanzada como un arma arrojadiza». Desprendidos y lanzados estarían en «Sanctuario» los muñecos, si Faulkner se ensimismara en su creación. Pero Faulkner no los necesita. Se diferencia del gran folletinista en que aquél necesitaba antes que las acciones, personajes capaces de plantearlas. E interesándose por las acciones solamente como hemos dicho, establece sin embargo Faulkner el asombro en su novela. Esa calidad «tenebrosa, siniestra y terrorífica». Porque precisamente lo que en Faulkner asombra es que personajes sin propiedades extraordinarias, personajes de los que el autor nada nos cuenta, comiencen a funcionar monstruosamente con arreglo a un fatalismo especial impuesto por el autor.

Lógico fatalismo. Fatalismo caprichoso, porque con él William Faulkner no logra lo que logra Dostoyewsky: que los personajes planteen la monstruosidad necesaria, justa, precisa, para su alma monstruosa. No cae sin embargo en lo que intenta Wallace: deslumbra al cubrir con hechos «excesivamente» extraordinarios su nada extraordinaria personalidad vital. Pero se nos muestra como un hacedor caprichoso que dará entre todos sus

sucesos creados más tarde en buscar cual es el que sin duda ha de calmar su patente angustia.

Hay en todo Faulkner un exceso injustificado. Una imprecisión. Desmesuramiento. Porque lo que Faulkner va buscando en su novela, es esa onda, ese último—supremo—suceso, que lo acuse como novelista exacto. Como poeta que precisamente con ésta o aquella línea, crea una onda implícita, que es exactamente el grado de la calidad de su angustia. Lograda esa onda, logrado ese máximo suceso, acusaríamos la calidad poética del autor de «The Marble Faun». Pero para lograrla las acciones se perderían en buena salsa de folletín. En Dostoyewsky todos los gestos de sus muñecos nadan en un ambiente que no es precisamente estos gestos acumulados. Mientras que en Faulkner todo está dispuesto para ese ambiente. Pero en verdad, los gestos de esas sombras que son sus muñecos, son sacados por su autor en exceso al aire libre. «Casi había anochecido—nos dice. Popeye había moderado el paso. Marchaba ahora a la par de Bembow, y este veía a su sombrero en continuo y rápido movimiento pendular al tiempo que Popeye volvía la mirada a los lados con una especie de rencor perruno. Algo, una sombra formada por el vuelo, se dobló entonces sobre ellos y siguió, dejando una corriente de aire en sus rostros, con un silencioso movimiento de alas en tensión; Bembow sintió que todo el cuerpo de Popeye saltaba contra él y que su mano se le agarraba a la chaqueta.

—No es sino una lechuza—dijo Bembow. Simple-

mente una lechuza. Y añadió: El que cantaba era un pájaro pescador que llaman reyezuelo de Carolina. Así se llama. No me podía acordar cuando estábamos allí atrás. Popeye se arrebuja contra él, agarrado a su bolsillo, silbando por entre los dientes como un gato. Huele a negro—pensó Bembow—; huele como aquella materia negra que salía de la boca de la Bovary y corría por su velo nupcial cuando la levantaron muerta». Y podemos observar cómo de acciones extrañas en tan breve párrafo, se pasa con rapidez que excluye homogeneidad narrativa, a gestos vulgares. Vulgares, no aisladamente o en otra novela, pero sí en un folletín tenebroso, siniestro y terrorífico.

¿Por qué esta desigualdad? Porque el autor, por no crear y complacerse en erección de sus personajes, no pone a estos nunca en la novela, en trance. Sino que estos personajes desembocan normalmente, perdidos, en una peripecia por Faulkner en exceso complicada, para cubrir una necesidad. Hay por esto en Faulkner un ambiente incontinuo. La realidad, se nubla por lo sorprendente. Y no es que se llame aquí realidad, a la realidad con que nos encontramos paseando urbanamente. Si no a la realidad con que el novelista en un pulso homogéneo, pretende ambientar.

Esta realidad en Faulkner: se pierde cuando se duplica o triplica. Cuando se hace sin serlo, sorpresa. Porque el autor no es que aumente el tono de esa realidad, cosa que no perdería a sus personajes. Si no que es esa suprarrealidad la que airea como acercándose a

los ojos. Por lo que todos los personajes en «Santuario» pretendiendo abarcar esa realidad que ambientada daría el buen Faulkner, arañan nuestra vista sin objeto.

Por tan cerca accionar, el ruido de que preliminarmente nos ocupábamos. Todos los gestos de estos muñecos son ásperos, sin necesitar aspereza. Son broncos, sin justificar tal posición. Porque Faulkner no los siente—la prueba es que sus muñecos no sufren sus desplantes en virtud de una norma, sino que los plantean por plantearlos, porque al autor conviene para todo menos para el florecimiento real del personaje—ni en su alma, ni en un mundo que orquestándose calmara su alma gigante.

¿Poeta en prosa de la acción? Necesitaríamos verle justificándola. Como decíamos, la acción de Faulkner a veces sorprende mucho más de lo que es, por la insignificancia de sus personajes. Pero la acción vertiginosa de «Santuario» presenta a los muñecos hablando de ella. Nunca de ellos en esa realidad complicada. Nunca de un defecto o de una virtud, sino de un gesto.

¿Que en el autor, en las manos del poeta, todo movimiento se justifica? En este gran guiñol que es «Santuario» no, porque las acciones no adolecen de esa monotonía, de esa igualdad con que se pintan acciones debidas a un único Pigmalión. Las acciones son varias. Excesivamente varias. Pero sin raíz. Porque Faulkner —y aquí vemos su positiva, angustiada situación que no cierra positivamente, sino para nosotros en falso—lo que hace poético en todo caso es el movimiento injusti-

ficado de sus muñecos. Injustificado, porque sin hablar de variadas raíces, tampoco hablar como en las novelas autobiográficas; de la única raíz que es la vida autora, que tantas vidas mueve. E injustificado, porque ningún silencio suyo—voces del autor—nos interesa. Sino sus espléndidos gestos desorbitados.

Guillermo Feliú Cruz

## Barrabás, precursor de la Independencia del Reino de Chile

LOS EXTRAÑOS PENSAMIENTOS DEL GOBERNADOR  
DON FRANCISCO DE MENESES



ES un día de sol abrasador. La pequeña aldea, que ostenta con orgullo el nombre de la capital del Reino de Chile, se agita en un torbellino de alegría. En la plaza mayor se arremolinan las gentes. Las casas están embanderadas y de los balcones cuelgan tejidos de Damasco y algunas guirnaldas de flores. En la Real Audiencia, en la cárcel, en el palacio del Gobernador, flamea al viento—un viento cálido—el pendón de Castilla. Se oyen gritos; hay algazara. Las tropas se mueven de un punto a otro con rapidez, con energía. Hay monotonía en los movimientos, sin embargo. Desfilan, camino hacia el Cabildo, los personajes ilustres de la ciudad. Corregidores, procuradores, secretarios, cabildantes, todos llevan impecables sus trajes oscuros. En los pechos de esos hombres brillan cruces. Los rayos de sol se quiebran sobre los broqueles, las espadas, las lanzas y los escudos. Los reflejos irritan y martirizan la vista. El pueblo mirá azorado. La aristocracia pavonea sus merecimientos en el lujo de su presentación. Hay una sensación de jolgorio y de fiesta. El calor sofoca. En la muchedumbre pueblerina apretujada, se ven rostros encendidos, sudorosos. Los rapaces cruzan y entrecruzan por entre la

abigarrada conglomeración de leales vasallos, que esperan, horas de horas, para satisfacer la curiosidad de conocer a un nuevo mandatario. El espectáculo ha sido frecuente en los últimos años. Pero siempre despierta en los amodorrados vecinos una extraña alegría. Se conciben días mejores. Se cree que las plagas que azotan al desventurado reino cesarán, al fin, con otro mandatario mejor que el de ayer. ¡Son puras ilusiones! Los «humores que la tierra vomita»—al decir de un cronista—se prolongarán largamente, y ahora más que nunca. Y ni las procesiones, ni los rezos, ni las rogativas ni las voces doloridas de las gentes hambrientas que pululan por la ciudad, serán capaces de ablandar al patrono de la capital, el apóstol Santiago; ni encontrarán eco en los demás santos que los moradores tienen en devoción, para conseguir un alivio a las grandes penurias públicas que sufre el país.

Es el día 23 de enero de 1664. A las once de la mañana se anuncia la llegada a las goteras de Santiago, del nuevo Capitán General, Gobernador y Presidente de la Real Audiencia, el General de caballería don Francisco de Meneses y Brito. Le precede una fama incierta. Se cuentan de él actos singulares. Se le sabe hombre de arrojo temerario. Se dice que tiene una voluntad imperiosa y una personalidad poderosamente definida. Alguien ha dicho al obispo Fray Diego de Humanzoro, que Meneses es un hombre impulsivo y un caballero desbaratado. En el pueblo, sin embargo, estos juicios y opiniones granjean simpatías al gobernador y entre los soldados esos conceptos acrecientan la admiración por quien creen un caudillo. En realidad, Meneses lo es.

A medio día en punto el Gobernador ha llegado a la plaza. Desde la calesa se puede ver su aspecto. Fuerte, se destaca de su continente alto y lleno de prestancia, una cabeza hermosa. Los ojos azules brillan como una centella. La nariz se curva en un gesto de rápida decisión. La cabellera rubia, algo ensortijada, deja entrever algunos abundantes hilos de plata. En general, la

fisonomía es atrayente y los modales del personaje acusan señorío. La voz gruesa, denota al hombre habituado al mando; y la risa es franca, abierta, generosa y cristalina.

En el instante mismo en que se le divisó en la calesa, comenzaron las ceremonias en la plaza mayor. «Fué recibido en esta diócesis—escribe un cronista contemporáneo—con aquellos aplausos que se hacen a todos aquellos que entran a gobernar. Es la nobleza de Chile muy obsequiosa en estas demostraciones; pero los hombres virtuosos y prudentes, atentísimos a las acciones del nuevo jefe, se penetraron, perspicaces, que tenía pensamientos desmedidos y que necesitaba del eléboro y sangrías de la cabeza: ingenio demasiadamente vivo y altivo, ánimo fraudulento y lleno de perfidia, dispuesto a usar de cualquier execrable infidelidad, que es lo que hoy se celebra con agudeza y sabiduría». Quien así le recuerda es un enemigo contumaz suyo. Meneses era, sin duda, eso: un hombre decidido, voluntarioso, atropellado, un genio violento y arrebatado hasta el delirio, un soldado en quien las pasiones desbordaban prontamente. Las turbulencias de su carácter lo han presentado siempre en el peor de sus aspectos. Pero es preciso convenir de que estaba dotado también de buenas condiciones. Era generoso hasta parecer un manirroto, no obstante su espíritu codicioso. Sabía del sentido de la amistad y de la lealtad. Rasgos heroicos de su vida recordaban su valor temerario. Soldado, en los duelos con sus compañeros, no había abandonado nunca el campo: las heridas en la cabeza y las del rostro así lo recordaban. Noble hidalgo portugués, caballero, no había cejado en las pendencias a que se había visto arrastrado. Libertino, en su conducta las irregularidades eran muchas: robos, violaciones y raptos de doncellas, prueban el antecedente de su vida aventurera. Barrabás le habían llamado sus compañeros en Portugal y en España, con el cual apodo ya dejaban entender lo que había de insólito, de atrevido, en su carácter. Genio de la discordia, prontamente ese sobrenombre llegó a ser familiar, durante su paso por Buenos

Aires, camino de Chile, donde sus tropelías y violencias alcanzaron desgraciada fama, y mayormente en el país que venía a gobernar, que fué el teatro de sus ominosas hazañas.

Meneses, con todo, no puede ser considerado como un caso aislado de su época ni como el prototipo de un hombre perturbado por los halagos del poder en un período especial de la historia. El suyo es el producto de la decadencia española. En España y en América de ese tiempo son muchos los Meneses. Todos, o casi todos, tienen hojas brillantes de servicios en la carrera de las armas; todos, o casi todos, también, son codiciosos, sin escrúpulos, ávidos de dinero y de placeres. La vida es para ellos solamente la expresión de un goce sin limitación. He aquí lo que había sido Meneses antes de venir a Chile, según uno de sus biógrafos, que le es muy desafecto: «Sirvió al Rey don Francisco de Meneses en el estado de Milán, Cataluña, jornada de Burdeos, y en los estados de Flandes, últimamente en la campaña de Badajoz cuando el sitio de Yelves. Ocupó los puestos de capitán de caballos en Milán, el de teniente de maestro de campo de tercio en Burdeos, con el cual pasó a Flandes. Graduólo de sargento mayor de batalla *ad honore* el señor don Juan de Austria por cuya merced no quiso pasar el rey su padre. Sirvió de reformado en la campaña de Yelves, y graduáronle de general de artillería para venir a Chile. No es dudable que adquiriera estos puestos por mérito y valor, aunque tal vez se consiguen a diligencias de la fortuna o por arte y maña, de que era el Meneses primoroso artífice. Ello es cierto que en cuantas partes sirvió fué de natural inquieto y revoltoso, sedicioso e inclinado a discordias: dígalo Cataluña donde don Felipe da Silva le tuvo en un carro para quitarle la cabeza por la insolencia que tuvo con don Juan de Garay. Escapó de allí con la fuga y anduvo muchos días a sombra de tejados, fuera del servicio del rey. En San Sebastián del Pasaje, en la ocasión del viaje de Burdeos, tuvo pesados encuentros con el barón de Vativila y don Fernando de la Riva Herrera, proveedor general de la armada; y de

vuelta de viaje, en el puerto de Santoria con el marqués de Santa Cruz de Flandes salió huyendo del marqués de Corazena; en Madrid se encontró con el conde de Talara; en el sitio de Yelves con el general de Artillería don Gaspar de la Cueva, en cuyo lance quedó ajado y con poca reputación».

Tal había sido la historia de Meneses antes de venir a Chile. Ya en el ejercicio del mando de la pobre capitania general habría de demostrar las mismas condiciones para avivar las pependencias, para buscar discordias con los que presumía sus émulos, o con aquellos individuos constituídos en dignidad que no quisieron doblegarse a su imperio: el obispo, los oidores de la Real Audiencia, los cabildantes, los jefes del ejército, en fin, las autoridades todas de la misérrima colonia. Pero el gobernador, al mismo tiempo que parecía complacerse en anudar todo género de dificultades con los poderes con los cuales debía entenderse, llevaba además, una vida disipada y disoluta. Los agustinos, en carta al rey, de 16 de Diciembre de 1664, decían: «Se ha entretenido con escándalo y poca autoridad en bailar públicamente en los más humildes desposorios, el baile más deshonesto que se ve en estas partes, con mujeres de todas suertes; y advertido de la murmuración común, respondía que primero que llegasen las voces a la corte y preguntasen en ella que eran pananas (que es el nombre de estas danzas lascivas) pasaba la vida con desahogo. Pero no nos admira, señor,—continúan los frailes—cuando ha dicho como mal cristiano que sólo en Flandes se vive con todos los ensanches que pide la naturaleza». Otro de sus contemporáneos habla así de las costumbres del gobernador: «...se entretenía el Meneses—dice—en pasatiempos viciosos y en ir a bailar en todas las fiestas y casamientos que se ofrecían, aunque fuese a casa de hombres plebeyos y mecánicos, con escándalo público y admiración de todos los que veían acción tan contraria y desusada en un magistrado, acordándose de la entereza y seriedad de aquellos grandes y respetables varones que, habían administrado el mismo cargo; pero de estas fiestas hacía el Mene-

ses tanta estimación, como de las que en otro tiempo se hacía en Grecia de las victorias alcanzadas en los juegos olímpicos. Entre sus desvanecimientos ostentaba la elección de muchos caballos y muy generosos, manchando su fama con el extremo de frecuentarlos y la codicia en adquirirlos; sus caballerizas parecían reales, y se engreía tanto en este delirio que imaginaba exceder en valentía y ligereza a los celebrados antiguos que el jurisconsulto Budeo, no sin pasmo, refiere que corrían en una carrera dos caballos, mudándose del uno al otro con precipitada destreza».

Los mismos frailes agustinos en otro párrafo de la carta que se ha citado decían a S. M.: «es un caballero tan desbaratado que ni respeta estado eclesiástico ni ha habido hasta hoy persona constituída en dignidad con quien no se encuentre. A los ministros de la Real Audiencia, los tiene, señor, tan atemorizados con la disposición injusta del Dr. D. Alonso de Solórzano, que no se atreven hacer rostro a sus temeridades y en estas corre con tanto desahogo que dice públicamente que sus reales consejos de V. M. obran y hacen muchos desatinos; que V. M. está paralítico y le remeda el modo de hablar con escándalo de los oyentes, y añade a esto decir, que es esto grande, en esa corta que si llegaba a Chile don Francisco de Meneses a gobernar, se levantaría contra el Rey y según aborrece a los hombres de autoridad, se puede y debe recelar este crimen...».

La última parte de la carta contenía una acusación gravísima. El poder de la metrópoli por decaído que estuviese, por corrompida que fuera su administración, por incapaces que resultaran sus mandatarios, no podía tolerar que uno de sus súbditos, un afortunado militar de alguna privanza en la corte, osara hablar de la Majestad Real y todavía significar que en sus manos estaba la desmembración de uno de los países de su imperio colonial. ¡Eso era inaudito! Sin embargo, en la acusación de los frailes agustinos había un fondo de verdad. Venía a confirmarla la relación anónima sobre el gobierno de Meneses que algún

vecino de Santiago hizo llegar por esa misma fecha, 1664, a la corte. Y la reiteraba con su rúbrica el alguacil mayor de Santiago, Martínez de Vergara. «El gobernador—decía éste—se entra a las casas más principales de día y de noche a forzar doncellas que están recogidas en las casas de sus padres, como sucedió habrá más de tres meses entrándose a la de un caballero llamado don Francisco Peraza; y en otras hace lo propio con grande escándalo de todo este reino. No parare con esto sólo sus temeridades, pues viendo los soldados el desorden con que procede en ello, lo tienen los malhechores y soldados en hacer desafueros, robando y salteando los caminos que no hay ninguno ni persona que lo esté. Los soldados que el gobernador trajo en su compañía y los demás que bajan de la tierra, la hacen formidable forzando las mujeres, robando las casas y tiendas de los mercaderes, hiriendo y matando a cuantas personas encuentran en ellas, y lo hacen, porque les ha dicho que él será dueño del reino y se coronará dentro de poco».

Este género de acusaciones se hizo más frecuente contra el gobernador a partir del año 1665. Los habitantes del reino mostrábase alarmados desde que tuvieron conocimiento de ciertas declaraciones de Meneses, que importaban un desacato y una rebelión contra la monarquía. El turbulento portugués, apoyado desde España en los partidarios de don Juan de Austria, no tenía embarazo para hablar de Felipe IV y la reina doña Mariana de Austria y pronunciarse en forma despectiva contra el príncipe heredero Carlos, el hechizado, niño entonces de tres años de edad. Además, la conducta de Meneses se hacía sospechosa a causa de otras actividades. Se mostraba impaciente por incorporar a su dominio la plaza de Valdivia, que dependía del Virrey del Perú, y de esta maniobra se quería establecer su propósito de entregarla al Rey de Portugal, trayendo, en el entretanto, fuerzas del Brasil. El mismo había hablado de la pérdida del reino de Chile apenas doña Mariana de Austria ejerciera la regencia de su hijo don Carlos II.

Los temores de los habitantes del reino parecieron confirmarse al tener noticias de la muerte de Felipe IV ocurrida en Madrid el 17 de Septiembre de 1665 y que fué conocida primero en Concepción el 18 de Abril de 1666. Todo parecía confirmar los planes que veladamente Meneses había dado a conocer con tanta lijeriza. Pero la acusación formal del gobernador por desacato a la Magestad Real y por intento de rebelión para alzarse con el Reino de Chile, no debía producirse en la capitanía. Ella partió de Lima y decidió a la Audiencia, que gobernaba interinamente el virreinato por muerte del propietario, precipitar la caída de Meneses. En efecto, el procurador del ejército de Chile don Pedro Sebastián de Saldías, que se encontraba en aquella ciudad desde hacía algún tiempo y que conocía menudamente los detalles de la forma como el gobernador Meneses se comportaba en la administración de la capitanía general, disgustado con sus procedimientos, decidió acusarlo en forma. Para ello, ofreció rendir información judicial. Los puntos de los cargos señalados por Saldías eran de tanta consideración que la Audiencia de Lima designó al oidor don Fernando de Velasco y Gamboa para oír a los testigos que ofrecía presentar el procurador Saldías y examinar los papeles que éste tenía en su poder. Del examen de la información: «resultó—decía la Audiencia— que Meneses obraba con conocida tiranía en su gobierno, dejando recelar que imaginaba alzarse con él; que trataba las materias de la religión con mucho desahogo y aun desprecio, injuriando también el crédito del señor obispo, defendiendo un libelo infamatorio contra éste; que hablaba con indecencia en las iglesias, como también del rey nuestro señor, diciendo que faltando S. M. y quedando el nuevo rey de tan tierna edad, cada gobernador sería dueño de su provincia; que había nombrado personas de su devoción en los puestos tocantes a la real hacienda, de que se aprovechaba quitándolo a los pobres soldados; que usaba de todo género de granjerías en daño de la causa pública y de los particulares; que se había casado con hija de un caballero de los

más principales y poderosos del reino; que estando la guerra viva en la ciudad de Concepción, y habiéndose quebrantado la paz a los indios, había sacado de aquel presidio quinientos soldados escogidos y llevádoslos con su persona a la de Santiago, donde algunos estaban acuartelados, molestando e injuriando a los vecinos».

Todo eso reconocía la Audiencia de Lima. Ahora ¿en qué se apoyaban la acusaciones de Saldías para recriminar al gobernador Meneses de querer alzarse con el Reino de Chile? Vamos a verlo.

El memorial de acusaciones de Saldías comprendía cuarenta y siete capítulos. Fué presentado a la Audiencia el 20 de Octubre de 1666 y se mandó juntar a otro de 27 de Septiembre de ese mismo año. Los capítulos 26 y 27 estaban consagrados a establecer, primero, la verdad de los proyectos de Meneses para levantar a Chile contra España y, segundo, probar sus expresiones contra los monarcas de la metrópoli. El capítulo 26 decía: «Refiere el dicho gobernador (Meneses), en conversaciones públicas y secretas, que a S. M., que Dios haya, al tiempo que le hizo mercede de aquel gobierno, le dixeron: «Vuestra Majestad ha hecho merced a don Francisco de Meneses del gobierno de Chile: él se coronará». El 27 era el siguiente: «Dice continuamente que su Majestad estaba baldado, que era flojo, enemigo de la guerra, dado a entretenimientos, que había perdido más de lo que ganaron sus abuelos; que la Reina, nuestra señora, era moza y alemana, y el Príncipe, niño; y que muerto S. M., como habría sucedido, se ofrecerían tales disturbios, que se quedarían con los gobiernos de las provincias en propiedad los que las tenían en administración».

Diez testigos declararon sobre los cargos 26 y 27 formulados por Saldías al gobernador Meneses. El primero fué el capitán Antonio de Cuellar vecino de Arica, quien expresó así su testimonio el 21 de Octubre. «26.—A los veinte y seis puntos, dijo: que este testigo oyó decir a personas que de ordinario asisten al

dicho gobernador y muchos de su casa y familia, que dice por chanza, ponderando la altivez que el dicho gobernador tenía en los ejércitos, y que salía con cuanto tentaba, que lo oyeron decir que le habían dicho a Su Majestad, cuando se le hizo merced del gobierno de Chile: «Vuestra Majestad ha hecho merced a don Francisco Meneses de el gobierno de Chile: él se coronará, etcétera.

«27.—Del veinte y siete punto dijo: que también oyó decir a estos testigos, por público y notorio en todo el reino de Chile, que el dicho Gobernador decía continuamente que Su Majestad estaba baldado, que era flojo, enemigo de la guerra, dado a entretenimientos; que había perdido más de lo que ganaron sus abuelos; y que la Reina, nuestra señora, era moza y alemana, y el Príncipe, niño, y que, muerto Su Majestad, como habría sucedido, se ofrecerían tales disturbios, que se quedarían con los gobiernos de las provincias los que las tenían en administración y en especial se lo oyó decir este testigo a un camarada de el dicho Gobernador, que vino con él desde España, que comía con él y lo asistía en su casa, llamado don Antonio de Tal, que no se acuerda del sobrenombre, a quien desterró a Chilué y allí se casó; y reparando el dicho don Antonio en este dicho, le dijo al dicho Gobernador «¿qué es lo que propone Vueseñoría? eso no se puede decir»; a que respondió el dicho Gobernador: «esto no es más de proponer, por los ejemplares que hemos visto en esta razón»: que así se lo dijo a este testigo el dicho don Antonio, yéndolo a visitar en el castillo de la ciudad de la Concepción, hasta que hubiese embarcación para Chilué. Y esto responde».

El 22 de Octubre declaró el capitán Fernando Calderón Guemes, capitán reformado que había sido de la plaza de Concepción.

«26.—Del punto veinte y seis dijo: que este testigo oyó decir en aquel reino por público y notorio, y en especial a los mismos criados del dicho Gobernador, cómo el susodicho dice pública-

mente que cuando se le hizo merced de aquel gobierno, le dijeron a Su Majestad: «Vuestra Majestad ha hecho merced a don Francisco Meneses del gobierno de Chile: él se coronará». Y esto responde».

«27.—Del punto veinte y siete dijo: que también oyó decir por público y notorio en aquel reino de Chile cómo el dicho Gobernador ordinariamente decía que Su Majestad estaba baldado, y que era flojo, enemigo de la guerra, dado a entretenimientos, y que había perdido más de lo que ganaron sus abuelos; y que la Reina, nuestra señora, era moza y alemana, y el Príncipe, niño; y que, muerto Su Majestad, como habría sucedido, se ofrecerían tales disturbios que se quedarán en los gobiernos de las provincias en propiedad los que las tenían en administración; que, demás de haberlo oído decir este testigo por público y notorio, como lleva dicho, en particular lo oyó decir a personas de mucha importancia y consideración, como son, el maestre de campo don Martín de Eresi; el maestre de campo André del Aguila y el sargento mayor Luis González y otras personas de este porte; y esto responde».

El 25 de ese mismo mes, el capitán don Bartolomé Benítez de Salazar, «persona que le ha asistido al dicho Gobernador muy cerca de su persona, en su casa, siendo su gentilhombre de guión, por cuya mano corrían muchos negocios y dependencias del dicho Gobernador», declaró:

«26.—Del punto veinte y seis dijo que este testigo le oyó decir muchas veces cómo le habían dicho a Su Majestad que el dicho Gobernador se coronaría en el gobierno de Chile, y este testigo oyó al dicho gobernador en la ciudad de la Concepción, en ocasión que llegó a él el general don Juan de Covarrubias a darle parabienes de una facción que se había logrado en tierras del enemigo, que le respondió: «No hay más parabién que cuando haya...» (haciendo señal de círculo sobre su cabeza, dando a entender que cuando se coronase serían los parabienes. Y esto responde».

«27.—Del punto veinte y siete dijo: que asimismo le oyó decir este testigo infinitas veces las palabras que contiene el dicho punto, de que Su Majestad estaba baldado, era flojo, enemigo de la guerra, dado a entretenimientos, y que había perdido más de lo que ganaron sus abuelos; que la Reina, nuestra señora, era moza y alemana, el Príncipe, niño, y que, muerto Su Majestad, se quedarían con los gobiernos en propiedad los que los administran; y esto responde».

En 26 de ese mismo mes fué llamado a declarar el proboste general del reino de Chile, Matías de Serpa, natural de la ciudad de Santiago, quien contestó:

«26.—Del punto veinte y seis dijo: que este testigo oyó decir por público y notorio en aquel reino de Chile cómo el dicho Gobernador dice ordinariamente que a Su Majestad le dijeron que si había hecho merced a don Francisco Meneses del gobierno de Chile, que él se coronaría; pero que este testigo le ha oído decir en particular cosas que tienen mucha semejanza a lo referido, como son, que estando el dicho Gobernador en conversación con los caballeros de la ciudad de Santiago, les dice: «más que fuera que mi fortuna fuese tal que llegase a ser rey, como lo han sido otros de muy bajos principios, y que si acaso se viese en esa esfera, los haría grandes a todos, haciéndolos duques, condes y marqueses de sus estancias; de que este testigo tiene inferidas muy malas consecuencias que comprueban las razones del dicho punto; y oyó decir este testigo en la dicha ciudad de Santiago, por muy público y notorio, cómo, llegando a darle el parabién don Juan Velásquez de Covarrubias de algunos sucesos de la guerra, le repondió: «no hay parabienes» que haciendo un círculo en su cabeza, dando a entender que ponerse una corona, que lo demás era nada. Y esto responde».

Al día siguiente, declaró el castellano Asencio de Arteaga, natural de Fuenterrabía, en Guipúzcoa.

«26.—Del punto veinte y seis dijo: que este testigo oyó decir por público y notorio en aquel reino cómo el dicho Gober-

nador decía que sería posible que, muerto Su Majestad, cada uno se quedaría con el gobierno que tenía a su cargo, y no otra cosa; y esto responde».

«27.—Del punto veinte y siete dijo que también oyó decir este testigo, por público y notorio, y en especial a los soldados que vinieron con el dicho Gobernador de los reinos de España, como el susodicho decía que a Su Majestad le habían dicho que si le había hecho merced al susodicho del gobierno de Chile, que él se coronaría; y esto responde».

«Este testigo añade que no se puede esperar menos de hombres que procede con tanta tiranía como tiene dicho, y con tan poco temor de Dios».

En ese mismo día 27, procedía a declarar el capitán don Gabriel Pascual de Viamonte, natural del reino de Navarra, «que vino del dicho reino de Chile a esta ciudad en el navío *Nuestra Señora de Atocha*, habrá cuatro meses, y expresó:

«26.—Del punto veinte y seis dijo: que también ha oído decir a diferentes personas, de quienes no se acuerda, cómo el dicho Gobernador dice ordinariamente que a Su Majestad le dijeron cuando le hizo merced de aquel gobierno: «Vuestra Majestad ha hecho merced del gobierno de Chile a don Francisco de Meneses; él se coronará»: y esto responde.

«27.—Del punto veinte y siete dijo: que asimismo es público y notorio cómo el dicho Gobernador repite ordinariamente en las conversaciones suyas que Su Majestad estaba baldado, que era flojo, enemigo de la guerra, dado a entretenimientos, que había perdido más de lo que ganaron sus abuelos; que la Reina, nuestra señora, era moza y alemana, y el Príncipe, niño; y que, muerto Su Majestad, se quedarían con los gobiernos los que los administraban, por los disturbios que se ofrecerían; y este testigo añade y colige de las disposiciones del dicho Gobernador y del modo de obrar que tiene y piensa que se da a adquirir dineros, que tiene intentos de alzarse con aquel reino, en lo cual se debe poner breve y eficaz remedio, que así lo representa este

testigo como vasallo leal de Su Majestad, para descargo de su conciencia; y esto responde».

En 28 del mismo mes, fué llamado el alférez don Bernardo de Arce y Quirós, natural de Lima, «y que habrá tres meses que llegó a esta ciudad del reino de Chile, donde militó tres años».

«26.—Del punto veinte y seis, dijo: que este testigo ha oído decir en la ciudad de Santiago, por público y notorio, que el dicho don Francisco de Meneses dice que le dijeron a Su Majestad cuando le hizo merced de aquel gobierno, que se había de coronar él; y que en el dicho reino corre voz pública de que se ha de coronar, si por este Gobierno no se envía breve y eficaz remedio para tanta iniquidad, porque sus fines y disposiciones lo dan a entender así; y esto responde.

«27.—Del punto veinte y siete, dijo: que este testigo oyó decir al dicho Gobernador, estando en conversación de muchos caballeros de Santiago, varias veces, cómo decía que Su Majestad estaba baldado, que era flojo, enemigo de la guerra, dado a entretenimientos, que había perdido más de lo que ganaron sus abuelos; que la Reina, nuestra señora, era moza y alemana, y el Príncipe, niño; y que, muerto Su Majestad, se quedarían con los gobiernos de las provincias los que las gobiernan; y esto responde».

En 6 de Noviembre fué examinado don Antonio Velásquez de Covarrubias, natural y vecino de Santiago, quien expuso:

«26.—Del punto veinte y seis, dijo: que este testigo oyó decir al maestre de campo don Diego Roco y a Diego Gómez Pardo y a don Alonso de Carvajal y Campofrío y a otras personas que comunican de ordinario al dicho Gobernador, que dice ordinariamente que a Su Majestad, que Dios haya, le dijeron: «Vuestra Majestad ha hecho merced a don Francisco de Meneses del gobierno de Chile: él se coronará; y esto responde».

«27.—Del punto veinte y siete, dijo: que también oyó por público y notorio en la dicha ciudad de Santiago, cómo el dicho Gobernador dice de ordinario que Su Majestaad estaba

baldado, que era flojo, enemigo de la guerra, dado a entretenimientos, que había perdido más de lo que ganaron sus abuelos; la Reina, moza y alemana, el Príncipe, niño; y que, muerto Su Majestad, se quedarían con los gobiernos los que los administran; y esto responde».

Hasta aquí los testigos del proceso. Veamos otros.

Una carta de don Ignacio de la Carrera Iturgoyen, escrita en Lima, a 20 de Junio de 1666, al Consejo de Indias, dice:

«Ha dicho muchas veces que Su Majestad, que Dios guarde, está baldado, que el Príncipe es niño, la Reina, nuestra señora, de pocos años, y que, muerto Su Majestad, será gobierno de mujer y se quedarán con las provincias y reinos los que estuvieron ocupados en sus gobiernos, perpetuándose en ellos con ocasión de las discordias que se han de ofrecer: palabras que, junto con ser público y notorio que en el puerto de Buenos Aires, por discordias que tuvo con el Presidente de aquella Audiencia, estando embarcado, ordenó al piloto que virase para el Brasil, como lo hubiera hecho si no se le impidiera disparando la artillería del castillo y desarbolando el bajel, que ya se había levado, pueden y deben ocasionar mucho cuidado, y más, cuando está reconocido cuan absoluta y desaforadamente obra el dicho Gobernador, teniendo tan afligidos y despojados de la libertad a cuantos viven en aquel reino, que de tanta opresión no se pueden esperar buenas consecuencias».

Las declaraciones anteriores constan del juicio de residencia de Meneses. El resumen por mayor de 20 cargos que el Consejo de Indias mandó se sustanciasen en juicio abierto en la Audiencia de Lima y por los demás que se la hicieron, dió por resultado el ser condenado a varias penas pecuniarias y privación de oficio político y militar.

Esos cargos de la residencia fueron más de 240. De entre los que se mandaron substanciar en Lima después de la sentencia, se hallan los que llevan los números 158, 159 y 160, que en resumen, dicen como sigue:

«Cargo 158.—Se reduce a que se jactó en diferentes ocasiones el dicho Meneses en Chile, que cuando le hicieron gobernador se dijo en Madrid que se levantaría con aquel reino, y que el Embajador de Inglaterra le había dicho en esta Corte que iba al mejor país del mundo y mejor dispuesto para coronarse un Príncipe de Inglaterra, y que le había replicado Meneses sólo que era bueno para Inglaterra, no sería bueno para un Príncipe de España; a que le respondió el Embajador que los españoles nada sabían repartir; con que, por introducir semejantes conversaciones, se puso en opinión de no ser leal vasallo.

«Cargo 159.—Se reduce de que en diferentes ocasiones y delante de muchas personas habló con indecencia y desacato de la persona Real del Rey, nuestro señor, Don Felipe Cuarto (que está en el cielo), diciendo que Su Majestad estaba leso, fatuo, baldado y dementado, inepto para el gobierno, y que era enemigo de la guerra; y que habiendo paseado en un caballo el dicho Meneses, dijo don Francisco de Ahumada a don Francisco Tello de que el caballo era digno de que lo tuviese el Rey, y respondió Meneses: «no está para eso; está leso y dementado; la Reina enviudará, es moza, y las provincias se quedarán en poder de quien las gobierna».

«Cargo 160.—Se reduce a lo mismo y que, en continuación de lo referido, continuamente hablaba con indecencia de la persona Real de Su Majestad y concluía sus discursos diciendo que la Reina, nuestra señora, enviudaría, que era moza, y el Príncipe, infante, y que con la menor edad, gobernando la Reina, se ofrecerían disturbios, quedándose con ellos los que las gobernasen; dando ocasión, por la libertad con que obraba el dicho Meneses en materia tan odiosa, para que se entendiera trataba de prevenir el caso de la muerte de Su Majestad y que se tuviese por poco seguro en su lealtad».

Por su parte, algunos años antes de formalizarse el proceso de Meneses, el obispo de Santiago, fray Diego de Humanzaro decía al Rey en carta de 28 de Diciembre de 1664:

«Pues, ¿qué diré, señor, de las indecencias con que habla de la Suprema y Real persona de Vuestra Majestad? con que engendra en la vanidad de los noveleros muy perniciosos conceptos de la Majestad Real y de sus Reales Consejos».

Meneses murió antes de ver terminado su juicio de residencia que llevó con extrema energía el oidor de la Audiencia de Lima don Antonio Lope de Munibe. Cualquiera que sea el juicio que merezca su gobierno y las razones que se den para justificar sus actos, no podrá negarse que el tristemente célebre portugués debe ser considerado como el más lejano precursor de la independencia de Chile (1).

---

(1). La narración que se ha leído está apoyada, como se ha visto, documentalmente. Los papeles se conservan en la Biblioteca Nacional, Sala Medina, y forman las piezas relativas al gobierno de Meneses. El juicio de residencia de este mismo gobernador, que es una fuente preciosa, se encuentra también en la colección de Medina. El autor ha consultado, además, las Memorias del Reino de Chile de Fray Juan de Jesús María, publicadas en Lima en 1875 por el mismo señor Medina y reproducidas en el tomo XI de la Colección de Historiadores de Chile y la Historia General de Chile, Barros Arana, tomo V.

## NOTAS Y DOCUMENTOS

### El V Congreso Nacional de Medicina argentino

Magnitud de esta asamblea.—Asistencia de eminencias extranjeras.—Los temas relacionados con la Sección Pedagogía y Asuntos Universitarios.—Papel que nos cupo desarrollar.

Invitado especialmente para representar a mi país en la Sección Pedagogía y Asuntos Universitarios del V Congreso Nacional de Medicina Argentino, tuve a bien concurrir al mencionado e interesante torneo que se celebró en Rosario de Santa Fe entre los días 2 y 9 de septiembre ppdo.

Presidido por el inteligente y talentoso hombre público doctor don Camilo Muniagurria, cuya ecuanimidad en los debates y amplitud de criterio causaron admiración, se iniciaron las labores de las distintas secciones, secciones que alcanzaron a diecinueve, según puede verse en el gráfico adjunto.

El número de médicos que asistieron a dicho torneo lo estimamos en una cifra alrededor de los 1,600 a 2,000, llegados de Buenos Aires, del interior de la Argentina y de los más diversos países. Entre ellos figuraron hombres tan destacados como el Dr. José Franchini, de la Universidad de Modena; el Dr. Bustos Ansart, Profesor de Patología y Química Quirúrgica de la Facultad de Medicina de Madrid; el Dr. León Rivet, Profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina de París; el Dr. Tho-

mas Milton Rivers, del Instituto Rockefeller de Nueva York; el Dr. Ludolph Brauer, Profesor de Clínica Médica de la Facultad de Medicina de Hamburgo; y el Dr. Olimpio Dafonseca, Profesor de la Facultad de Medicina de Río de Janeiro y del Instituto Osvaldo Cruz, aparte de un centenar de figuras de las Facultades de Buenos Aires, Mar del Plata, Córdoba, Montevideo y Rosario.

El número de trabajos presentados en las diferentes secciones alcanzó más o menos a 1,300 y requirieron numerosos y sucesivos boletines para ilustrar a los congresales, uno de los cuales, el tercero, consta de 240 páginas.

Sobre el tema oficial, que fué Amebiasis, se presentaron numerosos trabajos, entre los cuales figuran los de Marotta, Caste, Staffieri y el Profesor Franchini, de Italia.

De los invitados especiales, tal como lo declaraba el diario «La Voz Interior» de Córdoba, se distinguieron sobre manera el Profesor Lipchütz, Delegado Oficial de la Universidad de Concepción de nuestro país, calificado allá como gran fisiólogo y especialista en experimentación sobre las glándulas de secreción interna, especialmente glándulas sexuales; el Profesor Rivers de Nueva York, cuyos trabajos sobre virus filtrables causaron admiración; el Profesor Bastos Ansart, titular de Madrid, que causó una de las grandes emociones del Congreso, por haber hecho entrar en la Cirugía el elemento psicológico; y algunos otros.

De la delegación de Córdoba, el Profesor Bermann, cuya clara inteligencia es admirada, tuvo una brillante actuación. El Dr. Chattás presentó un trabajo sobre eritrosedimentación, que fué muy celebrado y que augura al joven profesional un hermoso porvenir.

El Profesor Sayago y otros eminentes fisiólogos de la misma ciudad, tuvieron también destacadísima actuación.

Una de las secciones más interesantes fué, sin lugar a dudas, la de Neurología y Psiquiatría, donde pude presenciar las

intervenciones quirúrgicas hechas por el Dr. Manuel Balados, cuya habilidad técnica lo mostró como el mejor neurocirujano de la República.

El trabajo de Bermann, «La psicología clínica en la enseñanza médica», fué motivo de un largo debate, en que se comprobó el valor e importancia del estudio de la unidad organo-anímica para el diagnóstico y el tratamiento de los enfermos. Las investigaciones de Thenon, admirables.

Asistimos también a la Sección Cirugía, donde presenciemos interesantes discusiones sobre «Coxalgia» e «Intervenciones quirúrgicas en la cadera».

Los trabajos de los doctores Lelio O. Zeno y Marotolli fueron largamente aplaudidos.

David Seulever y González Sabathie, en Cardiología, se lucieron.

La Sección Pedagogía y Asuntos Universitarios, en la cual nos tocó actuar muy de cerca, constituyó una innovación tal vez la más importante del Congreso, por tratarse de un problema que se incorpora por primera vez a las Secciones de Clínicas y Especialidades. Se debatieron allí numerosos temas relacionados con los Proyectos de Organización Universitaria y las líneas generales de la Pedagogía en la enseñanza superior.

El Profesor Avelino Gutiérrez sostuvo el punto de vista técnico científico, el simpático Profesor Korn, el científico cultural y el Profesor Bermann, el aspecto preponderantemente social de la Universidad en función del tiempo.

El debate, empequeñecido por momentos, agigantado en otros, fué movido y agitado, prolongándose durante cinco días.

No pudiendo armonizar las opiniones se proyectó para 1935 un Congreso independiente para abordar este mismo problema.

Nos cupo participar en él, y seguramente el Dr. Camilo Muniagurria, como el Dr. Arce, no se olvidarán muy fácilmente de nosotros, tal fué el apasionamiento que se gastaron por momentos.

Era interesante el espectáculo, de ancianos alternando con hombres jóvenes, en un vivo deseo que las agitaciones que en esos momentos se suceden en las Universidades argentinas, fueran fecundas en vez de quedar estériles.

Nuestra actuación, fuera de la participación en la Sección Pedagogía y Asuntos Universitarios, se hizo presente por el aporte de un trabajo titulado «La Perspectiva de la Medicina en los Seguros Sociales», impreso que causó vivos comentarios, por el desconocimiento que existía sobre dicha materia en la vecina República.

Dictamos, además, una conferencia sobre el problema de los Seguros Sociales en la Biblioteca Nacional de Rosario, donde repartimos profusamente nuestro trabajo.

Aparte de esta labor dimos, en la «Casa del Estudiante» de Córdoba, a pedido de la Federación de Estudiantes y del Centro de Estudiantes de Medicina de la Universidad, una conferencia sobre «Seguros Sociales».

Dimos, además, una charla en la clase de medicina legal del Profesor Bermann, sobre «Psiquis y Cirugía», dimos otra, sobre «Investigaciones en Raquianestesia», en el Auditorio Central del Hospital San Roque; otra, sobre «Concepción de una estética integral y de la función que desempeña la cantidad en el arte», en el Círculo de Artes Plásticas, efectuamos demostraciones prácticas con gran éxito sobre «Anestesia Total con Cocaína», en la Clínica Quirúrgica del Profesor Artemio Zeno, del Hospital Centenario, y una conferencia sobre «Anestesia Total Quirúrgica con Cocaína», en la Sociedad de Cirugía de dicha ciudad, para lo cual fuimos especialmente invitados.

En general, el Congreso ha tenido gran resonancia en el vecino país, a pesar de que se hizo notar la necesidad de fijar temas previos, de hacer converger en un estudio común los distintos trabajos sobre un mismo tema, por cada relator, y la ne-

cesidad absoluta de la discusión inmediata después de cada ponencia.

El futuro Congreso fué acordado que se realizara en la ciudad de Córdoba, el año 1938.

Las innumerables atenciones recibidas durante nuestra estadía en ésa y el hecho de haber sido atendido como huésped de honor en la Clínica de los Profesores Zeno y Cames, titulada Sanatorio Británico, admiración de nacionales y extranjeros, nos prueba la inmensa comunión de ideas y sentimientos que existen entre los pueblos de la tierra donde la nacionalidad no pesa.—Dr. García Tello.

## SEÑALES

### La guerra de mañana

□ «Voila» ha publicado hace pocas semanas, en tres números sucesivos, un reportaje-invención de Jean Prevost, que lleva el título antecedente. Todo está narrado con una naturalidad periodística, informativa, que no excluye interés extraordinario. Cuenta Prevost la guerra futura como si informara de ella después de vista. El trabajo está escrito en pretérito, con una sencillez tan exacta (cabe decir), que es una vívida información anticipada.

Esta vez, la movilización y la guerra fueron anunciadas al mismo tiempo. De una parte, Alemania y Hungría; de otra, Francia y los países eslavos—comienza Jean Prevost. El plan de las tropas francesas, era guardar la línea del Rin, ocupando el Sarre y la Prusia Renana hasta Coblenza. Esperando que las tropas alemanas no estaban bien organizadas y que tenían que hacer frente a tres costados a la vez, se pensaba avanzar a prisa. Media hora después de la declaración, partían aviones franceses a bombardear los puentes del Rin. Fueron destruídos. Pero una hora más tarde se tuvo noticia en el Ministerio del Aire, de que se proyectaba un ataque aéreo alemán sobre París. Se desguarnecieron—dada la neutralidad de Italia e Inglaterra—los frentes de aviación del sur y el oeste, y todo se llevó a París, incluso las tropas que habían avanzado hacia Alemania; la defensa total era necesaria. En efecto, a las dos horas, ochocientos avio-

nes alemanes volaban sobre París. Se había dado la consigna de no combatir sobre la ciudad, a los aviadores franceses, para evitar caídas de bombas, torpedos y aeroplanos incendiados. El raid se verificó, perdiendo los alemanes setenta y dos aviones y los franceses cuarenta. Pero...

(Todo está descrito con una rapidez que consueña con la posible realidad de los hechos. Por minutos avanza la guerra, por horas se destruye lo que antes, en la gran guerra pasada, se destruía por semanas o por meses. Fluye una hecatombe a toda velocidad, vertiginosa hasta la desesperación) Pero, de resultas de este raid, el Louvre estaba totalmente destruído, con todos sus tesoros. Y eso era lo de menos: Diez mil muertos en la población de París. Los torpedos lanzados tenían un dispositivo que retardaba la explosión. Llegaban al fondo de las bodegas y los sótanos y allí explotaban. Las bombas incendiarias lo mismo. Setecientas casas fueron destrozadas, con una pérdida de cerca de tres mil millones. En respuesta, la aviación francesa hizo un avance hasta el Ruhr. Los puentes que el día antes se destruyeran denunciaban la imposibilidad del avance alemán. Pero estos habían inventado unos rieles, como medios-tubos paralelos, que ponían un poco más abajo del nivel de las aguas del río, enturbiando éstas por un procedimiento químico. Los camiones avanzaban por ellos y desde lo alto la visión se antojaba la de un circular por carreteras. Las tropas francesas avanzaron. Para proteger este avance se fabricó una capa de humo que cubría todo el frente e impedía el bombardeo aéreo, o al menos confundía y evitaba la distinción entre los ejércitos enemigos y sus situaciones.

A la aviación francesa se unió la de sus aliados. Los checos enviaron considerables refuerzos. Se obtuvo una tregua de ocho días, para reponerse y al cabo de ellos, los alemanes iniciaron un ataque por tierra. Francia necesitó pedir aviones a otros países y éstos, recordando las deudas aun vivas de la guerra anterior, se negaron. El oro del banco de Francia, contante y sonante, salió por esos mundos. Se vendió la Indochina a los japoneses.

en cambio de una participación aérea en la guerra; las hostilidades continuaron.

La guerra química produjo en pocos días, más de cinco millones de muertos. Considerando las posibilidades de ésta, y narrando siempre como de hechos acaecidos, Prevost somete a la consideración de las gentes, sobre todo de los organizadores de la defensa, consejos y avisos sumamente interesantes. El ataque con gases asfixiantes requiere una defensa, por lo visto, contraria a la que actualmente se trata de organizar en los simulacros ciudadanos. Se aconseja ahora la construcción de sótanos, cuando, según lo más probable, la salvación estaría en subir a lo más alto posible. Si la población, al notar un bombardeo, se refugia en los subterráneos, corre más peligro, pues el gas tiende a bajar por corrientes hacia los resquicios que encuentre a su paso, es decir, a la altura del suelo.

Acerca del manejo de la infantería, de la caballería, y de los cañones, se sacan otras consecuencias muy curiosas de este largo e interesante relato. Todo anda, como dijimos, con una rapidez inusitada. Todo tiene un realismo estupendo, aumentado por reconstrucciones fotográficas muy bien hechas. La hecatombe adquiere, al leer esta publicación, caracteres tan reales, que al finalizar la lectura, un sacudimiento inevitable nos estremece. El valor, la valentía—que no son sino maneras de dominar el miedo y no fantocherías de negar el terror inevitable—tendrían poco que hacer en esta catástrofe sorda, tibia, terrible, tan posible si no se ponen medios heroicos—aquí sí—para evitarla.

Alfonso Allais

□ En Honfleur, su ciudad natal, se ha erigido un busto a este gran tipo, gran vividor, escritor ingeniosísimo y, sobre todo, animador divertido de la vida, que fué el personaje quizá más célebre del París fin de siglo.

Alphonse Allais era el amigo, jovial siempre, de tantos

grandes bohemios, de una bohemia sin escaparate ni posturas, que pululó por el gran Montparnasse de aquellos días. Jocosos, ágiles, livianos, despiertos, con un gran *esprit* siempre alerta, sus anécdotas han llenado una época, muchas de ellas picantes y todas caracterizadas por una prontitud de concepto verdaderamente envidiable.

Maurice Donnay, Lucién Guitry, Courteline, Benjamín, fueron sus compañeros. Entresaquemos—conservando el idioma para el necesario juego—algunas ocurrencias del hoy ensalzado decidor, que tiene esculpida su gloria como hijo preferido de su tierra.

Estando en el servicio militar, se dió una orden para que los hombres casados pudieran salir y pernoctar fuera del cuartel. Allais se dirigió a la oficina y se hizo inscribir como bígamo. «¿Qué pretende usted con ésto?, preguntó el oficial, ¿burlarse? No, mi teniente, sólo obtener permiso para salir de día también».

En el mismo cuartel, le echaban en cara, con burlas, su pronunciación, un poco defectuosa. Decía «carpitaine», «corporal», y «cormandant». Un día, queriendo tomarle el pelo, se acercó al soldado Allais un mayor. «Dime, ¿qué soy yo en el ejército?» Y Allais respondió seriamente: «*Vous êtes un merdecin militaire*»...

Una madrugada de mil ochocientos noventa y tantos, Alphonse Allais, Courteline y Georges Auriol salían de una «brasserie» del faubourg Montmartre. Según la expresión de Charles Monselet:

Les litres avaient mis dans leur regard l'azur  
qui fait que l'on recherche avec instance un mur.

Encontraron los tres este muro en una callejuela desierta y, librándose los tres de lo superfluo de sus bebidas, no pudieron evitar exclamaciones de beatitud:

—Todo lo que pasa es bueno—dijo Courteline.

—La existencia es un río—añadió Auriol.

—*Quant a moi, mes amis*—dijo Alphonse Allais—*si j'étais riche, je pisserais tout le temps!*

Fué, además, un gran escritor. Ameno e ingeniosísimo y con una visión de la humanidad tan certera como rápida. Prefirió la ligereza de la vida cotidiana, su diversión, a encerrarse en producciones cuantiosas. Lo mejor que de él queda son sus anécdotas, que hoy recuerdan una época amable, complicada y un poco idiota. La época que se deslizó desde Sedán a Sarajevo.

#### Querella

□ Se está sometiendo a tela de juicio la autenticidad de un libro que anduvo de mano en mano y cuyos comentarios corrieron de boca en boca. Refocilo de asustadizos, comadreo de parlanchines, sensación de incautos: Los Protocolos de los Sabios de Sión. Según este libro, todo el mundo estaba en manos judáicas. Judíos eran, no sólo los mercachifles que se llevan el dinero del prójimo con dulzuras bien administradas, sino todos los grandes políticos, intelectuales y organizadores del mundo. Esta última parte, que es la que se discute, no cedía sino en crédito de Israel. Los que pensaran lo contrario demostraban su pequeñez y su falta de capacidad ante los judíos poderosos. Poderosos a ratos por artimañas y trapacerías condenables, poderosos a otros ratos por su gran talento. Einstein, Maurois, Milhaud, Stalín, Bergson, Meyerson, Herbert Samuel y otros muchos se mezclaban en los famosos protocolos con los tenderos de abalorios que andan a la caza de un centavo de más. La gente se escandalizaba contra los judíos. Hoy se ha puesto en tela de juicio la veracidad de este opúsculo famoso. Y parece que se van negando muchas de sus aseveraciones. El comentario rápido nos limita a exponer (con su pimienta y sazón, naturalmente), este hecho. Sin ala-

banza incondicional y sin odio partidarista. El judío actual es tan multiforme que apenas se puede establecer una categoría determinada. En Israel caben hoy los nombres más grandes de la época y los nombres de unos cuantos sinvergüenzas que son el motivo del odio. Pero no hay que generalizar. Los descendientes (que se glorían de ello) de un país tan semitizado en su sangre como España, deben andarse con cuidado y hacerse un análisis de sangre antes de adoptar la postura hitlerista de enemiga reconcentrada. El fenómeno judaico separado, apenas se da en España, apenas se dió después de la expulsión, porque los conversos—marranos en romance—se mezclaron rápidamente. El judío universal puede tener todos los aspectos, como cualquier pueblo. El célebre libro de los protocolos ha sido puesto en entredicho.

#### Algunos libros

□ Sigue André Demaison con sus libros sobre *zoología novelesca*. Ahora, con el titulado «D'autres bêtes qu'on appelle sauvages» presenta nuevos cuadros de la vida animal (un antílope, un león, un chacal), que el autor mira, contempla y analiza con un cuidado profundo, cediendo al lector las más interesantes observaciones sobre aquellos, hechas con un interés minucioso y de tal manera presentado, que se cobra un afecto espontáneo a los protagonistas de las escenas y se siente el inmenso amor de la naturaleza observado por un hombre que tiene unas dotes de penetración verdaderamente extraordinarias. (Edición de «Les Ecrivains Français»).

□ Y como muestra de esta amistad del hombre con el mundo que le rodea, ampliada hasta el análisis de las cosas, de los objetos exteriores y sin vida (aunque la adquieran por el mágico poder del artista que las presenta), valga el libro de Jean Bordeaux «Amitié des choses»<sup>1</sup>, (Messein), donde este escritor, muerto a los veintiséis años en 1933, dice de su trasmisión al universo

exterior, de su relación con los ritmos de las cosas, quizá con una delectación y cariño que denunciaban ya la ruptura de una vida prematuramente cortada. Libro que anuncia, en fracaso por la muerte, una calidad de análisis y de cultivo psicológico raros y capaces de frutos más perfectos. Espíritu de dación intelectual en constante fuga de sí mismo para caer en lo que afuera y tornar al interior con las observaciones recogidas en una atención incansable.

□ Llega con alguna tardanza a la lectura una obra que exige un comentario, siquiera rápido. Se trata de una novela que encierra los hechos de la vida entera de un hombre, escrita con una gran capacidad psicológica, buen estilo, animada sucesión de escenas y ambientes y dibujo magnífico de personajes. Una de las novelas más completas, si no la más, de las publicadas últimamente en lengua inglesa. La de Richard Aldington titulada «All men are enemies». (Chatto and Windus). Es un gran libro, en tamaño y en calidad. Sus personajes, excelentemente trazados. El paisaje, vibrando siempre en relación con el tipo central que vive en él, conseguido con una sencillez de líneas descriptivas admirable. Problemas humanos, políticos, sociales, artísticos, familiares, hábilmente enfocados y discutidos con una claridad profunda, pero que no cansa ni deslucen la narración. Obra en que se agotan los resortes de análisis sin pesadez, en la que vibra todo el tiempo, mantenido por la rienda tensa del autor, el avance de los años y de las circunstancias que forjan la vida de un hombre rebelde a lo social, inteligente, enamorado y artista. Y sobre todo, espléndidamente humano. Antes conocíamos a Richard Aldington como un gran poeta. Ahora exige su clasificación entre los mejores novelistas ingleses contemporáneos. Advertencia: La película «En Capri nació un amor», que se dice sacada de esta novela, es muy inferior al libro. Desaparece la mitad del valor al ser transportado al film y no alcanzamos a explicarnos cómo Aldington ha permitido tamaña variación y

semejante atropello. Quizá sería muy difícil, casi imposible, transportar al celuloide las escenas mejores del libro. Ello no obsta para que se considere la disminución de valor que se realiza con una obra de la que podemos decir sin rodeos, que es una de las lecturas más sabrosas que se nos han presentado en los últimos años.

□ «Poésie du hasard», de Alexandre Arnoux, (Grasset). Un conjunto de ensayos sacados de la vida y viajes de este escritor que como Giraudoux, parece tener en su prosa todos los resortes de la más clara poesía. Las escenas son como esquemas líricos de la vida corriente, tan corriente que el héroe de una de ellas, «La vie de Durand», es el francés medio, adocenado y multitudinario, transformado en personaje abstracto y poético por la vara mágica de la observación. Otro de los ensayos, «Au coin de radiateur» es una lamentación del hombre que recuerda el antiguo decorado del hogar, familiar y lleno de prestigios para él, cuando se sienta al lado de la abstracción moderna, simbolizada por el silencioso calorífero que substituyó a la chimenea que distraía y hacía danzar a los pensamientos. Amenidad de gusto preclaro la de este libro, que bien lleva el título de poesía, encerrando una emoción en cada uno de sus párrafos.

#### Rachas de contagio

□ El cinema tiene sus ondas de influencia, no cabe duda. Pero es el público quien las establece. Un espectáculo deja de serlo cuando no permite la aprobación o repudio exteriorizados, cuando los guardias intervienen y expulsan a la más leve tramoya de protesta. Se quejan del cine y de su vulgaridad y repetición los que no son capaces de patear una obra que les disgusta. No hay espectáculo como los toros, en todo el mundo. Allí dice uno lo que quiere, manifiesta sus sentires y lucha hasta la reyerta con tal de dejar bien sentada su opinión particular. El pateo es un síntoma de cultura. El silencio, de borreguismo.

¿A qué viene todo esto?... A que los productores cinematográficos han decidido dar gusto al público. Así nos lo dice en el «Readers Digest» un comentarista imparcial, por cuanto que pertenece a una organización de Hollywood y justifica su postura ante las circunstancias. De las películas proyectadas en los últimos meses, ni *Cavalcade*, ni *Disraeli*, ni *Lincoln*, ni *World Changes*, es decir, lo mejor, ha tenido éxito de demanda. En cambio, todas esas revistas de cabaret y music-hall, hechas con muchachas cloróticas y cantores gangosos, son las que cifran el éxito de ganancia. Imbécil se antoja el gusto general ante tales síntomas. Las revistas engañan al público. Hay que resistir las canturrias nasales de diez o doce gurruminos para ver una escena decorativa menos mala. Seducen con la promesa de presentar mujeres y lo que hacen es hacer desfilar grupos de cloróticas sin pecho, medio desnudas, pero sólo el segundo suficiente para hacerlas pasar en instantánea ante el espectador ingenuo. Combinan trajes y desnudos para lucir los coros y estos se limitan a una promesa de visión, a una ráfaga de pasaje. Los que van para ver mujeres se chasquean. La explotación de estas revistas encierra un coeficiente de tomadura de pelo al espectador, por dos conceptos: Por la engañifa de la exhibición a los que van buscando vistas y por otra engañifa aun mayor, determinada por una especie de imposición de postales de mal gusto. Y eso cuando no hay que resistir gemidos amorosos con música barata.

El público se lo traga todo, pacíficamente. No protesta. No deja de asistir. Se deja aburrir por ese Bing Crosby que gargariza vestido de marinero y no siente el menor deseo de dar un bocinazo.

Ahora la racha de contagio no se contenta con las revistas. Ha dado en las espías. Cuatro espías se han sucedido en las pantallas y solo una, la de la película inglesa, interpretada por Madeleine Carroll, merece la pena de ser considerada. Los productores saben lo que se hacen. Y las quejas seguirán siendo inútiles mientras no se manifieste un público decidido. Claro está que

ésto es difícil, casi absurdo, cuando se ve que aun sigue gustando ese Ramón Novarro con sus canciones de a céntimo. Sería necesaria una manifestación de aplauso al film bueno y una de burla, más o menos discreta, al film usual que nos está atarugando.

Octubre

□ Otro chasco. Nos creíamos en plena dulzura primaveral a pleno sol suave y las heladas rompen la tibieza del ambiente y rompen también las ilusiones de los que cuidaron sus viñas. Ya no se puede hablar de aquellos «pámpanos de octubre» de que hablara el poeta. Ni los chubascos dejan de repetirse poniendo telones de grises reconcentrados, ni el viento calma su pasaje con la noticia del calendario.

Es una burla, una broma. Pero hay que convenir que es una broma de buen gusto, excepto para los vinateros, naturalmente. Broma de buen gusto esta de desandar lo andado, de necesitar poner el calendario de cara a la pared, de resignarse a pasar frío cuando se anunciaba calor y viceversa.

El año, ya vejete, se decide a tener una segunda juventud. Da tumbos de borracho, se ríe a carcajadas, hace travesuras, echa agua por las ventanas, cubre de escarcha los sembrados y hasta da una mecida intempestiva a la ciudad para asustar a la gente.

Viejo verde de *pámpanos de octubre* que hizo arrancar a las viñas, juega y zascandilea. Octubre es la noche de juerga de este barbón ya cansado que marca en su pechera brillante un número largo y desigual: 1934. Quizás unas acedías le hagan volver a su butacona y dejar que su divertida y joven comadre, la primavera, salga por sí sola a campar por sus respetos.—*Joan de Selvas.*

# LOS LIBROS

REFLEXIONES SOBRE LA NOVELA AMERICANA.

Mientras más se ahonda en el estudio de la novelística americana, mayor es la admiración por este continente sometido a tantas injusticias históricas. No hay sino que tomar un libro de cualquier país, una de sus novelas o colecciones de cuentos, para sentir como una bocanada la magnitud de los problemas que agitan a estos países, y las profundas divisiones sociales que los dominan. Antiguamente el escritor, o lo que fuera, bajaba al estado llano, como el señor que se digna detener un momento el carruaje que lo arrastra por las campiñas o por los caminos de las sierras, para echar una lánguida mirada a esa porción humana abandonada, y luego, al regreso, contaba en unas pocas líneas, la triste condición del hombre humillado por los hombres. Se advertía que nada en ese documento respiraba sinceridad. Pero a veces el corazón traicionaba al observador, y de allí esas páginas esporádicas, levemente dolorosas que todas las literaturas de América conservan en su haber tradicional, y que los investigadores de hoy controlan y anotan como los más vivos y bellos testimonios de la condición trágica del hombre de América.

Así como en el estudio de la historia americana se han aprovechado los documentos según que éstos satisficieran a tales o cuales grupos sociales—el miedo y el interés han hecho en la historia más daño que las revoluciones sangrientas; el miedo orgánico, fisiológico, que se funde con el miedo de las pasadas esclavitud

vitudes y pasadas humillaciones, vivas en el subconsciente de la descendencia—así la novela americana de los comienzos, con excepciones rarísimas, aprovechó los datos humanos menos patéticos, menos dramáticos, para tejer novelas románticas y cursis, vacías de contenido y de vigor humanos. El señor feudal de otro tiempo, tenía una manera parecida para considerar al «villano» que penaba bajo sus dominios. También ese encomendero español o criollo acaudalado de la colonia, que era como una supervivencia del señor del castillo. También, más tarde, realizada la emancipación, ese cacique o terrateniente que invadió todas las tierras de esta América, y que erigió o destruyó gobiernos en cuanto éstos servían o molestaban sus ambiciones.

En el panorama literario, esquemático, del cuento y la novela chilenos, publicado por el que esto escribe, el año 1929, en «La Nación», de Buenos Aires, se anotaba la característica más importante de Federico Gana, el precursor del cuento campesino en Chile, de la siguiente manera: «Llevó vida de gran señor, viajó por Europa, y sólo de tarde en tarde daba a la publicidad esos *días de campo*, en los que los tipos parecen los mayordomos o los peones de su fundo. Leyéndolos se evoca al hombre que toma la escopeta, monta en el caballo que le tienen preparado y, llamando a su perro, se va de caza. Cruza los caminos bordeados de álamos, se interna en los potreros alfalfados o en los rastrojos de las viñas, y de pronto tropieza con los tipos humildes que van a animar las páginas de sus bellos relatos. A veces sonrío, a veces se conduele. Está siempre montado en el caballo y el peón o la mujer del inquilino hablan levantando, en ocasiones el rostro, hacia el amo compasivo...»

No es otro el tono de la literatura americana, hasta hace pocos años. Bruscamente la realidad toma otro giro, y la literatura misma enfila por lo más áspero de las sierras y de las quebradas. Que es como decir, por el dominio de la soledad poblada de terrores humanos. La literatura entera de América, sin excepciones casi, echa a andar por estos duros caminos. En ellos está

el material virgen para erigir una verdadera concepción del arte americano. Pero es preciso que no se tome esto al pie de la letra. Camino duro lo tienen tanto las sierras como las ciudades. En ambas vive, con su mismo perfil, el hombre de la tragedia americana. América no ha sido más que un campo vasto de persecuciones. Tómese cualquier período de su historia y se llegará a la misma desoladora conclusión. Persecución del indio en el alba, implacablemente, con extorsiones salvajes. Persecución en la emancipación, de los que atentaban contra el dogma de la majestad real, vale decir, contra los señores feudales y contra los instrumentos americanos del feudalismo. Más tarde, persecución de la idea democrática, o sea, la llamada idea liberal entonces. La literatura y la historia se impregnaron de este fenómeno. Fueron incondicionales. Salvo, claro está, las escasísimas excepciones que para bien de los hombres de hoy ha conservado el archivo.

Las grandes novelas del último tiempo, las magníficas colecciones de cuentos del último tiempo, especialmente mexicanos, colombianos, brasileños y ecuatorianos, abordan esta dolorosa realidad, en páginas de grávida entonación humana. No como resorte social o político. No como expresión de una postura socializante, sino como documento auténtico del dolor americano. Tal el *Yunga*, del joven escritor ecuatoriano Gilbert. En ningún momento se ve la intención social o política. En ningún instante el escritor que predica. Dejo constancia especialmente de esto, porque hay la tendencia pueril a creer que todo lo patético o todo lo dramático en el pueblo, al ser trasladado a la literatura, se convierte en postura política. Cómo si la realidad brutal del explotado en las sierras ecuatorianas, o en las sierras del Perú, o en las caucherías del Amazonas, o en los llanos de Venezuela, tuviera necesidad de ser convertida en política para fijar su trágico perfil.

Es digno de ser tenido en cuenta este fenómeno al intentar un estudio del panorama integral de la novelística americana.

Sin ahondar en este problema todo estudio será vano, deshuesado, e infantil. Las novelas de refinamiento, o con vistas a una psicología importada, de agua de colonia, han pasado casi todas inadvertidas. No han convencido ni a los mismos criollos que se ponen smoking y olvidan de quitarse los zapatos con taco alto.—*D. Melfi.*



## LUIS DURAND Y SU NOVELA PIEDRA QUE RUEDA

Hemos seguido con cariño la evolución literaria de Durand y debemos confesar que se ha superado constantemente. Este hombre de andar lento, de conversación tímida y confidencial, a quien sobrevivir parece costar ya un esfuerzo, no se creería dotado a primera vista del excedente de energías necesario para observar a la naturaleza y a los hombres, para descifrar los misterios recónditos de la psicología, para discernir en los actos de un personaje la parte que corresponde al instinto racial, a la costumbre colectiva, al temperamento individual. Las relaciones entre la conducta de un hombre y el medio natural y social, la transformación de un carácter a través de los episodios de una vida, la influencia de un carácter en los acontecimientos, parecen, para un observador superficial, cosas que exceden las preocupaciones de Luis Durand.

Sin embargo, este hombre sencillo y bondadoso se ha ido apropiando de todo con la mayor naturalidad. Cuando aparecieron sus primeros relatos de la vida rural, hubo quienes lo consideraron relegado al ambiente campesino, a sus poéticas descripciones del paisaje, a los pequeños dramas de la gentes humildes que viven adheridas al suelo, con sus trabajos rudos, sus pasiones silenciosas y tenaces que suelen aflorar en súbitas tragedias, sus extrañas supersticiones que tan pronto horrorizan su pensamiento como un nido de escorpiones o lo arrullan como un bordonear de

abejas, y que forman en conjunto su religión y su metafísica, su noción de lo desconocido. Pero Durand, siguiendo un ritmo natural, después de haber luchado en el campo ha pasado a la ciudad y ha entrado en ella como Pedro por su casa. Todo se ha entregado espontáneamente a este hombre sin pretensiones. Y tal vez su secreto consiste precisamente en la bondad de su alma, en la pureza de sus intenciones. Nada se interpone entre él y la vida, ni orgullos que deformen sus relaciones con el ambiente, ni tecnicismos o fórmulas literarias que marchiten la frescura de sus impresiones. Abraza a la vida como a una mujer desnuda, sin acordarse de cómo amaron otros para dar normas a su sensibilidad.

Durand sobresale en la evocación de tipos, escenas y paisajes vividos. Cuando extrae un trozo de vida de su experiencia propia, de su pasado innumerable, el milagro se cumple siempre: la página late henchida de emoción, las palabras respiran, los paisajes se acercan y en ellos circulan el agua y el aire, los personajes hablan y se mueven: principia a nuestros ojos la ronda fantástica de la vida. Hay en esta creación o recreación de la vida por medio de las facultades del artista algo que nos halaga profundamente. Tal vez en ello logra el hombre su más alta finalidad, evadiéndose de la realidad cotidiana y viviendo en el mundo maravilloso del pensamiento.

Piedra que Rueda (1) es la historia triste de una muchacha a quien la vida niega sus alegrías. Hija del amor, una sociedad mezquina de provincia la humilla. Separada de su madre, único ser que habría podido darle ternura, su adolescencia discurre al lado de la familia de su padre natural, donde una esposa y unas hijas orgullosas de su parentesco legítimo la maltratan y postergan. En aquel ambiente falso y egoísta, la pobre joven encuentra un consuelo engañoso para su orfandad afectiva en el amor de un oficial. En las noches, el oído de la joven se afina para escuchar

---

(1) Editorial Ercilla, 1934.

los pasos del amante que aguarda, y entonces su sensibilidad, aguzada por el amor, percibe en el mundo armonías que ignoraba.

Muchos escritores nos había referido el viento. Nos habían contado el viento heroico que choca en las montañas, aulla en los cajones y se atropella en los desfiladeros. Nos habían pintado el viento marino que empuja las olas, las naves y las nubes, y lleva a la tierra las turbulencias del océano. Los poetas nos habían descrito el viento que renueva las selvas y esculpe la faz del mundo con su esfuerzo invisible. Pero Durand nos trae un viento que no había soplado aún en nuestras letras. Le pertenece exclusivamente este venticello travieso, bonachón y melancólico que revuelve los aromas en el jardín y los cabellos de los ancianos que duermen; este airecillo intruso que se cuele por las rendijas y viola los secretos de los dormitorios y asusta a las ratas que medran en las despensas. Es suyo este viento municipal que sale en las noches a barrer los papeles olvidados en las aceras, y arrebatata, burlón, el sombrero a los transeúntes rezagados, este viento nocturno que infla la carpa del circo, el traje suelto del payaso, que levanta los faldones grotescos de la levita del tonny, que se detiene un momento en suspenso al ver a la hermosa acróbata que se lanza desde el alto trapecio a la red, como un pez dorado, y se va luego llevándose el comentario musical de los platillos estridentes. Este viento hogareño y pueblerino que recoge los ayes de los enfermos y las quejas del placer oculto en las alcobas, que golpea melancólico los postigos de las casas abandonadas, y se va luego al campo llevándose los rumores, los aromas, las alegrías y tristezas urbanas; este personaje grotesco, inquieto y múltiple, que a fuerza de estar en todas partes no es visto en ninguna, es un descubrimiento de Durand y debemos saludar su advenimiento con todos los honores que corresponden a su cotidiana majestad.

Si en Piedra que Rueda no hubiera más que esta rapsodia, esta sinfonía del viento humilde de todos los días y todas las noches, habría bastante, pero hay mucho más. Hay la tragedia

de una vida sacrificada a egoísmos y prejuicios familiares y sociales que la destruyen lentamente.

Luis Durand pinta la vida tal como es, con su ruda fuerza y su sencillez desnuda. Esta naturalidad, equilibrio y mesura de Durand, que da a sus obras el aspecto agradable de propósitos bien logrados, pueden ser un peligro para su futuro. Su buen gusto y su prudencia, que le permiten agrandar fácilmente en una actitud discreta, pueden adormecer el instinto de superación que debe guiar al artista.

En el paisaje ha logrado Durand elevarse hasta la poesía. Sus panoramas no son masas inertes sino conjuntos de energías en acción. Ya lo vemos inquietarse por la conducta de sus personajes, y la parte dramática de sus obras se hará más intensa a medida que ahonde en la complejidad de los caracteres y los matices de las almas, que logre captar los rasgos de psicología colectiva y percibir la evolución general que preside los trabajos y los afanes de los hombres. Durand está llamado sin duda a escribir hermosas novelas cuando se levante sobre los detalles y observe desde lejos el conglomerado social, en que cada individuo trata de obtener el logro de sus apetitos y pasiones en pugna con los demás, cuando distinga en la sociedad, como en un vasto océano, las corrientes y mareas que rigen sus movimientos generales.—*David Perry B.*



LA VIDA DE SAVONAROLA, por *Ralpf Roeder*. Empresa Letras, Santiago, 1934.

Fué para sus padres una sorpresa demasiado dolorosa la resolución de Jerónimo Savonarola, no obstante ser estos muy piadosos, de ingresar al Monasterio de Santo Domingo de Bolognia, a la temprana edad de veintidós años. Pero Jerónimo tenía razones precisas y diáfanas, las que expuso a su padre en

una carta de despedida en la que le manifestaba que la «gran miseria del mundo, la iniquidad de los hombres» lo obligaban a tomar la determinación que le comunicaba. Para explicarle en forma más amplia y exacta los motivos de su decisión le adjuntaba un tratado compuesto por él, titulado «*El Desprecio del Mundo*».

Nicolás Savonarola, padre de Jerónimo, burgués muy acomodado de la ciudad de Ferrara, no pudo comprender nunca los motivos de su hijo para abandonar la vida seglar, ya que esta no había sido jamás desagradable a Jerónimo que siempre había vivido rodeado de consideraciones y comodidades; menos podía comprender su desprecio y horror por el mundo que le detallaba en el tratado. Nicolás Savonarola hubiera preferido que su hijo—y en este sentido había cifrado todas sus esperanzas en Jerónimo—continuase la tradición de su familia la que se había hecho célebre por su abuelo Miguel Savonarola, cuya reputación como médico y sabio le había servido para alcanzar una cátedra en la Universidad de Ferrara y el título significativo de médico particular de Nicolás d'Este. Los hijos del príncipe le otorgaron un título de nobleza, confiándole también la educación del heredero del ducado. Además, Jerónimo demostraba una inteligencia poderosa y una gran capacidad de estudio, condiciones que hacían fácil esperar de este una posición brillante dentro de la sociedad civil de su tiempo. Su abuelo mismo, Miguel Savonarola, al darse cuenta que su hijo Nicolás, padre de Jerónimo, no pudo continuar esa tradición debido a una «desventaja natural» había confiado en su tercer nieto las esperanzas en este sentido. Pero Jerónimo Savonarola, defraudólos en sus aspiraciones; no dejó, sin embargo de ser célebre e ilustre como monje, llenando su nombre uno de los períodos más interesantes no tan sólo de la República de Florencia, sino de toda la península itálica.

El 25 de abril de 1475 entraba Savonarola al convento de Santo Domingo, en Bolonia. En un principio, la estaba en el

monasterio no le fué, precisamente, fácil, pues «comprendió que la vida era poderosa aun en él», como dice Roeder. Además, dudaba todavía de sí mismo y no quiso pronunciar los votos mayores, sino solamente los votos de hermano converso. Sin embargo, los dominicos aquilataron prontamente las cualidades inapreciables del hermano Jerónimo y lo obligaron al ministerio. Su año de noviciado fué difícil. Las «tentaciones de la carne», su apetito sexual, pudo dominarlo sólo después de largos sacrificios. Ahora, las lamentaciones de sus padres que en cartas continuadas reavivaban en él sus dudas y le hacían presente sus aficiones, contribuían poderosamente a acrecentar sus inquietudes. Se vió obligado a mortificarse y a disciplinarse, ejerciendo los oficios más modestos dentro del convento, durmiendo apenas cuatro horas por noche. Su vida siguió en tal forma que empezó a adquirir una aureola de santidad que causó no escasos temores entre sus superiores. «Corría el riesgo de desconocer el fin de la vida monástica», como apunta Roeder.

Poco a poco fué dándose cuenta Savonarola que para ser un buen dominico debía primeramente honrar a Dios, después a su orden por su elocuencia y su saber. Pensó entonces que acaso se habría equivocado en su elección, ya que a medida que avanzaba en la jerarquía de la orden iba comprendiendo con mayor precisión que su deber era acrecentar los bienes del convento, la influencia y el prestigio del mismo y él había entrado a la religión por la salvación de su alma y no para realizar una vida intelectual. No obstante continuó su existencia con una extraordinaria austeridad, con un ascetismo verdaderamente heroico, trasponiendo su prestigio de santo las murallas del monasterio y convirtiéndose en una de «las curiosidades del convento». Savonarola quería ser un individuo perfecto. «Su confesor, dice Roeder, no descubría en él la menor mancha, ni siquiera una falta venial. Era perfecto y en esa satisfacción concedida a la vanidad humana, encontraba la paz».

Para Savonarola este período que duró seis años—como lo

recordaba después—fué uno de los períodos más felices de su vida. Nunca en otros posteriores tuvo más tranquilidad, más paz. Pero, dentro de él estaba en estado de germinación, que luego saldría a la superficie, la personalidad del verdadero personaje definitivo que resultaría Savonarola: el predicador, en el cual alcanzó tantos triunfos resonantes como también no pocas desilusiones, al principio de su carrera de orador, por insuficiencia técnica, si así pudiéramos decir.

Después de muchos y continuados intentos que siempre devenían en rotundos fracasos como predicador—llegando muchas veces a dar por terminadas definitivamente todas sus tentativas en este sentido—logró Savonarola llamar la atención en 1482 en una sesión del Capítulo dominico en la Regia Emilia, a la cual asistió como delegado de San Marcos, hablando con gran energía de la corrupción de la iglesia que en esos tiempos llegaba a límites verdaderamente inauditos. Este «cónclave tenía algo de sala de clase y del púlpito» y en él se encontraba el célebre conde Pico de la Mirandola que, aunque todavía no tenía veinte años (había nacido en 1463) ya era considerado como una gran autoridad debido a lo precoz de su ingenio y a la cantidad admirable de conocimientos que atesoraba a tan escasa edad. De ahí que, una alabanza de Pico de la Mirandola era sumamente significativa y en esta ocasión fué el fraile dominico el que la recibió, pues el Conde fué fuertemente impresionado por Savonarola, reconociéndole una cualidad que él no poseía y que, en verdad, envidiaba: la convicción. «El contacto de una personalidad tan notable como Savonarola, fué un estimulante en su vida y le proporcionó un designio fútil, pero ardiente: reconciliar la religión de Cristo, que reverenciaba, con la filosofía pagana, en la cual se complacía. Esto fué el extraño subproducto de la inspiración de Savonarola» en el sabio Conde, en el cual influyó la personalidad extraordinaria del implacable moralista florentino, como después debía influir en artistas tan destacados como Miguel Angel Buonarotti y Sandro Boticelli.

Pensó Savonarola que por fin su mérito iba a ser reconocido; pero tuvo que esperar siete años todavía para que este reconocimiento fuera una realidad y en no escasa parte se debió a Pico de la Mirandola cuya influencia en la sociedad italiana de su tiempo era considerable y sin duda alguna también, como manifiesta Roeder a «que sólo entonces el monje estaba verdaderamente preparado».

Debido a Pico de la Mirandola que intercedió ante Lorenzo de Médicis, el fraile dominico fué llamado a Florencia, a San Marcos, en 1849. Desde esta fecha data, precisamente su carrera. El primero de Agosto de ese año, ante un público desbordante que llenaba por completo el templo lanzó su primera predicación célebre en la que fustigó ardientemente las corrupciones de la iglesia, anunciando que sería castigada y regenerada en un futuro no lejano. «Predicaba, dice *Roeder*, como alguien que defiende su vida; hería, exhortaba, emocionaba, amenazaba; las palabras brotaban en una ola rapsódica; se inclinaba sobre el púlpito, como para coger esa masa densa, hostil, a sus pies, e insuflarle su llama, hipnotizarla con su emoción y obligarla a sentir con él. Como un réprobo, gesticulando, exclamando, bregando por alcanzar la humanidad, se debatía por provocar una comunión y una reacción y sólo después de haber obtenido este resultado, cuando sintió por fin esa masa enemiga ceder a su voluntad de conmoverse, fué cuando se detuvo para tomar aliento, largo aliento de alivio victorioso».

Savonarola había triunfado ampliamente y la era de los fracasos en el púlpito ya estaba demasiado distante y muy pronto San Marcos se le hizo pequeño: tuvo que predicar en la catedral de Florencia, frecuentemente frente a diez mil personas. Su popularidad y prestigio eran tanto entre los florentinos que antes del alba esperaban a que se abrieran las puertas del templo para ir a escuchar la palabra encendida y dramática del monje ya que, desde su prédica inicial había causado sensación, por su valentía, por su sinceridad, por la emoción electrificante

que comunicaba a sus frases; por sus alucinantes profecías y por su manera antidoctoral que usaba en sus sermones, llegando con facilidad al corazón sencillo de las multitudes. A veces, sin embargo, intentaba introducir en sus prédicas, abstracciones, alegorías escolásticas complicadas, pero el público las recibía con desagrado, sometiéndose por último Savonarola a las exigencias de este, «su auditorio, dice Roeder, le dictaba sus métodos y con el instinto del orador obedecía; pero, queriendo dominar este auditorio, se convertía en su esclavo y este hecho tuvo una importancia extrema en su carrera».

Para satisfacer las exigencias de sus oyentes llegó a dramatizarse tanto que sus adeptos recibieron el nombre de «llorones». Pero Savonarola no se inmutaba, porque cuando auténticamente sentíase vivir era cuando predicaba a la multitud, sabiendo que esta se emocionaba junto a él, y sabiendo también que él se desahogaba frente a ella. Era una especie de comunión que inmunizaba a ambos de las burlas de los enemigos.

Con certeza apunta Roeder que «la fuente de la elocuencia de Savonarola era la indignación, agregando «que sería casi una verdad decir que esta llegó a ser una forma de efecto, pues, un elemento de histrionismo es, incontestablemente, esencial a un guía popular, sobre todo a un guía religioso». Según Roeder, este elemento no era premeditado en Savonarola y no obedecía a los móviles del orador, «al atormentar las almas de sus contemporáneos, y sin embargo, ello saltaba a la vista». La verdad era que el Frate sentía un impulso indomitable, una fuerza ingénita que él llamaba el Espíritu de Dios que le hacía imposible evadirse de la predicación, pues se sabía predestinado a ella, ya que esta era su forma de fustigar las corrupciones de la época, llegando a ser tan temerario y audaz que no temía las consecuencias que, como era lógico, lo arrastraron al fatal término que tuvo.

Pero ya nada podría detener al Frate moralista, al charlatán como también lo llamaban sus enemigos. Para probar que no lo era intentó pragmatizar sus triunfos en el púlpito, en los

hechos. El moralista se hizo político. Sus ataques a Lorenzo de Médicis, a la aristocracia florentina, fueron de una energía indomable. La mayoría del pueblo estaba con Savonarola. Reprochaba a los ricos sus vidas licenciosas, sus inmoralidades, su maltrato a la gente del pueblo. Inevitablemente empezaron a suscitarse las dificultades. Los más cuerdos aconsejaban al Frate contención, mesura, en sus ataques políticos, pero él ya no escuchaba sino la Voz de Dios que lo urgía a continuar su campaña implacable. Fué insolente ante Lorenzo de Médicis, o más bien, supo siempre mantenerse digno, incorruptible, como después frente al Papa Alejandro VI, el papa de maravillosa vitalidad sexual.

La sucesión ininterrumpida de sus grandes triunfos lo hizo comprometerse demasiado, triunfos tanto de carácter oratorio como políticos, aunque estos eran natural consecuencias de aquellos. Quiso reformar la República de Florencia, hacer reformas monásticas, reformas morales. Cuando el Papa lo excomulgó —a pesar que desde un principio fué muy benévolo con Savonarola— intentó llamar a un Concilio General de la Iglesia Católica. Fué rebelde hasta el último; hasta el último atacó con violencia y pasión las corrupciones de su tiempo, las de la Iglesia Romana, las del Papa Alejandro VI y las de su familia, cuyos escándalos cotidianos eran ya una costumbre. Pero, como dice Roeder, «nada más peligroso que la virtud inmoderada», porque fué esta misma virtud inmoderada la que lo arrastró al suplicio, llevándolo finalmente a la horca, después de un proceso infamante, instituído para justificar el asesinato de Savonarola, como expresa Roeder. Pero «marchó hacia la muerte con una tranquilidad que sorprendió a la multitud. Los preparativos eran imponentes. En el centro de la Piazza, se levantaba un patíbulo en cuya base se había apilado el combustible. La horca se encontraba unida al Palacio por una pasarela, bajo la cual se instalaron los niños para molestar al condenado con bastones cuando pasara. Ni una vez tembló mientras se desarrollaba el largo rito

preliminar; y no habló sino dos o tres veces. En la ceremonia de la degradación eclesiástica, el prelado que oficiaba tropezó sobre su texto y concluyó con estas palabras: Os separo de la Iglesia militante y triunfante; Savonarola lo corrigió: De la Iglesia militante, no de la triunfante; eso no está en vuestro poder». «Cuando el nudo se deslizaba en torno de su cuello, una voz gritó: Es la ocasión, Profeta, de hacer un milagro. Oyó esas palabras y no oyó más. Fué alzado hasta la horca y, en seguida, en el aire, un harapo convulso... En el cuerpo en agonía, las últimas sensaciones—la tensión del cuello roto, la hinchazón reptiliana de la lengua, el furioso batir del corazón—cesaron; el prisionero se había librado de la vida».

Así terminó su existencia afebrada y apasionante Jerónimo Savonarola, el moralista, el virtuoso inmoderado, el que supo tirarles la verdad cara a cara a los poderosos de su tiempo.

Antes de terminar debemos decir que conocíamos varias obras sobre el fraile dominico, de P. Vilari, de A. Galleti y otros. Ninguna más acertada, más penetrante en el análisis psicológico, en la restauración de la atmósfera en que vivió el personaje que la de Raplf Roeder, cuya biografía novelada es una de las mejores que hemos leído últimamente.—A. T.



LAS DOS FUNDACIONES DE BUENOS AIRES, por *Enrique Larreta*.

El autor de la célebre obra «La Gloria de don Ramiro», no ha sido escritor fecundo. Puede decirse que toda su labor literaria se compone de tres o cuatro volúmenes: dos novelas y algunos cuentos, unos pocos discursos y esta obra de breves pero hondas páginas que se llama «Las dos Fundaciones de Buenos Aires» (1), y en la que el estilo y el contenido parecen aprisio-

(1) Librería Anaconda. Buenos Aires.

nados en un pomo de rica fulgencia. Enrique Larreta, hombre de tradición, Ministro un tiempo de su patria en París, compuso una de las obras más admirables de la novelística hispana. La Gloria de don Ramiro, pudo ser la mejor obra de reconstrucción histórica española, y por un azar del destino, fué escrita por un sudamericano. Creo que por la vez primera, España sintió en carne propia el amargo escozor de esta revancha literaria, en que América, la tierra conquistada, se volvía tierra de conquistadores. Remy de Gourmont, de los más altos críticos franceses, tradujo al idioma de Molière, la plasticidad y el recamado profundo de ese estilo en que Rodríguez Larreta plasmó las andanzas del infante don Ramiro, y grabó en agua fuerte la visión de Avila de los Caballeros, la ciudad de Santa Teresa. El elogio de Gourmont no era interesado, porque de sobra se sabe qué prodigio de independencia crítica había en el espíritu de ese monje laico, disociador único de ideas y autoridad indiscutida en Francia.

Ha pasado el tiempo. Después de la Gloria de don Ramiro, *Zogoybi*, novela de la pampa, inferior a la primera, publicada a corta distancia de don Segundo Sombra, la bella expresión estilizada del gaucho. No porque una parezca complemento de la otra, no porque una se haya reflejado en otra. Nada tiene eso que ver con la potencialidad de ambas novelas. *Zogoybi* tenía que luchar contra La Gloria de don Ramiro, y le faltó peso para competir con esa novela magnífica, hija del mismo padre. La Gloria se había llevado toda la gloria y *Zogoybi* aparecía desmedrada. Y es, sin embargo, novela de firme pasta, drama y pasión de la pampa.

«Las dos fundaciones de Buenos Aires», entra en el dominio tan grato a Larreta. Es evocación y es reconstrucción. Es el estilo limpio, sobrio, con sabor a cosa arcaica. Es tan breve como un poema, pero lleno todo con el hondo misterio que fué la obra heroica de los conquistadores en la ribera del gran río como mar. Es la primera sensación artística que la literatura argentina con-

cibe de la fundación de Buenos Aires. Los primeros cuadros vivos, evocados por la magia de un estilista que es a la vez un animador de la historia. No hay en este libro de ochenta páginas—maravilla de síntesis—ni ramazón ni yerbazal copiosos, ni vana retórica. Los cuadros pasan con la ligereza profunda que es el secreto de las páginas maestras. Relatan la tragedia de los fundadores, sus excursiones por el río arriba en demanda de las ciudades aureas que se dice decoraban las riberas del Paraná Guazu. Nunca ciudad alguna de América fué fundada en medio de un territorio más hostil. «Aquí la tierra—dice Larreta—defendióse con fiereza única. Los naturales no se dejaron intimidar como en otras partes, por la novedad del caballo (vocación misteriosa); ni por el trueno de la pólvora». «Esta comarca, prosigue Larreta, que había de ser un día dehesa del mundo, acabó por arrojar de sí a los primeros conquistadores con el flagelo del hambre». Este drama espantoso no fué conocido en México ni Perú. La tierra plana estaba cercada por los indios, y hasta larga distancia la alimentación era difícil e imposible. Los soldados famélicos, según el relato del alemán Schmidel, cortaban los muslos de los ajusticiados para comerlos.

Destruída la armada del adelantado don Pedro de Mendoza, el primer fundador, incendiada y borradas de sobre la tierra las viviendas de los conquistadores, Buenos Aires vuelve a surgir más tarde, y esta vez, para siempre, por la nueva fundación de Juan de Garay, que al cabo de cuarenta años, baja de Asunción y planta en la ribera, cerca del Riachuelo, a respetable distancia, para evitar las depredaciones de los piratas, los cimientos de la ciudad definitiva. «Las dos fundaciones—escribe Larreta—tan diferente una de otra, habían de dejarle para siempre a la ciudad doble sello. Su historia sería en adelante conflicto o concierto de esas dos cualidades. Desenfado andaluz, cordura vizcaína».

Bello libro en la evocación de las figuras de los conquistadores, en la decoración del paisaje trazado con sensibilidad honda, y en la sobria elegancia de un estilo magnífico. El autor

de La Gloria de don Ramiro no podía dejar de pintar esta dura tragedia de la conquista en uno de sus episodios más interesantes.—*D. Melfi.*

## LOS DERECHOS DE AUTOR Y EL PORVENIR DEL LIBRO CHILENO (1)

Toda nueva idea que traiga luces, o al menos las intente traer, a la cuestión editorial y a los derechos de propiedad intelectual en Chile, debemos juzgarla de una utilidad indudable. Es un problema más arduo de lo que a primera vista se antoja y no tiene una solución tan hacedera como para dejarlo de mano y no preocuparse de él.

Dos encontrados elementos andan trompicándose y ambos son considerables. De un lado, la propiedad intelectual. El respeto que merece, sobre todo cuando se ha protestado por los autores, individual o colectivamente, en contra de su inconsideración. Las circunstancias son sumamente desfavorables en Chile para que se considere la Propiedad Intelectual del mismo modo que se puede mirar en otros países. Lo desarreglado del cambio y la falta de leyes aplicables al caso, favorecen el descrédito de dicha propiedad y el cultivo de la producción literaria y libresca sin andarse en consideraciones con aquella. De otro lado, la llamada necesidad de lectura (muy relativa, si se considera profundamente el influjo de la lectura en el nivel cultural de un pueblo) y la baratura de los precios en las ediciones nacionales con relación a las extranjeras. Desde ahora, poniendo un punto esencial en el comentario, creo que la primera parte pesa más en la balanza. La propiedad intelectual es básica y muy superior a todo lo demás. Sobre todo si se considera el aspecto

---

(1) Tomas Lago. Los derechos de autor y el porvenir del Libro chileno.—Prensas de la Universidad de Chile.—1934. (32 páginas, en 4.º).

«negocio» en el desarrollo de la actual situación de absoluta libertad para editar.

Pero... no basta para resolver una situación afirmar así, a redondas, un principio jurídico incontrovertible. Si en un asesinato hay un abogado defensor que puede tergiversar, retorcer y esgrimir argumentos legales, para conseguir la disminución de una pena, ¿qué argumentos no podrán existir para justificar la libertad editorial del momento presente?... Lo gracioso de todo esto, lo más gracioso, son esos manifiestos que firman escritores nacionales, protestando de la edición desautorizada de libros extranjeros y entre los que firman, un cincuenta por ciento se dedica a traducir lo que le viene en ganas y a reproducir lo que se les pasa por la cabeza.

Tomás Lago da en su libro acertadas sugerencias y si no halla la solución apetecida, que es difícil encontrarla de lleno, insinúa posibilidades y muestra caminos utilizables para llegar a una concordia y a una legalidad. Hay que afirmar, liminarmente, que no todos los derechos están de parte de los de afuera. Que no hacen ningún esfuerzo manifiesto, ellos, los de afuera, los editores, para llegar a un acuerdo con los editores de aquí. Que los libreros agobiados por trabas disfrazadas, que no son precisamente impuestos; trabas que ellos pueden exagerar a gusto, también, son los que pagan el pato. Que las editoriales nacionales hacen, a ratos, una labor de indudable necesidad. Que hay libros que interesan sobremanera y que, en la edición extranjera cuestan el cuádruple de lo que valen en impresión nacional, circunstancia muy sugestiva y atrayente para el que no se preocupa de la limpieza de la edición y sobre todo, para el que no tiene dinero para comprar el libro originario. Todo esto es muy digno de tenerse en cuenta, sí. Pero hay una razón a la que no se puede oponer nada: la respetabilidad de la propiedad intelectual. Un autor podrá tener mucho interés en ser leído en Chile, (sea él alemán español o norteamericano) pero trabaja para ganar y por poco que gane, por exiguo que sea lo que le pueda proporcionar el

cambio, siempre sería bueno para él que lo que pasa totalmente después de la venta al editor, fuera en parte a su ganancia, a la ganancia del escritor publicado sin permiso o sin consideración. Se dirá: ¿Qué le importan a Marañón o a Waldo Frank sesenta pesos chilenos?... Es una tontería. Les importan, y sobre todo, les importa el hecho de que gane otro con el trabajo de ellos. Es una cuestión que no obedece al derecho de propiedad (discutible para muchos) sino al derecho de remuneración del trabajo, indiscutible para todos, excepto para unos pocos.

Tomás Lago indica como solución posible la unión de los editores, el conglomerado de todos los nacionales e incluso de los de otros pueblos sudamericanos para llegar a un acuerdo con los autores extranjeros. Del acuerdo con los autores, llegaría necesariamente el acuerdo con los editores extranjeros y la situación llevaría mejores caminos de arreglo.

Respecto al libro español en América, hay mucho que decir. Más de lo que dice Tomás Lago en su folleto, bien trazado y excelente, a pesar de algunos puntos que nos parecen discutibles. Se requeriría una mayor atención inmediata de los editores españoles, una mayor preocupación y que no mirasen el asunto como si tratara de países conquistados. Que ellos tienen razón, los de allá, en cuanto a protestar contra la reproducción exacta de sus ediciones, no cabe duda. Pero de que se trate de llegar a un acuerdo, vistas las circunstancias actuales y que no se cierrren absolutamente en sus posiciones, es harina de otro costal. Claro está que los editores españoles tienen motivos suficientes para estar cabreados. Ahora mismo se ha disminuído la reproducción chilena de obras españolas o traducciones tomadas de las hechas en España. Pero hubo una época en que el pillaje llegó a lo inverosímil.

El problema, difícil. La solución, remota. La equidad, mal parada. No se puede sentar jurisprudencia de repente y decidir sobre la situación y su arreglo. Recientemente—valga como un ejemplo más de lo que está aconteciendo—los empresarios de

una editorial y organización de semanarios, han protestado oficialmente contra la importación desaforada de revistas argentinas en desmedro de la venta de las nacionales. La solución que se ha vislumbrado es cómica. Imponer a todas las revistas extranjeras un sobrecargo. Bueno está que se imponga a las revistas argentinas del género «Para tí», «Maribel» y otras, equivalentes en calidad a las que edita la empresa de marras. Pero mucha gente no va a substituir «Zig-Zag» por la «Nouvelle Revue Française», ni «Sucesos» por «Vu», ni «Margarita» por «Cruz y Raya». El impuesto a las extranjeras buenas no se compensará con las mejoras nacionales, mientras estas mejoras se cifren en una publicidad mayor, de relativo valor documental y literario. Y a propósito: Suponemos que al menos, podrán entrar un par de números de esas revistas a las que se va a gravar, porque las nacionales necesitan de su auxilio. Punto a punto, página a página, se puede citar lo reproducido de esas otras. O vida propia, fuerte y valiosa o dejar vivir a los demás. Esta es la última manifestación del asunto de la propiedad intelectual. Las cosas se rodean de silencio. Y la cuestión que estudia Tomás Lago en su folleto sigue en pie, insoluble, arraigada. El intento de este autor, de aportar soluciones, es digno del mayor encomio.—  
*José María Souviron.*



ÁLAMOS NUEVOS, por *Carlos Préndez Saldías*. Editorial Nascimento.

Carlos Préndez, poeta, es un claro camino de perfección. No sé aquí de otros que hayan ido decantando más notoriamente—libro a libro—la turbia linfa inicial. Así ha venido y así ha llegado desde los truculentos Misales Rojos de su ayer hasta la alada gracia latina de sus «Alamos Nuevos».

Aquí están ellos—transparentes e ingenuos—tocados por

el oro de la tarde o recogidos como estambres en la rosa de cristal de las madrugadas.

¿Qué en la poesía nuestra no alienta el alma de la tierra?  
Oíd:

«Luz tranquila de tarde.  
El paisaje es silencioso,  
y cantan sin sentido  
los dos álamos nuevos».

Con los elementos más simples, un poeta infunde el alborozo de dos almas de niño a unos álamos nuevos. Y para que la humanización afinque, hay luz tranquila de tarde y el paisaje es silencio. En cuatro voces, la loca alegría de lo que nace y la tristeza pensativa de lo que muere.

Es un ejemplo que ahorra divagaciones, porque muestra el don de esa síntesis fluyente que es la poesía.

¿Otro ejemplo?

«Ya pasó el puente de cimbra  
la niña de la mañana».

¿Véis? Sencillez armoniosa, donaire, luz, frescor, paisaje.

Deliberadamente he dicho «el alma de la tierra», aquilando este libro. Porque del espíritu de la tierra y del color de nuestra tierra, los versos de Préndez Saldías son auténtica credencial.

Su último libro canta un maravilloso rincón de la montaña andina. Pinta y siente el paisaje sin dejarse en ningún momento deslumbrar por él. Sus ojos se tiñen con todos los colores que la luz refleja en las oquedades y en las peñas, en los ribazos y en la nieve, en los árboles y en los pájaros. Y a la hora del milagro, ella, la ensoñadora, asoma también en la atmósfera del poeta. Y en el aire y en las flores de la montaña quedan entonces

«..... un silencio recogido  
para toda palabra sin decir.  
Sabiduría es dar con el oído  
que la espera venir».

Otras veces—un poco más ausente—el poeta la evoca a la  
sombra de los álamos:

«Blanca, toda ceñida con tu verde basquiña,  
dejabas a tu paso un aroma de fruta  
y era un canto en el agua tu corazón de niña».

.....  
«Y esto que no es recuerdo ni es olvido  
es siempre amor, pero un amor más triste».

No todos los versos de Préndez mantienen la altitud del  
vuelo. Pero hay cantos admirables. Y hay algo más: el hallazgo  
de los doce versos de un poema fuerte y ceñido, de emoción so-  
bria y trascendente: «Aguila». Título y texto que dan como una  
flecha en el blanco.

Cuatro o cinco volúmenes de poemas—pero veinte si se  
cuentan bibliográficamente—se han publicado en los últimos  
tres meses. Entre ellos, «Alamos Nuevos» tiene su signo perso-  
nal inconfundible.

Poeta y artista, Préndez escucha en su corazón y diafaniza  
en sus palabras.—J. L. L.



LOS POEMAS DEL AMOR PERDIDO, por *María Cristina Madrid*;  
Ed. Nascimento; Santiago.

Por sólo el hecho de publicar en estos tiempos un libro de  
poesías, debería alabársele al poeta que tuviera el valor de hacerlo.

Novelas, biografías noveladas, sociologías y cronicones, eso es hoy día el pan del espíritu del público lector. Nada, casi nada de poesías. Y los poetas, los vanidosos y ególatras poetas, símbolos olvidados de la Humanidad, para poder llegar al público, y sobre todo, para que el público pueda llegar hasta ellos, tienen que resignarse a escribir también «cosas de interés», a bajar el puente levadizo... Y escriben cualquier cosa. Sólo algunos, (algunos por orgullo; otros, porque no tienen ningún puente que tender) se mantienen firmes y solitarios en su torre. Y algunos también, porque están ahí muy a su gusto, embelesados ante los vastos panoramas irreales.

Así esta poetisa; ensimismada, soñadora y sincera. Publica su segundo libro de versos con la misma ilusión irreal con que publicó el primero. Sólo con un poco más de dolor. Dolor de amor, y dolor de poesía: ¡esas alas invisibles de los poetas!

El amor, articulado y ostensible, y la recóndita poesía, a la sordina, mantienen desde el principio el lírico esfuerzo de este libro:

«.....  
es un recuerdo gris, desvanecido;

y por eso es tan dulce y placentero  
para mí, ver colmado el cenicero  
con los poemas del amor perdido...»

(Los Poemas del Amor Perdido, p. 8).

Y así sigue la poetisa su vuelo, algo monótonamente, y algo atolondradamente; pero siempre sincera. Quizá su ingenuo ensimismamiento le resta impulso a sus alas; quizá su sinceridad emotiva le resta arte a su arte. Pero, en las poesías sencillas su alma sencilla coge la verdadera expresión, como en estas estrofas llenas de gracia y melancolía:

«Mundo loco, carrusel  
donde vamos al galope  
bien sujetos a las crines  
de un caballo de colores.

Sin quererlo, somos niños  
aún de la muerte al borde...  
Manejamos caballitos  
en carrusel de ilusiones.

Infancia feliz, te fuiste,  
hace tantos, tantos años...  
Y en el caballito azul  
yo todavía cabalgo...».

(Carrusel de Caballitos, pág. 103)

Hay, como se ve, poesía, poesía a la sordina, en estas poesías de la señorita María Cristina Madrid; y hay un dolor manifiesto y tenaz, un poco atado tal vez a una limitada expresión. Esperemos un tercer libro, madurado por los años, para ver realizadas las intenciones y las condiciones líricas de la poetisa. El presente, editado por Nascimento con una acordada sencillez y buen gusto, vale como promesa.—G. K.



LOS FUSILADOS, por *Cipriano Campos A.*

Una nueva novela de la revolución mexicana ha llegado a mis manos: *Los Fusilados*, por Cipriano Campos Alatorre (1). Breve esquema de la revolución agrarista de Zapata, con toda la lamentable historia de una columna que marcha a la deriva.

(1) Editorial Graphos Mexico.

sorteando los peligros de las fuerzas del Gobierno, y cayendo al fin aniquilada y sus sobrevivientes fusilados sin piedad. En el trayecto, los soldados, hambrientos, seguidos de mujeres y niños como era costumbre en los días trágicos de las revoluciones mexicanas, filosofan en las paradas forzosas, en las arrugas de la sierra, bajo un cielo pesado y cargado de presagios. No hay sino dolor y desolación. Mugre y fatiga; hambre, lodo, lágrimas, terrores. Se ha seguido una ruta y hay que soportarla hasta el último. Uno de los soldados fija en breves palabras todo el contenido de su postura revolucionaria. «Si yo hubiera estado en el pueblo—dice—cuando pasaron antes que ustedes los soldados de Carranza, me habría ido con ellos... Pero llegué tarde. Días después pasaron ustedes, que eran enemigos de Carranza y como yo estaba en el pueblo, me vine con ustedes»... Nada más, Azuela, el maestro, fijó también en su novela este impulso revolucionario que hacía caminar a los soldados improvisados detrás de un ideal que no entendían. La revolución es el vendabal que se lleva las hojas. O bien el cascajo que se arroja al abismo. Una vez que comienza a rodar ya no puede detenersele.

La revolución mexicana es un caudal rico para el novelista y la prueba la dan la serie de novelas que cada año tratan de aprisionar episodios y aspectos desconocidos de esa tragedia. Siguen, sin embargo, siendo las máximas expresiones, los libros de Azuela y de Martín Luis Guzmán. Este que acabo de leer, esquemático y duro, refleja la sombra del novelista que más audazmente profundizó en los bárbaros y salvajes caudillos del torbellino. Casi idénticos procedimientos y hasta un tono entre patético y humorístico que hace aún más visible la influencia de Azuela. La ráfaga fatalista imprime en estos personajes el desdén de la vida y esa fría sumisión al destino que es característica de los personajes de *Los de Abajo*.

Cuando yo leo estas novelas pienso involuntaria o voluntariamente, es lo mismo, en nuestros novelistas y en nuestras revoluciones. Por cierto que no en las revoluciones pacíficas de

los últimos años, sino en la trágica contienda del 91, hasta hoy sólo presente en la concreción novelesca de Orrego Luco. *La Tempestad* y en la de René Brikles, *Los Últimos Proyectos de Eduardo Castro*. Queda, sin embargo, escondido entre la documentación magnífica que nadie revisa, un material de primer orden, de tan honda prosapia dramática, que no se explica la desidia de los novelistas chilenos para explorar y explotar ese contenido. ¿Acaso porque viven muchos héroes? Mejor que mejor. Los datos directos son los más patéticos y los que con más eficacia pueden servir a la realización de la verdadera novela de la revolución.

El archivo ha acumulado un material formidable. Existen folletos y ensayos históricos y hasta «diarios» de los sucesos que darían una sorpresa a quienes se dispusieran a estudiarlos con intención novelesca. Los héroes no faltan. Los hubo de fiera y dura prestancia. Los hubo de todas las categorías. Y en medio de ese huracán que partió en dos mitades la sociedad chilena, que determinó terribles crisis que hasta hoy perduran, latieron con toda la fuerza dramas escalofriantes de familia que darían motivo para episodios de alta tensión trágica. Pero nuestros novelistas abandonan esos ricos veneros. Pasan sobre ellos, con la mirada displicente y el corazón ligero, hacia otros temas de menor interés dramático o de débil cuantía emocional.

Este país, atiborrado de historiadores, carece, en cambio, de novelistas que hayan sentido la historia como una fuerza de vida para iluminarla con el proceso de la creación. No digo yo que todos los novelistas deban dedicarse a cultivar el género de la novela histórica. Se caería en el vicio de la profusión que se condena en el estudio de la historia. En cada generación hay algunos que sienten con más intensidad que otros el dramatismo de la historia. Hay quienes pueden convertir los hechos salientes y los personajes que en ellos se movieron, en episodios y en héroes novelescos. Quizá si para la mayoría de lectores de este país, que desconoce su propia historia, sea más grato conocerla

a través de interpretaciones de novelistas. Cada etapa del desarrollo chileno, cada empujón fuerte hacia el futuro, se ha hecho con violencia. La reconquista, por ejemplo, es conocida por la novela máxima de Blest Gana. Allí vive un Chile exacto, cuya imagen los historiadores más sesudos no habrían podido dar. Les faltaba ese don de animación y de vida que sólo el novelista supo comunicar en la construcción de sus vastos cuadros. De entonces la novela se somete a disciplina de gabinete. Con Orrego Luco salta de nuevo a la vida activa. Podrán censurarle al autor de *Un Idilio Nuevo*, defectos de estilo; pero hasta hoy la sociedad chilena no ha tenido una pintura más certera, por lo menos en el ambiente aristocrático, que su admirable *Casa Grande*. Y no sólo como pintura de las costumbres de un ambiente, sino como pintura psicológica de la descomposición moral. En *La Tempestad*—el título es ya un hallazgo—hay condensadas las mejores interpretaciones de nuestro medio social en el instante en que una revolución pone a prueba el temple moral de esta sociedad. Como documento vivo, directo, captado por el autor en el terreno mismo, esta obra tiene un valor indiscutible. Se lee hoy con el mismo agrado de ayer. Tal como se lee *Casa Grande*, en la que cada lectura descubre nuevas y valiosas vetas para el estudio de la sociedad chilena en su doble aspecto político y moral.

De un autor mexicano salté a un chileno. Dejé a aquél abandonado y me he venido del brazo con un compatriota. Es que cada día creo con más fuerza que la crítica debe sugerir temas. Y debe en seguida censurar a los que no han sabido explotar los temas o comunicarles ese soplo humano y vigoroso que es la condición superior del novelista. Y nada más por ahora.—D. Melfi.

## ASTERISCOS

Pillán, la última novela de Januario Espinosa, simboliza el genio malo de las leyendas chilenas, el diablo que juega con el miedo de los supersticiosos habitantes de nuestras montañas. Januario Espinosa ha desarrollado el tema con livianura, con agilidad. La característica de este autor es, precisamente, la soltura para el relato. Su estilo no es de gran calidad. Pero es fácil y ameno. Creo que en esta simplicidad reside el mérito de este escritor.

\* \* \*

Con su novela Piedra que rueda, Luis Durand, inicia los primeros compases para entrar en el gran género que es la novela. Como todo escritor criollo, ha pagado ya con largueza su tributo al cuento. Tres o cuatro volúmenes de cuentos forman su haber literario. Ahora, cumplida ya la etapa del aprendizaje, si así pudiera decirse, aborda el género más difícil y al propio tiempo el más atrayente. Esta iniciación está bien. Mueve con desenvoltura a sus personajes y el desarrollo del drama avanza con seguridad y viveza. Veremos cuando entre al caudal más espeso y más hondo que es la novela formal, de algunos cientos de páginas.

\* \* \*

D'Halmar quitó a su heroína el nombre, el atrayente nombre que le dió cuando nació a la vida literaria. Ahora es sólo La

Lucero. Esta novela es de un d'Halmar desconocido para los lectores chilenos de este tiempo. El mismo quizá no se reconozca en esta Juana Lucero de la adolescencia. Y, sin embargo, es para nosotros una de las cosas más sentidas y más valerosas del autor. Y luego, esa cosa chilena, esa cosa de olor inconfundible que es la criolledad, desvanecida en él, al transponer cumbres y atravesar mares. En ellos fué perdiendo el sentido de su tierra. Los otros libros son seguramente más perfectos; tienen sabor de océanos, calma de desiertos, bruma y distancia. Pero en este pequeño libro triste, en este cuento que no se parece a ninguno de los posteriores del autor, que parece hecho por otro d'Halmar, quizá por Thompson, por aquel Augusto Thompson, de la inquietud, flota un encanto simple, una angustia de vidas grises, un afecto por el dolor humano, que lo hacen vivir plenamente con ritmo propio, entre los otros de un d'Halmar que no volvió la cabeza hacia el barrio de La Lucero, mientras erraba por otros lugares, entre gentes extrañas...

\* \* \*

Savonarola es el libro último de Alejandro Vicuña. He aquí un hombre que trabaja. Un hombre que no pierde su tiempo. Y se va hacia los lugares más remotos, hacia las tierras más distantes, hacia las etapas históricas de más trascendencia para exhumar los tipos que la simbolicen. Ha dado una razón curiosa para justificar su pasión por la biografía de hombres extranjeros. Como el control de cambio no le permite viajar, viaja en la historia a través de la imaginación y recorre las edades muertas, las hace revivir, las anima con el soplo de su cultura y, luego, pone de pie las figuras que lucharon o fueron vencidas. Así descubre que el carácter no siempre va acompañado de la inteligencia, y ésta no siempre del carácter. Savonarola es un libro de pasión y de sinceridad. Tal como su autor.—Oberon.

## Libros recibidos

FÉLIX M. PELAYO.—*Romances Federales y Romances de Villorrio*.—Editores Viau y Zona. Buenos Aires, 1934.

JOSÉ DE LA CUADRA.—*12 Siluetas*.—Editorial América. Quito, 1934.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.—*Panorama de la Literatura Actual*.—Editorial Ercilla. Santiago de Chile, 1934.

BARÓN DE ROCH.—*Significación universal de los Argentinos*. Buenos Aires, 1934.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.—*El Bombardeo de Valparaíso y su época*.—Editorial Ercilla, 1934.

JANUARIO ESPINOSA.—*Pillán*.—Editorial Ercilla, 1934.

LUIS DURAND.—*Piedra que Rueda*.—Editorial Ercilla, 1934.

ALEJANDRO VICUÑA.—*Savonarola*.—Editorial Nascimento, 1934.

LAURENCIO GALLARDO.—*Hombres de Máquina*.—Ediciones Walton, Santiago, 1934.

ALFONS PAOLI SCHWARTZ.—*El último prisionero de guerra alemán*.—Editorial Nascimento, 1934.

*Universidad de la Habana*.—Publicación bimestral. Mayo-Junio, 1934.

GARCÍA TELLO.—*La Perspectiva de la Medicina en los seguros sociales*.—Imprenta Universitaria, 1934.

CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS.—*Alamos Nuevos. Versos.*—  
Editorial Nascimento, 1934.

JUAN MARÍN.—*Alas sobre el Mar. Novela.*—Editor: J.  
Walton. Santiago, 1934.

JUAN MARÍN.—*Acuarium. Versos.*—Editor: J. Walton.  
Ilustraciones de Pedro Olmos. Santiago, 1934.



